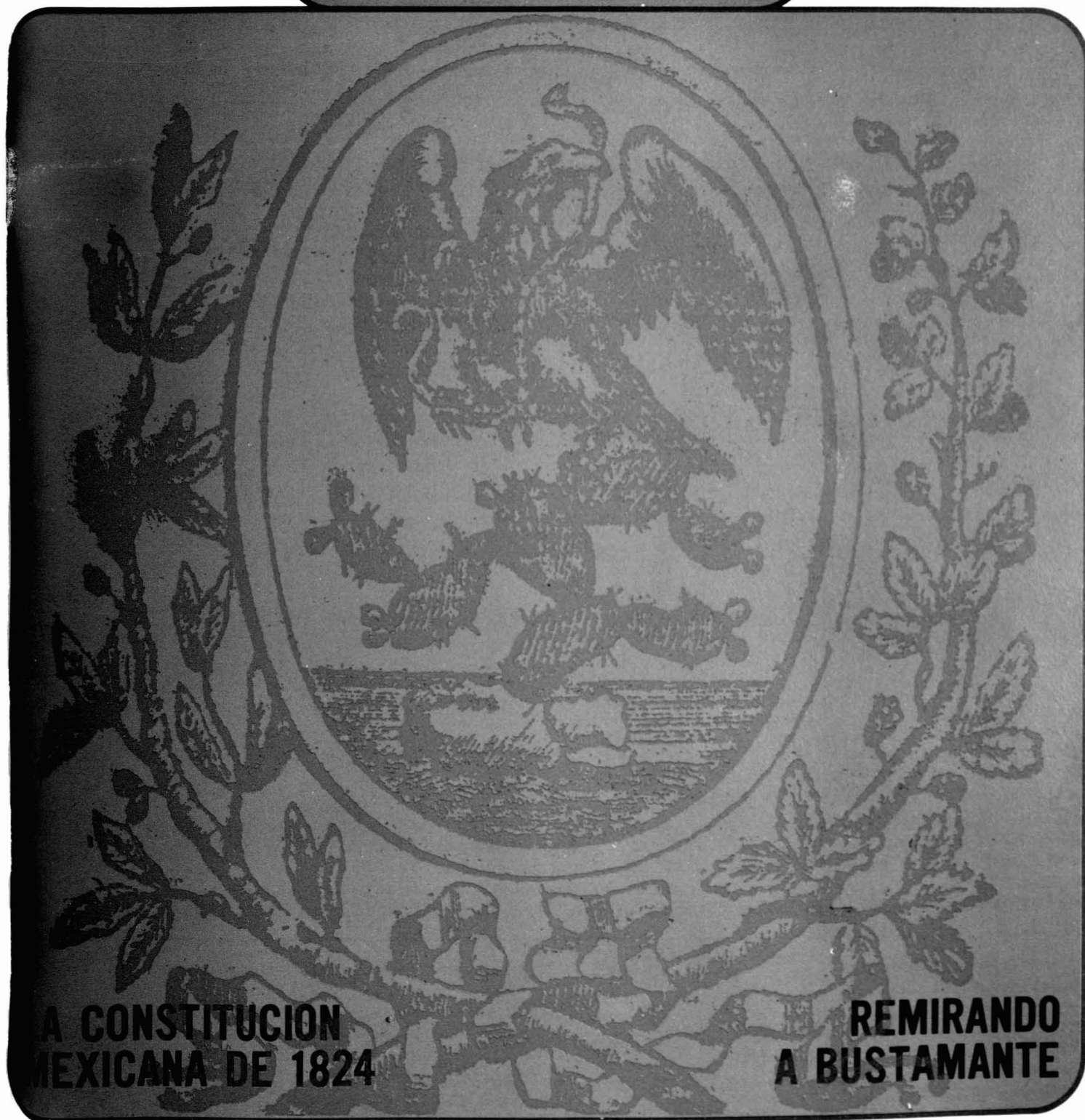


**ITALO SVEVO
MACEDONIO
FERNANDEZ
NARRATIVA
URUGUAYA**

**ANTROPOLOGIA
E INDIGENISMO
EL COLEGIO
DE SAN PEDRO
Y SAN PABLO**

**REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD DE MEXICO**



**A CONSTITUCION
MEXICANA DE 1824**

**REMIRANDO
A BUSTAMANTE**

SUMARIO

Volumen XXIX, número 2, octubre de 1974

José C. Valadés

Remirando a Bustamante, 1

Italo Svevo

La conciencia de Zeno, 6

(presentación y traducción de Carlos Montemayor)

José Vicente Anaya

Poemas, 11

Miguel Angel Flores

Poemas, 12

Andrés Medina

Antropología e indigenismo. Los compromisos contradictorios de la ciencia en México, 13

Arturo Azuela

Un tal José Salomé, 21

I La Constitución Mexicana de 1824 (nota de Diego Valadés)

Hernán Lavín Cerda

Macedonio Fernández: La tentativa infinita del profeta porteño, 25

Macedonio Fernández

Textos, 27

Clementina Díaz y de Ovando

El Colegio Máximo de San Pablo, 30

Danubio Torres Fierro

Aproximación a la joven narradora uruguaya, 37

Libros

Juan Comas

Origen y destino del hombre Jean Piveteau, 40

Manuel Mejía Valera

El signo y el garabato o un nuevo Escila y Caribdis?, 41

Jorge Witker

Las fuerzas armadas y el gobierno de Chile, de Pío García, 43

María Elena Gastelum

Las Naciones Unidas y el mar

Consuelo Carranza

Los mexicanos que devolvieron, 44

Jorge Witker

La economía del Sistema Nacional de Patentes, de E. T. Penrose, 45

Comedia

Jorge Luis Borges

La causa remota (3a. de forros)

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Secretario General: Lic. Sergio Domínguez Vargas

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO / Organo de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Diego Valadés / Jefe de Redacción: Carlos Montemayor / Secretario de Redacción: Manuel Núñez Nava

Editores: Armida de la Vara y Joana Gutiérrez / Dirección artística: Vicente Rojo, Bernardo Recamier

Torre de la Rectoría, 10o. piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

Teléfono: 5 48 65 00, ext. 123 y 124

Franquicia postal por acuerdo presidencial

del 10 de octubre de 1945, publicado

en el D. Of. del 28 de oct. del mismo año.

Precio del ejemplar: \$ 10.00

Suscripción anual: \$ 100.00 Extranjero Dls. 12.00

Administración: María Luisa Mendoza Tello

Patrocinadores:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.

Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.

Ingenieros Civiles Asociados [ICA]

Nacional Financiera, S. A.

Instituto Mexicano del Seguro Social

INFONAVIT

José
obra
na,
Filos

POR JOSE C.
VALADES

R

EMIRANDO
A
BUSTAMANTE

Clara y radiante la memoria; frescos y exuberantes los sucesos de la Guerra de Independencia, y llevando a su espalda la edad de treinta y nueve años,¹ fue cuando don Carlos María de Bustamante, oaxaqueño de pura cepa, empezó a escribir las páginas sobre los acontecimientos insurreccionales del 1810.

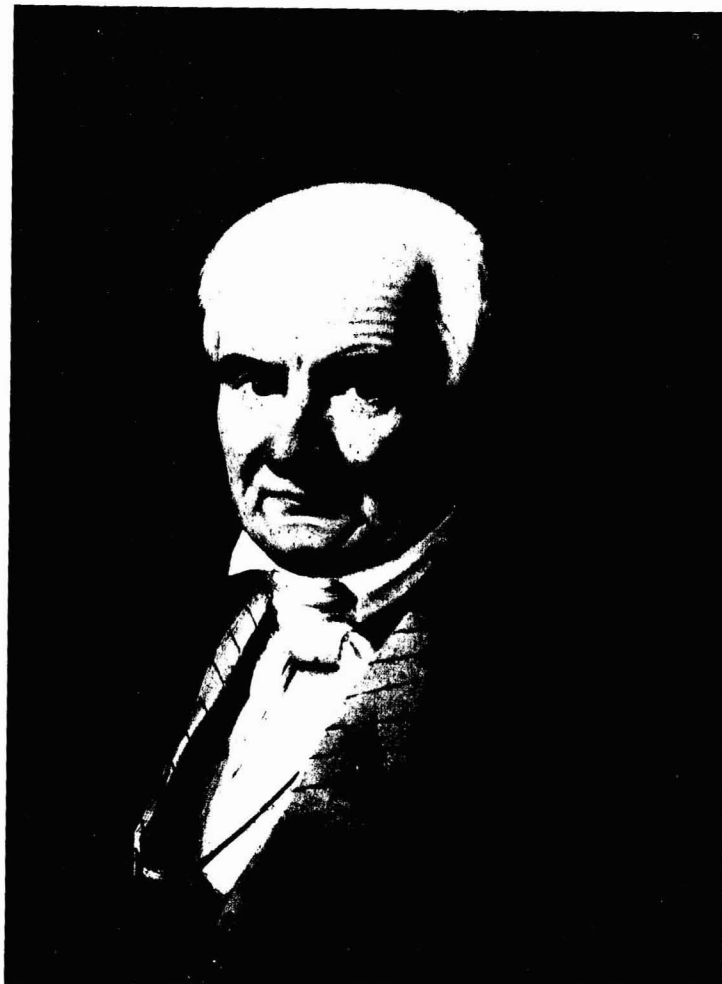
Condujéronle a tal dispositivo de su vida no sólo sus aficiones literarias,² antes también el deseo de dejar a la posteridad un testimonio de lo visto y oído acerca "de la revolución de la América mexicana comenzada en quince de septiembre".³ Pero se quedó corto. Don Carlos no ocupó únicamente documentos oculares y verbales para escribir la historia de la Independencia, pues por sus manos pasaron manuscritos e impresos relacionados con tales sucesos.

"Difícil empresa" acometió Bustamante, como con mucha honestidad lo dice él mismo; pero luego explica cómo halló un incentivo para continuar la obra y, en efecto, advirtió que "ningún americano" se encargaría de llevarla al cabo, y agrega "entre los extremos de carecer absolutamente de esta obrilla, a tenerla, aunque imperfecta, será mejor que hagamos lo segundo, contando con la indulgencia de mis censores".⁴ De esta suerte, hierve en el autor el propósito de servir al pensamiento y a los hombres de la insurrección; y cree que sólo le impele el patriotismo. Y no fue así. Don Carlos estaba más allá de lo patriótico, que es el sentimiento posible de hacer latir el pecho sin mucho trabajo, por lo cual constituye un tema que sin dificultad adoptan y exhiben los caudillos políticos.

El verdadero designio para escribir el *Cuadro Histórico*, designio que Bustamante escondió con timidez y que se halla en cada una de las páginas de su obra, fue el tratar de construir la mexicanía; también la dicha que encierra la movilización de los instrumentos que conducen al conocimiento de la verdad. Además, en el contexto del *Cuadro*, se descubre el deseo de convencer al lector de que ame las libertades públicas. Hay en la misma obra una inconfundible y maciza raíz democrática.⁵

Cierto, certísimo que no hubo en las empresas literarias del señor Bustamante un método histórico; ahora que es indispensable observar que la metodología de la Historia no rezó en los años correspondientes a la segunda década del siglo XIX, y que don Carlos María escribió las primeras cuartillas de papel en medio del fragor de la lucha armada; en "los campos de batalla". Por lo cual el autor dejó, con excesiva sencillez, las siguientes líneas: "Mis lectores no verán en esta obra (*Cuadro Histórico*) como la historia de la revolución, sino una compilación de materiales para que otro la escriba cuando ya hayan calmado las pasiones."⁶

Inútil esperanza de don Carlos María. Todavía a doscientos años de su nacimiento, los exaltados motivos del ánimo son signos inextinguibles del alma humana; y ¿qué de malo se ve en ello? ¿Por qué intentar reprimir lo que forma entre los modos del



hombre? Además, ¿por qué considerar las pasiones como un mero movimiento ruin del ánimo? ¿No acaso existe la licitud de las inclinaciones? A más del siglo y medio hidalguense, los preceptos del virreinalismo forman en la pragmática política mexicana. Y esto no es apartarse de lo recto, sino gozar en los privilegios de la libertad que, en la mentalidad de los virreyes, no debieron existir. Sin embargo, si la Historia ha de tener un fin, tal es el de sentir devoción a las libertades. De aquí, que lo histórico sea siempre institucional. No es ni puede ser mecánica del Estado y sí valor de la vida humana.

De la obra de don Carlos María de Bustamante, aunque no sea correspondiente a la metodología de nuestros días, hemos tenido esa lección; porque ¿con qué incalculable admiración se refiere a



los sacrificios del mundo mexicano anónimo! ¡De qué manera ilumina el camino de la más flaca multitud insurgente! ¡Con cuánto arte y belleza busca dentro de su pobre, y en ocasiones arcaico vocabulario, el modo de mencionar a la muchedumbre popular! ⁷

Ahora bien: la ausencia del método fue la causa de que don Carlos María cayese en algunos quebrantamientos históricos; pero no de magnitud; tampoco de intención. Prueba de esto es que lo siguen en las narraciones don Lucas Alamán, en su *Historia de Méjico*⁸ y don Julio Zárate, en el *México Independiente*.⁹ Sin la obra de Bustamante don Pablo MENDÍVIL no habría escrito las hermosas páginas del *Resumen histórico de la revolución*, editado en Londres por Ackerman; con quien los mexicanos estamos en deuda por lo que editó sobre México en días que los europeos, especialmente los españoles, estaban atolondrados por las noticias, nada agradables, de los sucesos relacionados con la guerra de Independencia.

Sin el *Cuadro Histórico* de Bustamante tampoco hubiésemos penetrado al alma de los caudillos independentistas. Los acontecimientos del 1810-1821 se prestaban a la deformación de las intenciones de tales hechos y de los hombres mismos. Así, las figuras de don Miguel Hidalgo y de don Ignacio Allende pueden ser conocidas en todas sus manifestaciones. Igualmente nos es dable internarnos en el carácter díscolo y voluntarioso de don Manuel Mier y Terán, y de explicarnos por qué tan ilustrado individuo no pudo ser presidente de la república a pesar de las prendas que le atribuyó el señor Alamán.

Debemos también a don Carlos María el conocimiento de las características, en ocasiones geniales, de don José María Morelos. Bustamante lo trató y siguió; sobre todo, lo estudió como hombre político y guerrero. De Morelos nada oculta Bustamante, estamos en aptitud de comprobarlo mediante cotejo, gracias al feliz encuentro de documentos, que el autor del *Cuadro* no tuvo a la vista. Y el discernir y exponer de Bustamante acerca de los hechos y pensamientos de Morelos, la obra bustamantina nos coloca a la derecha de lo que el historiador debe seguir cuidadosamente: el estado de ánimo político y guerrero de la gente; y en don José María Morelos el campo a estudiar es vastísimo.

A don Guadalupe Victoria, soldado hazañoso, de no pocos melindres y primer constitucionalista de México, lo seguimos debido a la narración de Bustamante, quien en seguida de la crónica hace notorios esfuerzos para alcanzar la plataforma del análisis; y como analista, Bustamante es más que Alamán. Don Carlos María, antes de ser historiador, fue abogado;¹⁰ nunca dejó de serlo. La primera formación del individuo es un poder determinante en el curso de la vida.

Con todo y el perfil del hombre de leyes, los esfuerzos para aparecer imparcial en materia histórica tienen concurrencia en las páginas del *Cuadro*. El designio de ponerse en favor o en contra de personas o cosas, que fue gran preocupación de los historiadores que, como Bustamante, buscaban refugio muy a menudo en la salud de su memoria, está a la vista del lector, no obstante que don Carlos María no ocultó que formó en las filas de la insurgencia.

Pero así como buscó la imparcialidad, así Bustamante, en ocasiones, se alejó de la verdad para dar pábulo a las habladurías; ahora que esto es explicable. ¿No tales habladurías hacían vapores en los gustos de la gente de principios de siglo XIX? La falta de intercomunicación y el temor a disgustar a las autoridades civiles y eclesiásticas, congelaban las expansiones humanas. Además, las habladurías eran consideradas, en los días que repasamos, como documentos orales; los escritos no estaban al alcance de todos. Con lo dicho, no intentamos disculpar a Bustamante; sólo queremos asentar una de las causas por las cuales don Carlos María se vio envuelto en una costumbre común y corriente de la época que tenía por norma guiarse por los rumores.

No por seguir las huellas de sus coetáneos, sino por no poseer la virtud de lo imaginativo no inventó "historias". Era mexicano en todas sus cartas, y correspondía a la familia oaxaqueña, tan ajena a las sensibilidades de la voluntad o del pensamiento. Hay en el originario de Oaxaca una indeficiente frialdad en lo creativo. Hemos tenido Jefes de Estado, nativos de esa zona, guardianes celosos de la pureza mexicana, que presentan la prueba más evidente del carácter del oaxaqueño; carácter que no corre con la inventiva. De aquí que los originarios de Oaxaca sean la raíz del misoneísmo nacional. ¿No a don Porfirio Díaz le producían molestias las innovaciones? ¹¹



De la imparcialidad tan buscada por Bustamante, vino la primera visión favorable de don Agustín de Iturbide; después, el enfado. Más adelante, la censura espesa; y como en ninguno de esos capítulos trata de hacer ocultaciones, puso a la mano de los "futuros historiadores" no sólo la ignorancia política de Iturbide, sino también las veleidades de los hombres públicos en la nativa época independiente.

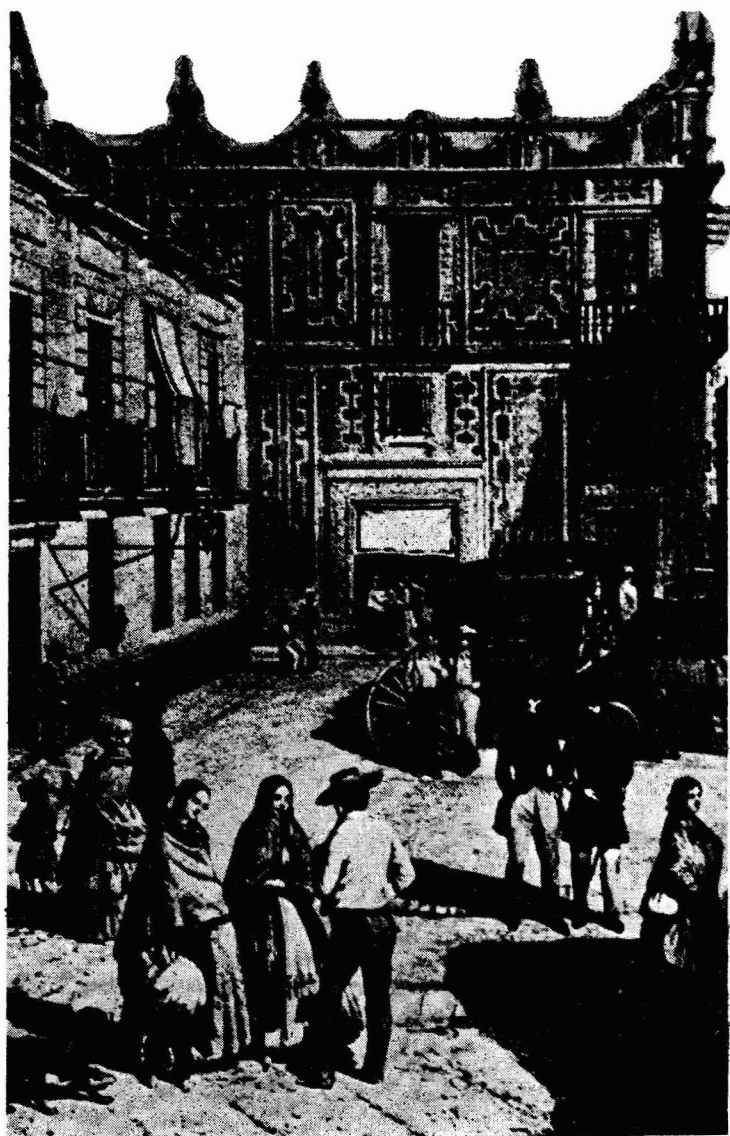
Además, nos facilitó la penetración a los deseos vanos, ligerezas y mutabilidades de los estratos superiores de la sociedad mexicana, gracias a lo cual podemos comprender el porqué de lo incierto en los caudillos políticos de la primera mitad del siglo XIX, y el porqué de la pesadumbrosa y hepática literatura de tales días que hoy, como resultado del estudio de la documentación histórica, vemos como las primicias del lento, aunque firme desenvolvimiento de los mexicanos.

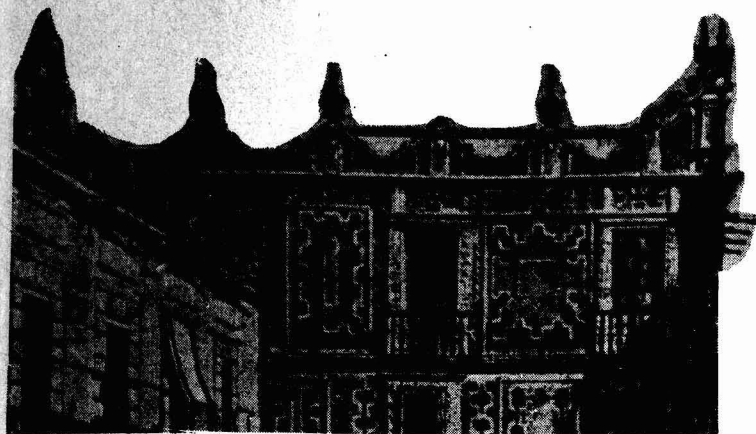
Remirando la obra de don Carlos María estamos en aptitud de entrar a la claridad de México; y esto sin hacer privativo lo histórico. De esta manera, personajes que daban la idea de lo herrumbroso y que parecían sacados a flote de los cabellos, v.g. don Vicente Guerrero, se nos arriman con sus actos de generosidad política. Distaba don Vicente de ser el negroide analfabeta con el que especularon algunos historiadores.¹² Lo moreno claro de su tez no le afeaba. Bustamante lo retrata como hombre sencillo, pero emprendedor; ingenuo, aunque sin leche en los labios; valeroso, mas sin la intrepidez de Morelos; político, sin las sutilezas de don Manuel Gómez Pedraza. Don Carlos María lo trató lo suficiente para hacer de él un juicio certero.

Además, la correspondencia epistolar de don Vicente, al igual que una parte de la documentación oficial de su presidenciado, que coleccionó amorosamente don Mariano Riva Palacio,¹³ realzan su fineza en el trato de los negocios públicos. Sus brusquedades no se debieron a una supuesta ignorancia; le asaltaban cuando sus enemigos intentaban contrariar la insurgencia. Guerrero vivió y murió envuelto en el manto de la pureza de los hombres de la Independencia.

Útil también para penetrar no tanto en el cuerpo de acciones guerreras y políticas de los caudillos independentistas, cuanto a fin de explorar y percibir el alma de los adalides insurgentes y entender sus facultades sensoriales, de manera de fijar la razón natural; útil también, repetimos, a tal objeto, es el anecdotario de Bustamante. Gracias a éste estamos capacitados para expurgar la obra de Alamán, por ejemplo, y para hacer numerosos cotejos con los escrúpulos que proporciona la contraluz.

Lo anterior lo decimos porque en ningún otro historiador mexicano, ya de ayer, ya de hoy, floreció lo anecdótico como en don Carlos María; y si es verdad que la relación de rasgos particulares riñe en muchas ocasiones con la metodología histórica ¡qué de enseñanzas nos proporciona! Tantas así que los historia-





dores de nuestros días no pueden escapar de lo anecdótico, y no a fin de divertir al lector, sino para coronar los acontecimientos históricos.

Sin embargo, para asociar la anécdota a la Historia, hay que medirla y pesarla; pues sucede a menudo que las narraciones vulgares ocupen el campo de lo cierto, especialmente en la cátedra, donde el profesor hace gozar a sus alumnos con narraciones que son meras supercherías o chirigotadas. Lo anecdótico, pues, merece un trato específico. El abuso de tal instrumento en un estudio histórico da la idea de abandonar el fondo de los hechos por las superficialidades vanas, y por lo mismo alejadas de la verdad. Y es esto lo que ha dado ocasión para que la intencionalidad morbosa presente a don Carlos María como historiador insólido.

Es cierto, certísimo, que la obra histórica de Bustamante es de las que no hacen pensar. En tal faz le sobresaie don Lucas Alamán, porque ¡qué de motivos brotan de la pluma del autor de la *Historia de México*! ¡Qué de ideas y pensamientos! ¡Cuántas preocupaciones acerca del vivir mexicano; y del vivir, ora social, ora económico, ora político! Así como Bustamante provoca a hurgar en nuestro pretérito, Alamán nos obliga a pensar. Muy desemejante es la obra de uno y de otro; y es que el primero quería ilustrar; el segundo invitaba a la meditación.

Esto no obstante, ambos historiadores constituyen una unidad patriótica, puesto que la misión de la Historia consiste en aclarar con imágenes lo pasado y considerar y discurrir sobre el mañana. De aquí la necesidad de dar continuidad a lo historiable, dar adecuación a las palabras, dar alma a las cosas y examen a las ideas. En la historia no basta la narración exornada, sino distinguir y dictaminar si falta en ella el juicio; lo que equivale a distinguir y juzgar sobre los hombres, las cosas y los pensamientos. De aquí que la Historia posea tantos bemoles que se hace ciencia y razón.

Bustamante no sólo tiene la virtud de poner a nuestra vista los florilegios anecdóticos; también nos enseña a trabajar. Su laboriosidad fue imponderable. Su incansable trabajar asociado a su probidad personal, son cualidades que nadie le disputará. Sus impresos, especialmente la folletería, las publicaciones periódicas que editó, los manuscritos que dejó a la posteridad, las obras ajenas que llevó a las prensas y su actuación política, servirán para que le admiren propios y extraños.¹⁴ Otros historiadores que se sentían de alto tación no pudieron menos que elogiarle aunque lo hicieron después de su deceso.

A pesar de las empresas literarias de Bustamante, las censuras a sus tareas le persiguieron siempre. La mayor de todas, puesto que hay que colocar a un lado las producidas por los enconos circunstanciales, fue la que le hizo don Lorenzo de Zavala, con quien tuvo molestias personales, pues éste, creyéndose con mayores aptitudes que aquél, pretendió monopolizar las fuentes princi-





pales de la historia concerniente a la independencia; y esto cuando don Carlos María llevaba muy adelantado su *Cuadro*. Este deseo competitivo es muy frecuente entre los historiadores, como si no hubiera más que un tema en la historia de México.

Zavala, en sus ímpetus publicistas, llevó la detracción al *Cuadro Histórico* más allá de la decencia; porque el trabajo de don Carlos María es digno de respeto, sobre todo por el amor que encierra a la patria mexicana; amor que en ocasiones alcanza el tono de vehemencia. Pero leamos, por lo que más adelante diremos, lo escrito por don Lorenzo:

"Don Pablo Mendivil... ha purgado aquel fárrago de una infinidad de hechos falsos, absurdos y ridículos, de que está lleno el tal *Cuadro Histórico*. Las autoridades de México han cometido el error de permitir a Bustamante entrar en los archivos, franqueándole los documentos interesantes del antiguo virreinato y otras oficinas públicas, y este hombre sin crítica, sin luces, sin buena fe, ha escrito un tejido de cuentos, de consejas, de hechos notoriamente falsos, mutilando documentos, tergiversando siempre la verdad, y dando un vergonzoso testimonio para el país de la falta de candor y probidad en un escritor público de sus años."¹⁵

La exageración de don Lorenzo al referirse a la obra de Bustamante pudo tener raíces en la envidia, pero es necesario recordar que Zavala, aparte de su acrimonia personal, era un ser eminentemente político que, buscando un porvenir dentro de la zona oficial mexicana, no se detuvo para traspasar los límites de lo justo. Por supuesto que Bustamante no se embarazó para contestarle en medio de un hervor de sangre.¹⁶

Infortunadamente, la andanada zavalesca repercutió al través del siglo XIX y aún en nuestros días se repite, si no con las palabras despectivas y antihistóricas de Zavala, sí con la desmesura y atropellamiento usado por don Lorenzo. Así, don Victoriano Salado Alvarez, para concluir su afectada biografía de don Carlos María, llama a éste "chabacano grafómano", "farragoso difusor de patrañas" y "polemista de mala fe".¹⁷

Salado, en tan desgraciado y ligero juicio, sólo se salva por ser víctima de un grave error nacional: el de la repetición. Su dicho se originó, insistimos, en Zavala y en una cauda de literatos de todos los niveles que han tratado de rivalizar con el respeto que impone la obra de Bustamante. Por otro lado, han mediado en las censuras a don Carlos María las cuestiones de partido; ahora que esto último no se eleva a la calidad de pecado literario como el enconar los ánimos por mera envidia.

Los detractores de Bustamante deberían hacer memoria del material histórico que nos legó. Su sola folletería es una constelación en la que no hemos excursionado. Si en la superficie tales opúsculos tienen aspectos de meros juguetillos —y juguetillos llamó don Carlos María, con todo recato, a sus pequeñas producciones—,

en cambio, cuánto jugo es posible extraer de los mismos, puesto que algunos nos enseñan las costumbres públicas y domésticas de la época, con las que se puede comenzar a armar una necesaria historia de la sociedad mexicana, ajena a las cuestiones del Estado; también un ensayo del vocabulario del vulgo en la primera mitad del siglo pasado. Por último, se estará en aptitud de extraer unos apuntamientos de carácter económico y tributario sobre los años que siguieron al 1821.

Una recolección de tales folletos conexivos a las cuestiones sociopolíticas del país, en la que quedarían incluidos la *Memoria de Tampico*, el *Plan de Colonización*, el *Diario Exacto de Zacatecas*, el *Dictamen de la Comisión*, el *Memorial*, el *Análisis Crítico* y otros tan importantes como los citados, sería de utilidad para los estudiosos y obligaría a pensar sobre los problemas extensos e intensos de México.

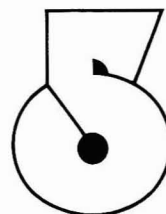
Tanta era la pasión por la historia de Bustamante; tanta su laboriosidad; tanto su amor a la patria, que realizó otra empresa que no provenía de su pluma, pero que se asoció a Cavo y Sahagún, a Veytia y León, a Gama y a López de Gómara. Su vida literaria, fue, pues, de una actividad cerca a lo incomparable entre los escritores mexicanos; aunque quizá el P. don Agustín Rivera, de quien es necesario que nos ocupemos algún día, le va a la zaga.

De esta suerte, don Carlos María vivió sus setenta y tres años en ajetreos históricos y literarios, sin dejar de cortar leña política. Su mujer, doña María Manuela García Villaseñor, oriunda de Morelia, compartió con él alegrías y desdichas. Le siguió a los campos de batalla; le sirvió de amanuense. Fue doña María Manuela mujer ejemplar de quien no se puede dejar de hablar cuando se mencionan las empresas revolucionarias e históricas del señor Bustamante.

Acapulco, Septiembre, 1974.

NOTAS

- 1 *Hay tiempos de hablar y tiempos de callar*, Méx., 1833.
- 2 *Vide*, *Diario de México* a partir de octubre del 1805.
- 3 *Cuadro Histórico*, Ed. Lara.
- 4 *Ibidem*, t. II, Carta Primera.
- 5 *Ibidem*, II, pp. 225, 435.
- 6 *Ibidem*, III, Prólogo.
- 7 *Vide*, *Cuadro*, t. I.
- 8 Ed. Lara, 1849.
- 9 *México a Través de los Siglos*, Tomo IV.
- 10 *Apud Hay Tiempos*.
- 11 *Vide*, Valadés, *El Porfirismo*, Méx., 1941.
- 12 *Vide*, Luis G. Cuevas, *Porvenir de México*, Méx., 1850.
- 13 Correspondencia, Mss. 14 tomos en poder de la familia Almazán.
- 14 E. O'Gorman, *Guía Bibliográfica*, Méx., 1967.
- 15 Zavala, *Ensayo Histórico*, París, 1831, t. II, p. 2.
- 16 *Apud*, *Cuadro*, t. I, 8.
- 17 *La Vida azarosa y romántica*, Madrid, 1933, p. 266.



TALO SVEVO LA CONCIENCIA DE ZENO

Italo Svevo es uno de los principales escritores italianos del presente siglo y al mismo tiempo uno de los menos conocidos. Estas circunstancias se deben a causas múltiples. No es mucho exagerar considerarlo en la literatura italiana al mismo nivel que, en la literatura inglesa, podemos hablar de Joyce, en la francesa, de Proust y en la alemana de Kafka. Sin embargo, esta comparación sólo atiende a la capacidad de renovar o de llevar a alturas particulares la literatura de la época, pero no a la perspectiva, técnica o búsqueda, ya sea formal o esencial. La literatura de Italo Svevo es una literatura hondamente individual.

Nace el 19 de diciembre de 1861 en Trieste, en una familia judía proveniente de Alemania y radicada en Italia dos generaciones atrás. Su nombre fue Ettore Schmitz. Aunque en su casa sólo se hablaba el italiano (su madre era italiana) su padre tuvo una marcada preferencia durante toda su vida por la educación y costumbres germanas. Acaso a esta doble visión se debe que haya adaptado como escritor el nombre de Italo Svevo, literalmente italiano-germano.

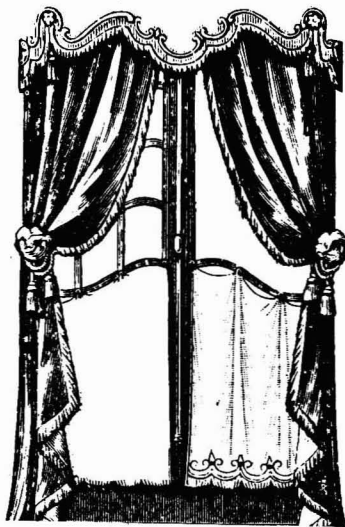
Su padre lo envió al cumplir 12 años a un renombrado colegio de Würzburg. Desde esa época lentamente comenzó a desenvolverse la vocación literaria de Svevo. La principal influencia literaria que en esos años experimentó fue, naturalmente, de escritores alemanes, y en particular de Jean Paul. Al cumplir 17 años regresó a Italia, cargado ya con las lecturas de Shakespeare y Turgueniev. Como su padre era uno de los principales comerciantes de Trieste Svevo se inscribió en la Escuela Superior de Comercio de esa ciudad. Sus estudios en comercio corrieron a la par de sus lecturas literarias y sus primeros trabajos. Mas por la quiebra de su padre se vio obligado a buscar un empleo en la oficina de correspondencia de un importante banco. Trabajaba ahí en las mañanas y durante las tardes se dedicaba a traducir y a escribir para algunos periódicos. Entre las lecturas con que se formó en ese tiempo se encontraban Michiavelli, Guicciardini y Boccaccio. Leía con entusiasmo a Carducci, al que consideraba el mejor de los poetas de esa generación. Incursiona principalmente con Balzac, Flaubert y Zola, en la literatura francesa. Aparte de estos nombres, se destacaban de alguna manera los de Schopenhauer y Renan; aquel fue quizás el principal autor que conforma la percepción y las perspectivas de observación en el joven Svevo.

En esta época comenzó a colaborar en varios periódicos de Trieste, entre ellos L'Indipendente y el Piccolo. Estos eran periódicos —y especialmente el primero— de marcada inclinación política; cuando fue cerrado L'Indipendente por motivos políticos, Svevo fue uno de los principales colaboradores que trataron de reanudarlo. En esos periódicos empieza a conocer a los principales escritores de esa época que vivían en Trieste: Hortis, Caprin, Riccardo, Pitteri y Cesare Rossi. De los jóvenes escritores de esa época Svevo fue, sin duda, el menos conocido. Años



(presentación y traducción de Carlos Montemayor)

Carlos Montemayor ■ (Chihuahua, México, 1947). Poeta y escritor. Ha publicado *Las llaves de Urgell* (cuentos) y una plaquette: *Poemas*. Publicará próximamente *Las armas y el polvo* (poemas).



después, el pintor Umberto Veruda sería el primero en reconocerlo como un gran escritor y el primero en alentarle y tener con él una amistad constante.

Hacia 1893 publica Svevo una *Vita* y después de 1896 *Senilità*. A partir de esta última se abre un dilatado silencio de Svevo. Después de la primera guerra mundial, ya hacia 1920, Svevo vuelve a la literatura en parte motivado por James Joyce. En 1923 aparece la *Coscienza di Zeno*. La penosa condición en que Svevo se vio durante muchos años, el desconocimiento, la falta de interés por sus obras, su aislamiento, lo llevaron después de la *Coscienza di Zeno* a afirmar, no sólo literariamente sino también en su reconocimiento, una situación que no había tenido. Esta novela fue traducida muy pronto al francés por Crémieux y Valéry

Larbaud. En París se encontraba a la sazón el poeta Eugenio Montale, que fue el primero que reconoció en Italia a Italo Svevo. Escribió un estudio muy elogioso hacia 1925 en *Esame*, dedicado a *Senilità* y con la *Coscienza di Zeno* aparecieron artículos de Crémieux y Larbaud. La lectura del prólogo a la segunda edición de *Senilità*, firmada en Trieste el primero de marzo de 1927 por Svevo, muestra una curiosa aprehensión que lo lleva a valerse repetidas veces, como para afirmarse, como para utilizar aunque sea por esa única vez una jactancia que antes no había tenido base, los nombres de Joyce, Crémieux, Larbaud, Benco, Pasini y Montale. El 13 de septiembre de 1928, cerca de los 67 años, muere, para concluir su oscura vida, en un accidente automovilístico.

LA CONCIENCIA DE ZENO

por Italo Svevo

Pasada la noche, después de haberme ocupado parte de la jornada de ayer en recoger estos recuerdos, tuve un vívido sueño que me llevó, con un salto enorme a través del tiempo, hasta aquellos días. Me vi con el doctor en la misma habitación donde habíamos discutido sobre la sangría y la camisa de fuerza, en aquella habitación cuyo aspecto ha cambiado tanto porque ahora es mía y de mi esposa. Yo le enseñaba al doctor la manera de cuidar y sanar a mi padre. mientras él (no viejo y lento como ahora, sino vigoroso e inquieto como lo era antes), con ira, le miraba las manos y los ojos desorientados, gritando que no valía la pena hacer tantas cosas. Murmuraba para sí: "La sangría lo devolverá a la vida y al dolor; no necesita aplicársele." Yo, en cambio, agitaba los puños sobre un libro de medicina y vociferaba: "¡La sangría! ¡Quiero la sangría! ¡Y también la camisa de fuerza!"

Parece que mi sueño se había hecho audible porque mi mujer lo interrumpió despertándome. ¡Sombras lejanas! Creo que al desearlas tuve un auxilio óptico y esto lo contemplé al revés.

Mi sueño tranquilo es el último recuerdo de aquella noche. Siguiéron después algunos largos días que ahora me parecen por completo otra cosa. El tiempo mejoró; se dijo que había también mejorado el estado de mi padre. El se movía libremente en la habitación siguiendo el recorrido que iba de la cama a la poltrona. A través de la ventana cerrada veía también por momentos el jardín cubierto de nieve deslumbrante por el sol. Todas las veces que llegué a entrar en la habitación estuve listo para negar y disminuir la conciencia que el doctor Coprosich esperaba. Pero todos los días, por su parte, mi padre demostraba sentirse y entender mejor, aunque su usual lucidez estaba siempre distante.

Pero a pesar mío, debo confesar que en el lecho de muerte de



mi padre albergaba en mi alma un grande rencor que se unía extrañamente con el dolor y lo desvirtuaba. El rencor estaba dedicado antes que nada al doctor Coprosich, pero aumentaba con mi esfuerzo por ocultárselo. Tampoco pude saber cómo retomar la discusión con el doctor para decirle claramente que no daba un comino por su ciencia y que diagnosticaba la muerte de mi padre para ahorrarle el dolor.

También por el enfermo se acabó el interés. Quien haya estado durante días y semanas al lado de un enfermo inquieto, siendo inepto para actuar como enfermero y por ello sólo un espectador pasivo de todo lo que los otros hacen, me entenderá. Yo tenía necesidad de un gran reposo para aclarar mis ánimos y calmarme y saborear a solas el dolor por mi padre y por mí. Mas, por el contrario, ora tenía que luchar por hacerle tomar la medicina, ora para pedirle salir de la habitación. La lucha produce siempre el rencor.

Una tarde, Carlo, el enfermero, me llamó para que viera que en mi padre había una nueva mejoría. Corrí, el corazón batiéndome, con la idea de que el viejo pudiese recuperarse de la enfermedad y echármela en cara.

Mi padre estaba en medio de la habitación, de pie, vestido sólo con la ropa de cama y en la cabeza su gorro de noche de seda rosa. Aunque el asma era siempre fortísima, de tiempo en tiempo decía alguna breve palabra sensata. Cuando yo entré, le dijo a Carlo:

— ¡Abre!

Quería que se abriese la ventana. Carlo respondió que no podía hacerlo debido al intenso frío. Mi padre por un momento desistió de su petición. Fue a sentarse en una poltrona junto a la ventana y lo vi extenderse buscando alivio. Al verme, sonrió y me preguntó:

—¿Has dormido?

No creo que mi respuesta le importara. No era esa la lucidez que yo había temido tanto. Cuando uno muere es bueno pensar en otra cosa que no sea la muerte. Todo su organismo estaba dedicado a la respiración. En vez de escucharme gritó de nuevo a Carlo:

—¡Abre!

No tenía descanso. Dejaba la poltrona y se ponía de pie. Después, con gran trabajo y con la ayuda del enfermero, se acostaba en el lecho colocándose primero por un instante sobre el costado izquierdo y después sobre el derecho, con el cual sabía resistir algunos minutos. Pedía de nuevo la ayuda del enfermero para ponerse de pie y terminaba regresando a la poltrona, donde permanecía otra vez más largamente.

Aquel día, yendo del lecho a la poltrona, se detuvo delante del espejo y observándose murmuró:

—¡Parezco un mexicano!

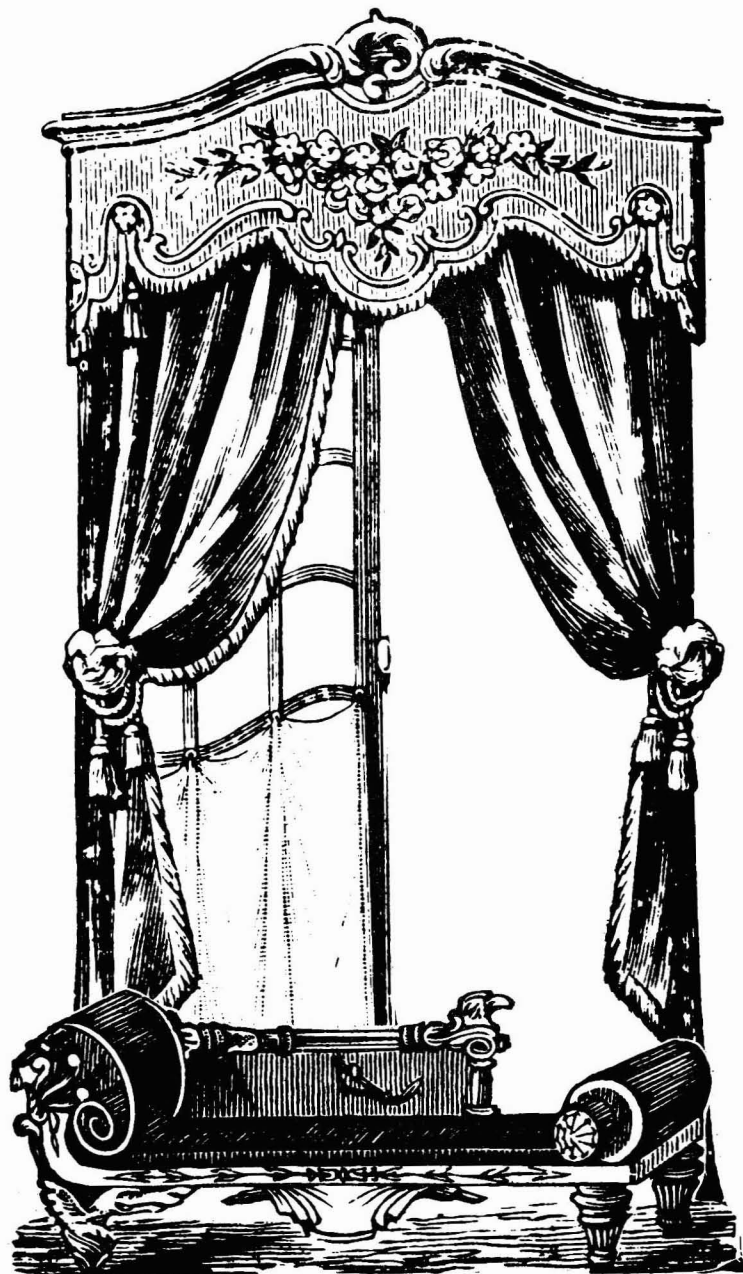
Pienso que por querer desembarazarse de esa horrible monotonía de su paseo del lecho a la poltrona intentó fumar aquel día. Alcanzó a llenarse la boca con una sola fumada que, debido al asma, expulsó inmediatamente.

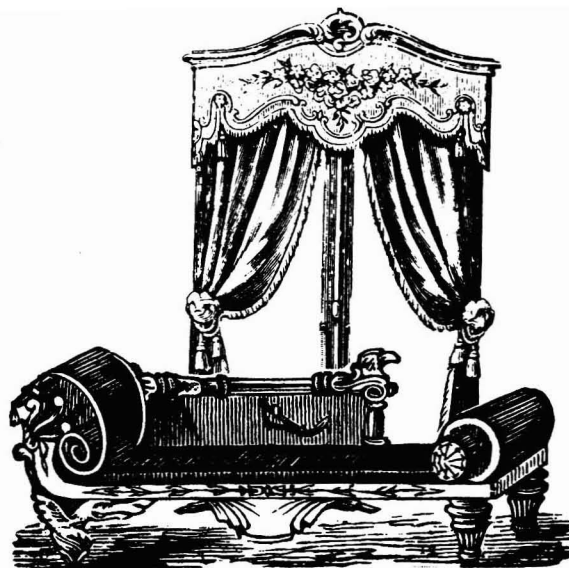
Carlo me había llamado para que viera un instante de nítida conciencia en el enfermo:

—¿Estoy gravemente enfermo? —había preguntado con angustia. Esa lucidez no regresó más. Por el contrario, poco después tuvo un momento de delirio. Se levantó del lecho y creyó haber despertado después de una noche de sueño en un hotel de Viena. Debió haber soñado con Viena por el deseo de frescura en la boca quemante y por recordar el agua magnífica y helada que hay en esa ciudad. Habló de pronto de la buena agua que lo esperaba en la fuente cercana.

Por lo que resta, puedo decir que era un enfermo inquieto, aunque apacible. Yo lo amedrentaba porque temía siempre verlo exasperarse cuando hubiese comprendido su situación y porque su docilidad no llegaba a atenuar mi gran cansancio, aunque él aceptaba obediente cualquier proposición que se le hiciera, porque de todos esperaba ser salvado del asma. El enfermero se ofreció a traerle un vaso de leche y él aceptó con verdadera alegría. Con la misma ansiedad que esperó obtener aquella leche, después de ingerir un pequeño trago quiso que lo dejáramos solo, y porque no se le complació rápidamente dejó caer el vaso en el suelo.

El doctor no se mostraba ya decepcionado del estado en que se encontraba el enfermo. Todos los días comprobaba una mejoría, pero le parecía inminente la catástrofe. Un día que vino en un carruaje tuvo prisa por marcharse. Me recomendó que indujera al enfermo a permanecer acostado lo más que fuese posible, porque la posición horizontal era la mejor para la circulación de la sangre. También hizo la recomendación a mi padre y él aceptó, y con un





aspecto inteligentísimo prometió hacerlo, quedando empero de pie en medio de la habitación y volviendo pronto a su distracción, o mejor, a aquello que yo llamaba su distracción de asma.

Durante la noche que siguió, sentí por última vez el terror de ver resurgir aquella conciencia que tanto temía. El estaba sentado en la poltrona junto a la ventana y miraba a través del vidrio, en la noche clara, el cielo estrellado. Su respiración era siempre asmática, pero no parecía sufrir, absorto como estaba en mirar el cielo. Acaso debido a la respiración me pareció que su cabeza hacía los signos del consentimiento.

Pensé temeroso: "Ahora se dedica a los problemas que siempre evitó." Traté de descubrir el sitio exacto del cielo que él veía. Observaba, siempre erguido sobre su pecho, con el esfuerzo de quien espía a través de un orificio situado muy en lo alto. Me pareció que miraba las Pléyades. Creo que en toda su vida no había mirado tan lejos. Improvisamente se volvió hacia mí, siempre con los hombros erguidos.

—¡Mira! ¡Mira! —me dijo con un semblante severo de amonestación. Volvió de pronto a fijarse en el cielo y luego se dirigió de nuevo hacia mí:

—¿Has visto? ¿Has visto?

Intentó volverse hacia las estrellas pero no pudo: se abandonó exhausto en el respaldo de la poltrona y cuando yo le pregunté qué cosa había querido mostrarme, no me comprendió ni recordó haber visto algo ni haber deseado que yo lo viese. La palabra que buscó tanto comunicarme se había desvanecido para siempre.

La noche fue larga, pero debo confesarlo, no especialmente agotadora para mí y para el enfermero. Dejábamos hacer al enfermo lo que él quisiera, y caminaba por la habitación en su extraña vestimenta, totalmente ignorante de que esperaba la muerte. Una vez intentó salir por el pasillo donde hacía mucho frío. Yo se lo impedí y él me obedeció prontamente. En otra ocasión, por el contrario, el enfermero, que había escuchado la recomendación del médico, quiso impedirle que se levantara del lecho, pero entonces mi padre se rebeló. Saliendo de su estupor, se levantó llorando y blasfemando y yo conseguí que le dejase la libertad de moverse como él quisiera. Se aquietó muy pronto y retornó a su vida silenciosa y a su vano recorrido en busca de alivio.

Cuando el médico regresó, él se dejó examinar, tratando, incluso, de respirar lo más profundamente que se le pedía. Entonces, se dirigió hacia mí:

—¿Qué cosa dice?

Me olvidó por un instante y luego volvió a preguntarme:

—¿Cuándo podré salir?

El doctor, desanimado por tanta docilidad, me exhortó a decirle que se esforzara por permanecer lo más posible en el lecho. Mi padre sólo escuchaba las voces que le eran más familiares, la mía, la de María y la del enfermero. Yo no creí en la eficacia de esas

recomendaciones, pero les hice imprimiendo en mi voz un tono de amenaza.

—Sí, sí —prometió mi padre, pero en ese mismo instante se levantó hacia la poltrona.

El médico lo miró y murmuró para sí, resignado:

—Se ve que el cambio de postura le da un poco de alivio.

Poco después estaba yo en la cama, pero no pude pegar los ojos. Contemplaba hacia el futuro tratando de encontrar por qué y por quién habría podido yo continuar mis esfuerzos de mejorarme. Pensé mucho, pero más en mí mismo que en el desgraciado que corría sin paz por su recámara.

Cuando me levanté, María fue a acostarse y yo quedé al lado de mi padre, junto con el enfermero. Estuve abatido y cansado; mi padre más inquieto que nunca.

Fue entonces cuando sucedió la escena terrible que no olvidaré, que arrojó lejos, lejos su sombra, que ofuscó todo mi valor, toda mi alegría. Después, por olvidar el dolor, mi sentimiento fue debilitándose con los años.

El enfermero me dijo:

—Qué bueno sería que pudiéramos mantenerlo en el lecho. ¡El doctor le da tanta importancia!

En aquel momento yo estaba sentado cansadamente en el sofá. Me levanté y caminé al lecho donde, más jadeante que nunca, el enfermo estaba acostado. Me dije: obligaré a mi padre a quedar al menos media hora en el reposo deseado por el médico. ¿No es este mi deber?

De pronto mi padre intentó volverse hacia la orilla de la cama, para sustraerse a mí y levantarse. Con mano fuerte sobre su espalda se lo impedí, mientras en voz alta e imperiosa le ordené no moverse. Por un instante, aterrorizado, él obedeció. Después exclamó:

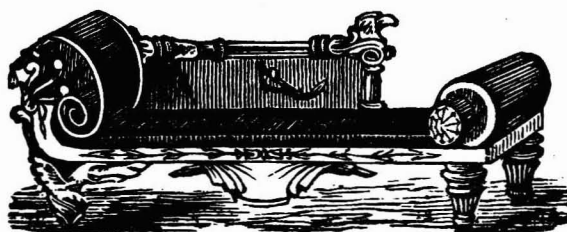
—¡Muero!

Y se incorporó. Por mi parte, repentinamente asustado con su grito aflojé la presión de mi mano. Gracias a esto él pudo sentarse en la orilla de la cama justo enfrente de mí. Pienso que entonces su ira aumentó al encontrarse —al menos por ese momento— impedido en sus movimientos y le pareció evidente que yo le coartaba también el espacio de que tanta necesidad tenía, como le tapaba la luz estando de pie enfrente de él. Con un esfuerzo supremo llegó a ponerse de pie, alzó la mano alto, alto, como si hubiese sabido que no podía comunicarle otra fuerza sino la del peso, y la dejó caer sobre mi mejilla. Después se deslizó sobre la cama y de ahí sobre el suelo. ¡Muerto!

Yo no supe que estaba muerto, pero sí se me contrajo el corazón por el dolor del castigo que él, moribundo, había querido darme. Con la ayuda de Carlo lo levanté y lo puse en la cama. Igual que un niño castigado, le grité llorando al oído:

—¡No es mi culpa! Fue aquel maldito doctor que quería obligarte a estar acostado.





Era mentira. Pero después, todavía como un niño, añadí la promesa de no hacerlo más:

—Te dejaré moverte como quieras.

El enfermero dijo:

—Está muerto.

Me alejé con vivo dolor de aquella habitación. El estaba muerto y yo no podía probarle mi inocencia.

En la soledad intenté recuperarme. Razoné que estaba excluido que mi padre, fuera de sus sentidos, hubiera podido decidir castigarme y dirigir su mano con tanta exactitud para golpear mi mejilla.

¿Cómo llegar a tener la certeza de que mi razonamiento era justo? Pensé dirigirme al doctor Coprosich. El, como médico, habría podido decirme algo sobre la capacidad de decidir y de actuar de un moribundo. Pude también haber sido víctima de un acto causado por la necesidad de facilitarse la respiración. Pero no hablé con el doctor Coprosich. Era imposible revelarle cómo mi padre se había despedido de mí.

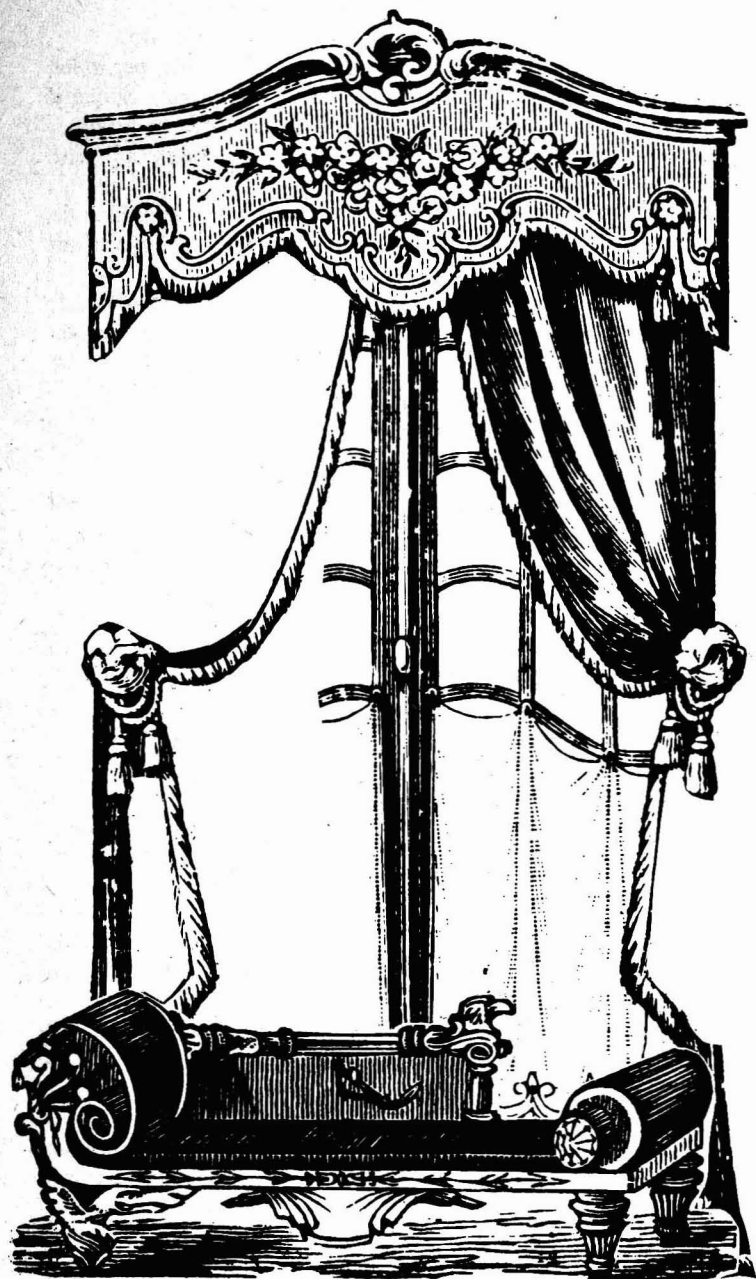
Pero después sentí otra grave culpa cuando oí que Carlo, el enfermero, en la cocina, por la tarde, contaba a María:

—El padre alzó la mano alto, alto y su último acto fue golpear el hijo— El lo sabía, y por tanto Coprosich ya se habría enterado también.

Cuando regresé a la habitación habían vestido el cadáver. El enfermero debió haberle peinado incluso la bella, blanca cabellera. La muerte había hecho rígido aquel cuerpo que yacía soberbio y amenazador. Sus manos grandes, potentes, bien formadas, estaban pálidas, pero con tanta naturalidad que parecían listas para asir y castigar. No quise, no pude verlo más.

Después, en los funerales, volví a recordar a mi padre dulce y bueno como lo había conocido siempre desde mi infancia, y me convencí de que aquella bofetada que me había dado moribundo no la había deseado realmente. Se tornó bondadoso, y ese recuerdo de mi padre me acompañó, haciéndose cada vez más dulce. Fue como un sueño delicioso: estábamos ahora ya perfectamente de acuerdo; yo convertido en el más débil y él en el más fuerte.

Después, por mucho tiempo permanecí en aquella región de mi infancia. Imaginé que mi padre me sentía y podía decirle que la culpa no era mía sino del doctor. La mentira no tenía importancia, porque ahora él entendía todo y yo también. Y por bastante tiempo, las conversaciones con mi padre continuaron, dulces y ocultas como un amor prohibido. Delante de todos yo continuaba riéndome de toda práctica religiosa, pero en verdad —y quiero confesarlo— diaria y fervientemente yo recomendaba a *alguien* el alma de mi padre. Porque verdadera es aquella religión que no necesita profesarse en voz alta para que nos conforte en las veces que, incomprensiblemente, nos quedamos sin nada.



P OEMAS DE JOSE VICENTE ANAYA

ADVERTENCIA HISTORICA AL OPRESOR

rodó la cabeza del zar Pedro, la de Stalin
la de Hitler y la de Mussolini
¿por qué la tuya habrá de permanecer en su lugar?

LA CASA

No tengo casa para nadie,
las visitas se me apagan
y no puedo dar la cara
(mientras mis manos andan lejos)
pierdo todas las caricias
(desasosiego de mi amor)
porque ando extraviado, sin casa
sin dónde reunir los besos
esparcido el calor mío.
Entonces, qué puedo decirles
a los amigos que me buscan,
al machacar de la lluvia que
no tiene razón para entender
que en la calle ando incompleto
(y que por eso me moja
sin piedad ni miramiento).
Qué puedo hacer qué puedo qué.

VIVIT SUB PECTORE VULNUS

Te acercas con temor, vienes con tiento
llamas queda, más queda que la brisa
ahora que no tengo entendimiento
¿ya más qué da que quede la ceniza?
(residuos esparcidos por el viento).
Llamas que da la lámpara sumisa
más calan al dolor del amor muerto.

Mi corazón se ha vuelto pedernal
después de ser campana.
Para los otros.
los que aplastan esperanzas
mi corazón de pedernal es una bala.

EPIGRAMA QUE CONCLUYE DOS VECES PARA NUNCA CONCLUIR

para Isabel Fernández T.

Pasé la noche escribiendo epigramas
sobre cada intersticio de mi vida.
Valiéndome en mi oficio, poetizaba
los más leves alientos transcurridos
entre mi cuerpo, mi alma y el mundo.
Puedo decir, sin equivocarme,
que vertí todo mi amor, amada,
porque quiero renovarlo ahora
en el momento de volver a verte.

Trabajando anoche con epigramas
sobre la diversidad de mi vida,
en cada tema que trataba sólo
tú permanecías los instantes.

AUTOCRITICA

Me observo en el espejo
y trato de encontrar a otro hombre
que no soy yo, que no puedo serlo;
el que fui y el que pude ser;
el poeta ramplón y el poeta maldito.
Pero me observo más
y tampoco soy un Dios
ni un hombre de trueno,
ni un héroe de aventuras irreales.
Soy este hombre que llora sin que las lágrimas afloren
pero que lucha
para que el llanto
no pierda el motivo de la vida.

P OEMAS DE MIGUEL ANGEL FLORES

CANCION DEL RIO

a J. P.

Ningún bar había junto a los muelles,
ningún lugar de donde salieran
lánguidas notas,
sólo bodegas y tiniebla
y el río arrastrando agua moribunda.
Sobre esta corriente cruzó Whitman,
el poeta,
pero no quedan rastros de optimismo
en las vecindades del East River.
A esta ahora en que se espera la noche
sobre la bahía,
la incandescencia de tu recuerdo
me ilumina.

ENCUENTROS

No siempre es grato encontrar
a los que jamás imaginaron
nuestras arrugas.
Un saludo,
palabras de escabrosa cortesía,
clavar la mirada en los ojos sin brillo:
acaso unos años más y luego
cuerpos por la muerte merecidos.
No vale la pena recordar
alegrías y tristezas:
ya es otra la música,
otro el sentimiento.
Hubo luces y sombras
como en la vida de los que fueron
y serán.
Sigo bebiendo con los minutos del
presente
y el vino me sabe agrio únicamente
cuando recuerdo que nunca
escuché el murmullo de tu pecho.

Oscurecido de tí
frontera de qué beso
por la escala del hastío

desciende la luz
y se reconocen las miradas
de los que el alba son extraños
tú que fuiste fervor palpitante
en inmóvil sueño
eres forma contenida
mármol de inasible escultura
canto que se congela en la garganta

No está en el sueño del poeta
rendirse antes de entregar todas
sus sílabas;
lejano se piensa el crepúsculo
cuando la gota de miel se derrama
sobre el día.

Pero hay veces
que se debe ceder el lugar
al que detrás viene.

La hoja no vuelve jamás a la rama
de la que se desprende.

Entonces,
que se nos conceda la inmortalidad
por la gracia de la poesía.

Luego, no lloren,
no derramen lágrimas
por el que entrega su rostro a
la muerte.

Ya bastante dolor
es recibir sepultura en esta tierra
que el hombre envilece.

La tempestad lava el esplendor
oriental;
la neblina arropa los imperios
de la tarde
y sobre la plaza
en el incendio de una hoja solitaria
persiste la memoria del otoño.

Paseas, Venecia, la gloria
de tu belleza
sobre las aguas,
pero el mar anuncia
malos presagios.

Se desatan las amarras,
se izan las velas como
enormes aves,
el vuelo de la melancolía
se levanta sobre nosotros
y de babor a estribor
pasan el viento y las horas
¿qué faro guía nuestro rumbo?
El Adriático es la vía del deseo:
más allá la luz y el templo
que aún es emoción y
herencia viva.

El Egeo moja la quilla,
oh, doncella de las aguas,
ciega a la pasión,
qué secretos se ocultan
bajo tu manto.



**ANDRÉS
MEDINA**

ANTROPOLOGÍA E INDIGENISMO LOS COMPROMISOS CONTRADICTORIOS DE LA CIENCIA EN MÉXICO

Hablar de la antropología en México no resulta muy extraño, a pesar de la aureola de exotismo que rodea al antropólogo y a su objeto de estudio. Para la mayor parte de los mexicanos se asocia claramente a las culturas indias y la vinculación más fácil es con los testimonios arqueológicos convertidos en monumentos nacionales, o bien con los hallazgos accidentales que con frecuencia se suceden en patios, milpas y excavaciones diversas. Lo cierto es que para la antropología mexicana su gran tema de estudio ha sido y es la cultura india presente y pasada; los arqueólogos rescatan los testimonios ahora sepultados, los antropólogos físicos reconocen los tipos físicos indios y las condiciones naturales y culturales de su existencia; los lingüistas descifran las claves fonémicas y gramaticales de los idiomas indios, describen la penetración de la lengua nacional, las influencias en sentido contrario en los dialectos regionales del español y se plantean de diferentes formas el gran problema de la castellanización en el contexto de la agonía de las lenguas indias: ¿registrarlas simplemente? ¿conservarlas? ¿eliminarlas por obstaculizar el progreso del indio? Estas cuestiones que los lingüistas apenas se plantean —con notables excepciones, por supuesto— se sitúan en el plano principal en que inciden la etnología como ciencia antropológica ocupada de estudiar la cultura india, y el indigenismo, la acción ejercida por el Instituto Nacional Indigenista (INI). Las relaciones entre ambos, etnología y política indigenista, constituye uno de los problemas discutidos recientemente a raíz de la reacción crítica suscitada con el movimiento estudiantil de 1968. La política indigenista fue duramente criticada, la etnología tradicional también, pero sobre todo las relaciones entre ambas, que daban como resultado una ciencia colonizada y una política indigenista agobiada por el burocratismo. Recientemente la discusión se ha reavivado y se han planteado problemas diversos que afectan directamente al desarrollo de la etnología mexicana y a su definición en el marco de las ciencias sociales contemporáneas. La ocasión para activar la polémica la ha ofrecido la publicación de varios artículos en el volumen XI de los *Anales de Antropología* (del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM) en que se tocan, con un punto de vista crítico, los dos temas aludidos, lo cual ha provocado la publicación de un extenso artículo, "Antropología comprometida e indigenismo", escrito por el Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán, director del INI, en donde se malinterpretan o esquematizan varias de nuestras opiniones, por lo que trataremos de ampliar algunos de los problemas implicados en la discusión. En lo que sigue sustituiremos el término etnología por el de antropología, en gracia a la claridad. Nuestra intención en este escrito es señalar las raíces diversas de una antropología etiquetada como "comprometida" y sus distinciones con la "escuela mexicana de antropología", base teórica de sustentación de la política indigenista. Las distinciones entre ambas son mayores que lo indicado en la discusión, es la distancia

irreductible entre dos visiones del mundo o, para recurrir al título, son los compromisos con dos causas diferentes.

Las concepciones acerca del indio y su cultura en la actualidad tienen una continuidad con los pensadores —políticos e intelectuales— del siglo pasado, mayor que la reconocida en los numerosos escritos antropológicos e indigenistas. De hecho, el indio se erige como problema, en tanto hombre y en tanto cultura, en el momento mismo de la Conquista y conduce a una abundante legislación en que se descubren opiniones encontradas, sutiles disquisiciones que la práctica colonial reduce a hechos escuetos entendibles en las contradicciones del sistema social. El México independiente del siglo diecinueve es avasallado por la ideología liberal sajona, primero, y por el positivismo francés, después; ambos dan los elementos para situar teórica y políticamente el problema del indio. Primero se le desaparece por un decreto constitucional, ya no es indio, ahora es simplemente mexicano. Luego se descubre que la mejor manera de sacarlo de su miseria, moral y física, es hacerlo pequeño propietario, campesino responsable. Se elimina la propiedad comunal y se sientan las bases del desarrollo capitalista apoyado en las grandes propiedades, en la agricultura comercial y en la liberación de una abundante mano de obra despojada de sus tierras y que se ve obligada a vender su fuerza de trabajo en las nacientes plantaciones. El proceso no es sencillo, a la voracidad de los terratenientes y neo-latifundistas reaccionan con una energía inusitada las sociedades indias: levantamientos, rebeliones, violentos movimientos teñidos de mesianismo y revivalismo, sacuden extensas partes del país, pueblos enteros se organizan conjuntamente, reconocen sus semejanzas, pero el pesado brazo gubernamental impone su fuerza; aplasta, dispersa y margina a los pueblos indios y el país se orienta hacia un desarrollo económico que se corona con el lema positivista: orden y progreso.

Las actitudes y manifestaciones ideológicas del gobierno durante la República Restaurada y el Porfirismo, con relación al problema indígena, son de un lírico romanticismo. Se señala repetidamente la triste condición del indio, se opone su miseria de ahora a su esplendor anterior a la Conquista. De acuerdo con la concepción positivista se cree que la mejor solución es la vía educativa, aunque en este sentido se erige como una insalvable muralla la multitud de lenguas indias que separan al indio del resto del país y entre sí. A la tarea de aclarar la situación lingüística india se lanzaron distinguidos pensadores que ahora se consideran precursores de la lingüística mexicana. Francisco Pimentel, Manuel Orozco y Berra, García Cubas, Nicolás León y Francisco Belmar en diferente medida dibujaron el panorama de las lenguas indias de acuerdo con los novísimos cánones lingüísticos establecidos en Europa en el proceso de descubrimiento de las relaciones genéticas del indoeuropeo. El modelo de la gramática latina seguía vigente, y de él se parte para estudiar las lenguas indias. La aplicación del método

Tenejapa, Chis.

comparativo permite establecer las primeras agrupaciones genéticas. Pero todo esto está en el limbo de la ideología, es decir la ciencia académica. No se hace nada directamente para entender las lenguas indias vivientes que rodean en plena vitalidad los tranquilos gabinetes de nuestros precursores. El pensamiento de la época, la ideología dominante, señalaba el obstáculo que constituían las sociedades indias para el cabal desarrollo del país. Había que redimirlos; para hacerlos pequeños propietarios se les despoja de sus tierras, para mejorar su condición se hacen traer grupos de inmigrantes europeos que "mejoren la raza". Se había señalado la necesidad de educarlos y el gobierno pone un gran empeño en los programas educativos nacionales, pero el énfasis se pone en la educación urbana por sobre la rural y en la educación superior por sobre la enseñanza primaria. De una u otra forma, quienes podemos reconocer como precursores del indigenismo y la antropología no disienten del pensamiento dominante en todo este período que antecede a la Revolución de 1910.

Para el Estado revolucionario burgués el indio se constituye en el símbolo de lo negado y aplastado, al que ahora va a hacerse justicia, a devolverse las tierras a respetar sus formas de vida, pero lo más importante es que se le reconoce como un integrante de la nacionalidad mexicana, como una de las fuentes de donde emanan las virtudes del país. A resolver la compleja problemática se lanzan los fundadores de nuestra moderna escuela mexicana de antropología. El más importante de todos es Manuel Gamio, quien apunta las premisas no sólo de la política indigenista, así como las tareas de la antropología mexicana, sino la relación directa entre la cultura india y el nacionalismo mexicano en un temprano libro suyo, *Forjando Patria*, publicado en 1916. Después realiza una investigación en que muestra su genio creador al partir de la antropología culturalista norteamericana, en la cual se había formado bajo la dirección e influencia de su fundador, Frans Boas, y al confrontarse con la realidad del indio mexicano para crear un nuevo método, el "integral", el cual muestra en su primera investigación siguiéndolo, *La Población del Valle de Teotihuacán*. Gamio muestra así la originalidad de aplicar un método y de modificarlo para adecuarlo a la realidad, siendo al mismo tiempo consecuente con la teoría. Su proyecto era estudiar todo el país siguiendo este método interdisciplinario, pero las realidades políticas del nuevo régimen, entre las que destacaba la corrupción, lo desterraron. Su obra no se verá continuada sino hasta la fundación del Instituto Nacional Indigenista (INI), en 1948.

Manuel Gamio es el primero que fundamenta teóricamente la antropología mexicana y su acción; es quien indica directrices a partir de una investigación interdisciplinaria y propone soluciones específicas. Pero también tiene las limitaciones que le impone su propio punto de vista teórico, el culturalista boasiano, y la concepción positivista que busca una ciencia neutral, ajena a los



juicios de valor, a la "política" partidista. Cuando Gamio es desterrado a los Estados Unidos a consecuencia de su denuncia de la corrupción, existían ya otras instituciones gubernamentales que se enfrentaban al problema indígena, armados más de un arrojo nacionalista que de una apropiada formación teórica; sus logros, heroicos en las circunstancias violentas que siguen a la consolidación del estado revolucionario burgués, se reúnen en la rica tradición de la escuela rural mexicana, antecedente de los centros coordinadores del INI. Los representantes de esta tendencia, notable por su pragmatismo y entusiasmo, a diferencia de la actitud teórica de Gamio, son Rafael Ramírez y Moises Sáenz; éste último lleva a cabo una audaz experiencia en Michoacán en que, un tanto decepcionado, considera más efectiva la acción de la carretera que la de los antropólogos. Sáenz va a tener la oportunidad de ver el reconocimiento a su labor al ser nombrado el primer director del Instituto Indigenista Interamericano, fundado a raíz del Primer Congreso Indigenista Interamericano celebrado en Pátzcuaro, en los finales del régimen cardenista. No llega Sáenz a ejercer su puesto por su prematura muerte, en su lugar es nombrado Manuel Gamio.

Simultáneamente a esta acción de enfrentamiento con los



Tenejapa, Chis.

problemas del indio, lo que se lleva a cabo calladamente y sin trascendencia para los procesos políticos y económicos que están conformando al país, está la actividad ideológica que va a construir una nueva versión del nacionalismo mexicano a partir del reconocimiento de las raíces indias y de la existencia de una rica tradición popular mexicana, ambas ignoradas por la xenofilia dominante en el régimen porfirista, aunque ya presentes en el período previo. La gran tarea intelectual será el retomar la ideología nacionalista en sus múltiples expresiones, desde la oficial, nutrida en los textos constitucionales, hasta la más aparentemente libre expresión artística. Las condiciones políticas propician la aparición de un numeroso grupo de intelectuales que van a expresarse a través de este nuevo lenguaje nacionalista. Todo parece un inmenso proyecto para construir no sólo un nuevo país, sino una nueva latinoamérica, un nuevo hombre. En todo esto el indio juega un papel importante como tema central en torno al cual se van creando formas, estilos, historias, hazañas y hasta la utopía del futuro. El hecho de tomar como punto de referencia al indio establece una continuidad ideológica entre la actividad intelectual nacionalista y la política indigenista del gobierno mexicano. Y aún más, a partir de 1940, una vez sentadas las bases académicas y políticas de la antropología mexicana, nos vamos a encontrar con que la lógica del desarrollo científico se va a encontrar no en la depuración de la ciencia por la práctica y la crítica, sino en los altibajos de la política desarrollista. El punto en el cual inciden y en donde va a aparecer claramente la oposición y la complementariedad, las contradicciones, entre prácticas política e investigación y enseñanza, es la política indigenista.

La escuela mexicana de antropología reúne las experiencias y planteamientos de Manuel Gamio, en especial su concepción del método integral; las de la educación rural, las variadas aportaciones llevadas a cabo durante el régimen cardenista, tales como las experiencias del Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas, que ya prefigura mucho del futuro INI, así como los planteamientos más amplios y bien definidos que se hacen con motivo del Congreso de Pátzcuaro, (en 1940), cuando se sientan las bases de una política indigenista continental y se crea el organismo que coordinará, sin funciones ejecutivas por cierto, las actividades de los institutos nacionales que se proponen crear los países participantes. A estos antecedentes hay que agregar la influencia poderosa que ejerce la antropología norteamericana, que para principios de la década de los 40 está en rápido proceso de expansión, como parte de la estrategia militar de los Estados Unidos. De los grupos de antropólogos yanquis que llegan a México son importantes el de la Universidad de California, que efectúa varias investigaciones en la región tarasca, en Michoacán, y el de la Universidad de Chicago, que también investiga en la región tzeltal-tzotzil de los Altos de Chiapas. En estos proyectos de investigación se forma el primer

grupo de antropólogos profesionales mexicanos, quienes van a participar activamente en los inicios del INI. Lo que deseamos destacar aquí es cómo esta primera generación de antropólogos se forma con los enfoques teóricos y la metodología de la antropología cultural norteamericana la que por esos tiempos sufría a su vez la influencia de los funcionalistas ingleses, quienes, por razones del conflicto bélico en su país, trabajaban en universidades norteamericanas.

Al formarse el INI se efectúan una serie de planteamientos teóricos con que se va a fundamentar la acción indigenista; en ellos el principal teórico es el Dr. Aguirre Beltrán, quien sintetiza los puntos de vista y experiencia de Julio de la Fuente, Alfonso Villa Rojas, Ricardo Pozas y Juan Comas; todos ellos animados por esta posibilidad de llevar a la práctica una antropología que se aplicará a la solución de los problemas específicos del indio. Uno de los conceptos centrales es el de la región intercultural, el ámbito en que se sitúa una población organizada en pueblos en torno a una ciudad, el llamado centro rector, que ejerce el control político y económico en toda la región; es aquí en donde ejercerá su acción el centro coordinador, el instrumento básico de la acción indigenista. La actividad del centro consiste en canalizar los recursos de las diferentes instituciones gubernamentales que afectan a la población de una región intercultural; el propio centro cuenta con un conjunto de técnicos para implementar los programas de acción, desde médicos, agrónomos, veterinarios, ingenieros y abogados, hasta todo un grupo de indígenas que funcionarán como ayudantes, además de especialistas bilingües, entre los que ocupa un lugar de primera importancia el maestro de primaria, el promotor, como se le llama técnicamente. Todos ellos dirigidos por un antropólogo, quien descansará las funciones administrativas en un funcionario especializado en ello. Esta estructura funcionará por la presión desde varios puntos o niveles, el más directo es el del pueblo mismo que recibe la acción, el más lejano es la política indigenista nacional; la cercanía a uno u otro polo refleja el grado de burocratismo que afectará la labor del centro coordinador. En teoría, su acción está regida por los principios de la antropología cultural.

El concepto de cultura y de cambio cultural, procedentes de la antropología norteamericana, juegan un papel importante en este planteamiento; esto significa que, de acuerdo con la concepción culturalista, todos los aspectos de la sociedad se subordinan a la categoría principal: la cultura. No obstante constituir el concepto clave de la antropología cultural, no existe acuerdo sobre su exacta significación; las discusiones se agotan sin resolver el enigma y los intentos de definición aumentan con el tiempo. Las ambigüedades que provoca el término se van a apreciar en nuestro caso cuando se trata de definir lo que es la cultura indígena y el indio mismo; pero lo más importante es que este punto de vista no da primacía a determinado aspecto de la realidad por sobre el resto, no



establece una jerarquía específica de procesos determinantes y relaciones causales. Desde el punto de vista funcionalista, interesa menos una relación causal que la manera en que una parte de la sociedad, o la cultura, contribuye a la existencia del todo. Una proposición más, derivada del culturalismo, es la de reconocer la validez de todas las expresiones culturales, es decir, toda cultura implica una manera de enfrentarse al mundo y crear soluciones propias, lo que merece el mayor respeto; todas las culturas son igualmente valiosas. Las culturas no son estáticas, cambian internamente por los procesos de invención y descubrimiento, y externamente por el contacto de sociedades con culturas diferentes. De estas proposiciones generales se derivan varias consecuencias prácticas en relación con la política indigenista. El concepto de totalidad, que en la tradición funcionalista se reduce a la comunidad, se extiende a la región intercultural, pero conserva el defecto de la proposición original de desvincular este universo de otras categorías mayores: región económica, estado, nación.

En los programas de acción, en el presupuesto mismo, el renglón educativo ocupa el papel principal por sobre los otros sectores del programa indigenista. La educación bilingüe juega un papel básico en la política indigenista, lo que por cierto, para volver a las preguntas planteadas al principio de este escrito, no resuelve la problemática de conservación o extinción de las lenguas vernáculos. En la actitud frente a estas lenguas se pueden apreciar en menor escala las implicaciones de la política indigenista; ante la actitud autoritaria de pasar por sobre las lenguas locales y enseñar directamente la lengua nacional, el INI ha optado por la enseñanza del español a través de la propia lengua indígena. Pero ante la lengua, como ante la cultura india, lo que se trata es hacer fluido y fácil el paso a la lengua y cultura nacionales, sin ocasionar

conflictos, sin trastocar el orden establecido. ¿Es posible respetar las culturas indias y al mismo tiempo integrarlas al país? De una u otra forma están insertas en él, son parte de la formación económica-social mexicana, en donde el modo de producción capitalista juega el papel dominante. En este contexto la política indigenista juega varios papeles, de los que señalaremos el ideológico, con el que justifica y legitima el orden existente: la política indigenista actual es la mejor de las soluciones posibles; por otra parte, la política indigenista recoge una vieja exigencia social, la de hacer justicia al indio frente a la discriminación, el despojo y la extinción misma, exigencia que toma diferentes formas en la historia de México y que con frecuencia se ha vinculado a posiciones revolucionarias. Sin embargo, el estado mexicano ha tomado la bandera reivindicativa al hacer de la cultura india una parte de la identidad nacionalista, pero en las medidas prácticas se ha continuado con el positivismo del régimen porfirista: educar al indio para incorporarlo al sector productivo del país. Pero la diferencia estriba en que, mientras en el régimen porfirista todo quedaba en el plano de los pronunciamientos románticos, en el régimen post-revolucionario se han tomado medidas adecuadas, científicas, con el fin no de ir en contra de los procesos de expansión del modo capitalista, sino en contra de sus aspectos más crudos, de sus expresiones violentas de saqueo y destrucción en los sectores marginales. La política indigenista aplicada a nivel regional no trata de modificar la estructura vigente, en que destaca la explotación del trabajo asalariado y la propiedad privada de los medios de producción, sino de elevar el nivel de vida de toda la región, de aumentar la productividad e introducir la tecnología moderna, pero sin modificar el sistema de relaciones existente; para ello ha de recurrirse a la antropología, la que armada de los adelantos de



Valle del Mezquital, Hgo.

esta ciencia y de las experiencias previas de los indigenistas mexicanos, sintetizados actualmente en la teoría de Gonzalo Aguirre Beltrán, se enfrenta a la solución del problema indígena. El conjunto de postulados y experiencias es la “escuela mexicana de antropología”. Quizá parezca inadecuado hablar de una “manipulación de la ciencia”, pero lo que deseamos destacar es cómo la política indigenista, a pesar de contar con el respaldo científico de la antropología, no es un proyecto social aislado, sino que forma parte del programa nacional de desarrollo, tanto en su aspecto económico como político, es decir, es congruente y se inserta en los procesos generales de nuestra formación social, de país capitalista dependiente. ¿Cuál es entonces la posición de la llamada “antropología comprometida” frente a esta posición? ¿Es otra forma de oportunismo preelectoral que arroja lodo a la política indigenista sólo para sacar un buen tajo del pastel sexenal? ¿O es una viruela que, surgida del 68, se extingue ante la realidad? .

La crisis política de 1968 tiene profundas raíces en el desarrollo económico y político de México. No es un fenómeno espontáneo, producto de un grupo de revoltosos, ni mucho menos un simple fenómeno de aculturación; ese fantasma que recorre el mundo dista mucho de ser una peste de existencia pasajera, es un proceso de intensidad creciente que está en estrecha correspondencia con las contradicciones que nacen del diferente ritmo de desarrollo entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción a un nivel mundial. La crisis política de México no está desvinculada de la crisis ideológica que exhibe flagrantemente el capitalismo norteamericano a partir de la guerra fría y la guerra de Corea y se sucede hasta nuestros días con el escándalo de Watergate. El descubrimiento doloroso de nuestro subdesarrollo en 1968 abre paso a una conciencia crítica que localmente se había mostrado sólo en forma esporádica en el contexto ideológico nacional; la causa del pueblo se deja oír y se señala una poderosa tendencia nacionalista, reformista, que enmascara los intereses populares y sirve veladamente a los intereses de los grandes capitales, nacionales e internacionales. En el campo de las ciencias sociales, la posición de crítica tiene varios puntos de arranque.

En la perspectiva del desarrollo del socialismo a nivel mundial juega un papel determinante el proceso de desestalinización que abre inmensas posibilidades para el crecimiento del materialismo histórico, se inauguran polémicas que rebasan los reducidos límites de los partidos comunistas locales y se penetra en las aulas universitarias abiertamente —lo cual a su vez forma parte del proceso de desmitificación de la universidad elitista y de su extensión a las grandes masas que buscan instrucción. Como parte del movimiento se sujetan a discusión una serie de tópicos antes aherrojados en el dogmatismo de la ortodoxia, de ellos tiene una importancia directa para la antropología el del tránsito a la sociedad de clases y el de la naturaleza de los modos de

producción precapitalistas. En esto juega un papel destacado la publicación de los borradores titulados *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, (Grundrisse), de Marx, de los que forma parte un escrito que nos atañe directamente: “Formas que proceden a la producción capitalista” (Formen); todo lo cual revive el problema acerca del modo de producción asiático, el de su relación con el proceso que conduce a la sociedad capitalista, el de sus características internas y el de su adecuación para explicar todo un sector de la historia y de la antropología contemporáneas, que los trabajos ortodoxos encajaban en el feudalismo. Esto a su vez conduce a un retorno a las fuentes del marxismo, punto en el que se toca también el de los orígenes de la antropología moderna: la escuela evolucionista, en la cual participan Morgan, Marx y Engels, a través de una obra que muchos habían considerado casi un fósil: *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, obra que reúne los comentarios de Marx a la lectura de la obra de Morgan, *La Sociedad Antigua*, a los que Engels añade sus conocimientos sobre las sociedades griega, romana y germánica antigua, todo lo cual es publicado por primera vez en 1984.

En el campo específico de la antropología todo esto ha significado retornar a los problemas planteados por la obra de Morgan, después de un largo periodo de empirismo estéril, para salir del callejón sin salida a que han llegado el funcionalismo y el estructuralismo. El primer paso ha sido una crítica consistente a estas teorías, indicando su instrumentación al servicio de la expansión capitalista y de la colonización del llamado Tercer Mundo. Las ciencias sociales oficiales, establecidas sólidamente en las universidades y en las instituciones gubernamentales, han ignorado estas críticas o las han acusado desdeñosamente de “aceleradas”, cuando no es que se han tomado medidas claramente represivas contra sus críticos. Pero quizá una de las sorpresas de este movimiento ha sido el dejar al descubierto todo un complejo proceso de colonización intelectual, como parte del más amplio movimiento de dominio ideológico y político por parte de las grandes potencias capitalistas. La ciencia social nacional no era sino un eco subdesarrollado de una ciencia para exportación fabricada en las universidades al servicio del sistema imperialista. Los sabios locales no eran sino repetidores de mensajes bien elaborados y adecuadamente anunciados, alabados, consagrados por un avanzado sistema de propaganda y difusión en los medios de comunicación científicos y oficiales. En estas circunstancias, las ciencias sociales de los países subdesarrollados parecían estar siempre —y todavía lo parecen en gran medida— en un lamentable atraso o, en el mejor de los casos, reducidas a un inofensivo provincialismo. El reconocimiento de esta situación llevó a muchos científicos sociales latinoamericanos, en especial a los sociólogos, a plantear la necesidad de construir una ciencia propia, vinculada a

**Mayordoma en la ceremonia
organizada cuando se toma el cargo.**

los verdaderos problemas y a las causas del pueblo. La tarea era inmensa y apenas comenzaban a percibirse los contornos del problema; el replanteamiento y la crítica mostraban el carácter tendencioso de teorías y métodos, de los problemas mismos, hasta entonces vigentes. Por otra parte, los escasos recursos disponibles para la investigación apenas si permitían difundir lentamente este estado de cosas y la necesidad de una toma de conciencia.

Durante la década de los cincuentas aparecen algunos de los primeros sociólogos apuntando algunos de los problemas surgidos por el colonialismo intelectual; esta actitud se extiende y conforma una tendencia para la siguiente década, esta vez ya instalada en varias universidades e institutos latinoamericanos, en Brasil, Chile y Argentina. Este movimiento propugna por una ciencia social comprometida con los intereses populares y con el objetivo de descubrir los problemas locales, asimismo se señala la necesidad de encontrar técnicas, métodos y teorías adecuadas a los recursos limitados de que generalmente dispone el científico social latinoamericano. El sociólogo colombiano Orlando Fals Borda reseña este desarrollo reciente y los primeros avances logrados en su libro *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, indicando también cómo este movimiento, denominado "sociología comprometida", corresponde a la necesidad de que el sociólogo tome conciencia de su pertenencia a la sociedad y al mundo de su tiempo, y renuncie "a una posición de simple espectador" para situar su pensamiento al servicio de una causa. Para distinguir al compromiso como *transa* del sentido de abrazar una causa, Fals Borda emplea el término "compromiso-acción". La confirmación de esta tendencia y su extensión a todos los países latinoamericanos se logra en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología, efectuado en la ciudad de México en 1969, de cuya Declaración tomamos el siguiente párrafo:

En la fase actual de crisis y de transición hacia una nueva forma de vida económica, social y política, los países de América Latina necesitan de la colaboración crítica de los especialistas en ciencias sociales, en los diversos procesos históricos de transformación social. Por esto, no anhelamos regalías académicas ni privilegios sociales, sino el derecho de ejercer nuestras actividades de enseñanza y de investigación con plena identificación con los intereses y angustias de nuestros pueblos. Queremos y exigimos la existencia normal de condiciones de trabajo, que permitan convertir las ciencias sociales, en nuestros países, en un instrumento de conciencia crítica, en factor de autonomía cultural y política y en medio de lucha contra la miseria y las desigualdades sociales. Nuestro objetivo más amplio consiste en poner las ciencias sociales al servicio de los derechos fundamentales del hombre y de la creación de formas auténticas de democracia económica, social y política" (Tomado de la página 30 del libro citado de Fals Borda).



Varios sociólogos y antropólogos mexicanos comparten esta posición y se integran así a esta tendencia "comprometida" de las ciencias sociales latinoamericanas. Naturalmente, el participar en esta tendencia no es un simple acto de adhesión por simpatía; en realidad, la intensa actividad política de 1968 ha sometido a una crítica constante a la antropología mexicana y a su expresión práctica: la política indigenista. La crítica a las concepciones tradicionales de la antropología mexicana se realiza en la propia Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), donde se pone al descubierto el profundo colonialismo de esta ciencia y se ponen los dedos en más de una llaga. Una manifestación de esta situación de crítica se aprecia en la revista *América Indígena*, publicada por el Instituto Indigenista Interamericano y en ese entonces dirigida por el Dr. Aguirre Beltrán. En dicha revista se traducen varios artículos aparecidos en inglés en la revista *Current Anthropology* en los que se analiza el papel que la antropología europea y norteamericana juegan como instrumento del imperialismo y se destacan las implicaciones éticas del investigador "neutral" encerrado en su torre de marfil, señalando la necesidad de un compromiso con los explotados y no con los explotadores, como hasta ahora ha sucedido. Quien traduce los artículos para su

Tenejapa, Chis.



publicación en español es el antropólogo mexicano Alfonso Villa Rojas, que además escribe un artículo de presentación donde se refiere a esta "nueva tendencia en la antropología" con un tono más bien desdeñoso y matizado de ironía. Esto lo permite en cierta forma el tono enjundioso y emotivo de los artículos, cuyos autores parecen implicar en el compromiso una actitud individual y crítica, pero en su argumentación, profusamente documentada, tocan puntos metodológicos que de una u otra forma rozan la problemática real que existe en el fondo, y que el comentarista y traductor no parece advertir. Esto significa, para señalar una de las características de la antropología por la que propugnamos, que el compromiso, el juicio de valor o lo que puede designarse como el "uso ideológico de la ciencia", tienen un papel determinante en la metodología y en la teoría de las ciencias sociales. No es una decisión puramente individual, es una cuestión vinculada a la posición de clase. Pero volviendo a la discusión citada, publicada en 1969, indiquemos cómo en este momento aparece una figura que circunstancialmente tiene una participación activa —es el promotor de la discusión en *Current Anthropology*— en la que expresa opiniones nacidas de su identificación con los sociólogos "comprometidos" sudamericanos. Se trata de A. Gunder Frank, cuyas opiniones son compartidas en México por el antropólogo Daniel Cazés, quien las expresa no sólo en la citada revista norteamericana, sino también entre las gentes involucradas en la discusión; y es precisamente Cazés quien extiende el calificativo de "comprometida", usado en la sociología, a la antropología. Pero tanto Cazés como Gunder Frank son parte de un movimiento más amplio, tanto en México como en Latinoamérica. Señalarlos como cabezas del movimiento local es minimizarlos o desdeñarlos, lo cual, en sentido estricto, oculta la realidad, tanto en lo que se refiere a la crítica de la ciencia social tradicional como a las condiciones mismas que provocan la crítica.

Una visión más de la falsa posición que propone una ciencia no política, neutral, etc., que reveló las implicaciones políticas en que se inserta la investigación científica, fue la experiencia del Proyecto Camelot, en 1965, y la participación de numerosos antropólogos en la guerra de Viet Nam, denunciada esta última por Wolf y Jorgensen, antropólogos norteamericanos. Como es bien sabido, el Proyecto Camelot era una investigación promovida por el Departamento de Estado y por el de Defensa de los Estados Unidos con el fin de apoyar el plan de contra-insurgencia del ejército norteamericano en la prevención de movimientos populares de carácter revolucionario. El país donde se iba a iniciar el proyecto era Chile, pero fue denunciado por un sociólogo noruego, difundido en la prensa local y discutido en el Congreso chileno, para finalmente ser cancelado por el gobierno estadounidense. Uno de los participantes activos del Proyecto Camelot fue el antropólogo Hugo B. Nutini, profesor de la Universidad de Pittsburgh, quien posterior-

mente ha efectuado investigaciones etnográficas en el estado de Tlaxcala, ha sido profesor e investigador en varias instituciones mexicanas e, inclusive, ha visto publicado recientemente uno de sus libros por el Instituto Nacional Indigenista, todo lo cual es lamentable. En fin, el resultado de la denuncia de la participación de antropólogos en estos proyectos claramente estratégicos para el imperialismo norteamericano, ha sido la toma de conciencia de un pequeño grupo de profesionales que ha comenzado a criticar las posiciones conservadoras de la mayor parte de los antropólogos, así como la relación estrecha entre la investigación científica y los subsidios que la hacen posible por fundaciones que condicionan la naturaleza y objetivos de la misma.

En el caso de la antropología mexicana, las primeras manifestaciones de crítica las expresan varios investigadores, quienes durante el movimiento del 68 eran maestros en la Escuela de Antropología (ENAH) y se preguntaban sobre las características de la antropología mexicana, publicando sus reflexiones críticas en un libro titulado *De eso que llaman antropología mexicana*, publicado en 1970; todos ellos participan en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología y en las posiciones expuestas ahí con respecto a la necesidad de una ciencia propia. Este primer intento es todavía



Tenejapa, Chis.

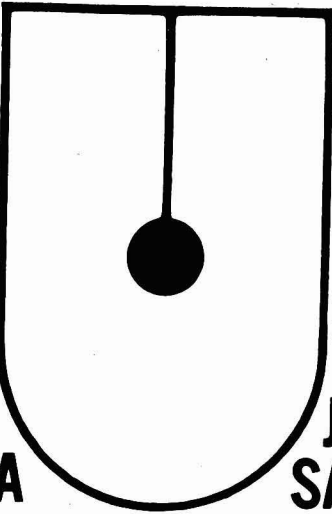
balbuceante, es decir, no se basa tanto en un rigor metodológico como en una reacción todavía emotiva frente a una situación en la que se descubre el conservatismo y el colonialismo intelectual. Aun cuando posteriormente este grupo de antropólogos se integra al aparato gubernamental, abandonando su postura crítica, no desaparece la crítica que ellos inician, antes bien se continúa en el ambiente de la Escuela de Antropología y genera diferentes tendencias, pero lo más importante es que la preocupación constante por criticar a la antropología tradicional y por transformarla en una ciencia fiel a su tiempo y la causa del pueblo, va definiendo gradualmente el marco teórico y el método lógico desde los cuales se va a ponderar el estado de cosas existente.

Lo que el Dr. Aguirre Beltrán ha llamado "antropología comprometida" no es sino el intento de un grupo de antropólogos, maestros y estudiantes, por continuar con este proceso de construcción de una antropología desvinculada del positivismo y la enajenación de los grandes centros coloniales; la réplica de Aguirre Beltrán, publicada inicialmente en el diario *El Día* de los días 15 y 16 de julio de este año, esquematiza nuestra posición y la aísla de la más amplia tendencia que crece en los centros de vanguardia latinoamericana. Contra lo que se sugiere ahí, no estamos en contra del indigenismo ni de la "escuela mexicana de antropología", sino

contra la burocratización de la antropología, contra la demagogia populista que identifica la antropología mexicana con el indio y su cultura, así como contra el uso de la ciencia como simple fachada para ocultar su negación en los forcejeos políticos gubernamentales.

Nuestra intención es construir una antropología mexicana en el marco de la teoría marxista, una ciencia que construya sus postulados, conceptos e hipótesis por su confrontación con la realidad; esta es una tarea enorme que requiere una actividad constante, rigurosa y honesta de numerosas personas. La "escuela mexicana de antropología" que encabeza Aguirre Beltrán es el resultado de la aplicación de una antropología culturalista al problema del indio, pero cuya dinámica y directrices no surgen por la asimilación de la experiencia con su correspondiente modificación teórica y conceptual, sino de los vaivenes de la política oficial. No obstante proclamar una abundante actividad editorial, lo cual es cierto, encontramos que el financiamiento y la orientación teórica de las investigaciones, así como los objetivos mismos de la investigación, son ajenos al INI en su mayoría. Así, la antropología procedente del INI se reduce a proposiciones en el campo de las ideas y congruentes con el nacionalismo del gobierno mexicano.

Creemos que para la antropología mexicana el problema del indio es parte de una problemática más extensa, lo que le otorga su real significación, vinculada con el problema agrario en tanto campesino y ligada a la lucha de los obreros en tanto explotados. La cultura india es una más de las diversas ideologías de los explotados, y, como todas ellas, aislada, fragmentada y en proceso de destrucción. Así, las tareas que percibimos son varias, pero entre las más urgentes está el hacer un balance crítico de la antropología tradicional que nos permita continuar sobre lo hecho ya por otros investigadores, y basta iniciar la búsqueda para encontrar antecedentes, atisbos geniales en diferentes antropólogos, tal es el caso de Miguel Othón de Mendizábal y Julio de la Fuente, que si bien no son marxistas contribuyen considerablemente por su identificación con los intereses del pueblo y con los problemas de su tiempo. Cada uno de ellos, visto en su momento, en su situación política y social, contribuyó a lo que consideramos la antropología realmente científica. Pero repetir ahora lo que ellos dijeron en su tiempo es caer en un anacronismo lamentable. Los continuadores de esa tendencia son pocos, la única figura solitaria que trabaja en la dirección de esta antropología es Ricardo Pozas, cuya labor ha rendido ya frutos recientes, aportes que apuntan hacia esa antropología nueva. Así, estamos por una ciencia no neutral, sino con una perspectiva ligada a las clases explotadas. Esto ha inquietado a numerosos antropólogos y a otros vinculados con el quehacer antropológico oficial. Conocer la causa de esa inquietud es una buena manera de penetrar en las condiciones actuales de la antropología mexicana.



**ARTURO
AZUELA**

**N
TAL
JOSE
SALOME***

Yo no le puedo contar a usted de cuando las noches de mar eran zumbidos lejanos; nadie las conocía, nadie podía saber que más allá de la cordillera, la fatiga de los atardeceres tallaba los árboles con ruidos diferentes. Imagínese que todo estaba tirado al olvido. Desde largo tiempo, el paisaje seguía ahí, acostumbrado a la mudanza de algunos animales venidos de la llanura y a los giros noctámbulos de búhos y de murciélagos. Las noches y los días se rendían de cansancio, yendo y viniendo entre la baraúnda de la arboleda, los trajines del campo raso y el silencio de las rocas a contraluz.

A los fundadores del Rosedal, algún amargor les corría en el cuerpo. Según Josefina, primero orillaron el río, se hicieron de asombros y, cuando se alejó la noche, tantearon las ganas de quedarse. También aseguraba que traían un muerto, que antes de enterrarlo lo dejaron en buena postura al pie de un olmo. Seguramente el día se apaciguó, las cumbres relucieron sus créditos y muchas águilas hicieron rueda en las alturas. Poco a poco, dejaron las dudas de lado y les entró la calidad de ser dueños de algún rincón del terreno y, sobre todo, de algunos puñados del bosque. Muchos se fueron y los allegados al cadáver se quedaron viendo y viendo el campo de afuera y el azulear de arriba. Entonces decidieron el lugar del camposanto y, como decía Matilde, el Rosedal nació en el momento en que sepultaron al difunto. A mi manera de entender, yo creo que así nacen estos caseríos, con gente cansada de tantos chicoteos, andando a la deriva, sin raíces en tierra y nubes.

En fin, ya le iré contando muchos pormenores, todos ellos muy deshulvanados, grises y de pocos ruidos. No creo que le vayan a alborotar la voluntad. Imagínese que usted quiera encararse con muchos trapos, pegarlos con lentitud y después arrancarles algún destello. Créamelo, hace mucho tiempo se me turbó el humor y es muy difícil tentear mis bichos encogidos, hablarle a usted de esas hilachas o de esos chamagosos que se abren paso entre herbazales y desatan la lengua al menor insulto. Pura tierra cascaruda, pupilas que se derriban, aguas azonzadas por los vientos.

Sólo le pido que me permita hablarle de acuerdo con mi compás, no me lo rompa, ni tampoco trate de precipitarme las huellas. Para no ir más lejos: yo no sé a qué le llaman orillas, si nunca terminamos de caminar, si cada paso es distinto y cada anochecer nos zarandea con placeres o sinsabores encontrados. Eso es, siempre andamos medio encontrados, en nosotros mismos hay mucha leña prendida y muchos vidrios oscuros. Y luego, para colmo de males, se nos antoja decir que no tenemos nada, que ni siquiera los rebotes del viento nos sirven de recuerdos. Puros embustes, ¿usted cree que las ideas no se pueden desperdiciar? Se lo digo en serio, muchos me verán solo, pero aquí, por esta catarata se me han quedado los viejos vecinos, las miradas ligeras de medianoche y los alumbrones lejanos en las sombras del mar.

En otros tiempos, que ya no sé cómo se miden, no valíamos nada sin la madera, sin los buenos troncos de los pinos, y ahora, créamelo usted, no valemos nada sin la basura, porque esa es nuestra lástima: el río se fue, la planicie se volteó de cabeza y el relucir de las piedras se fue muriendo entre los sótanos.

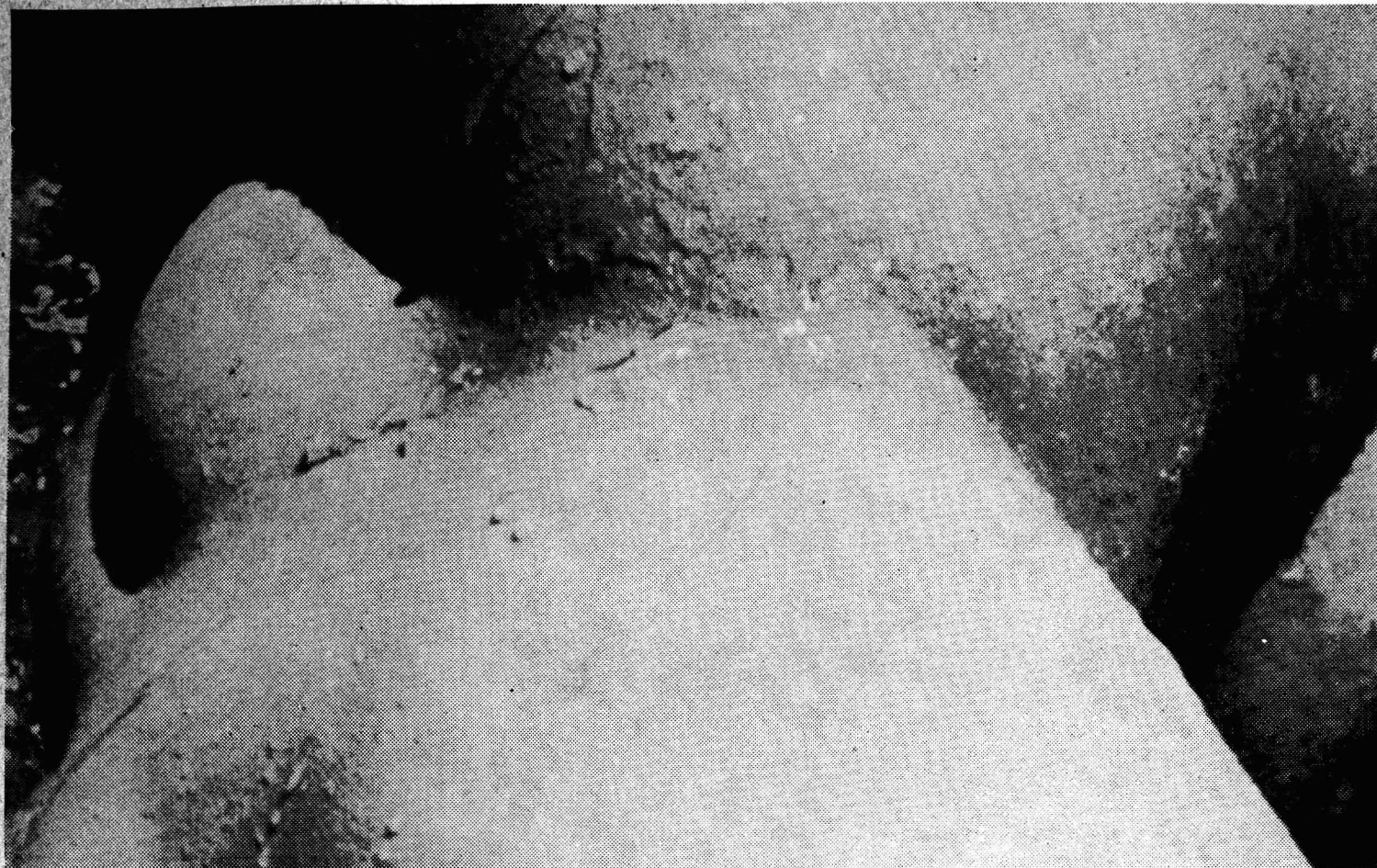
Para no darle muchos rodeos y como usted insiste en que todos estos líos no deben hacerse olvidar, quiero aclararle que la ciudad era un punto blanco, reverberaba muy lejos, como si nadie la pudiese tocar. No había necesidad ni mucho menos urgencias de conocer sus azares. Muchísimas cosas de hoy en día, las que aprendimos cuando tantos montículos caminaron hacia nosotros, no las digerimos, ya que nuestros pensares y sentires no tenían que ver nada con aquellos linderos. Perdone tantas quejas, al fin y al cabo hay años donde se vive una larga estancia de la que nadie se puede desprender. Ahí queda, se nos embarulla, se nos retuerce y no hacemos más que meterle nostalgia o hasta dudar de su existencia.

Creemos remontar nuestros caminos y luego resulta que son los caminos de otros, partidas malogradas y regocijos al aire de tantas amistades y entenados. Del campo abierto pasamos a la guarida, de la voluntad de saber callar al cielo raso de muchos ruidos. Y fíjese bien: nosotros no regresamos de ningún lugar, aquí nos quedamos, aquí las paredes y los golpes de lluvia nos acortaron las distancias, sin reventar nuestro aguante y sin esconder nuestras malicias y aflicciones. Ahora recuerdo cuando Leodegario aseguraba que de día en día el paisaje era sumiso, los mismos silencios, de vez en cuando una catástrofe, un trastorno en los reflejos de la Luna y un socavón donde estaban los pantanos. ¿Usted se puede imaginar que las fatigas del aire se hacían y deshacían en el abandono?

Cuando menos, voy a echar de la piel una pila de agravios y de perjuicios. Y si mis historias van tomando un mal olor, usted debe entender que soy enemigo de los que gustan de los agasajos en la charla. Sé maliciar los alardes y cuando alguien, desde la misma entrada, se gasta sus ínfulas y nos aporrea los descansos, trato siempre de volverme de silencios. Está bien, estúdieme uno por uno de mis vicios, yo pertenezco a esa casta y se lo digo fuerte: ya estoy medio desencuadrado, pero todavía sé abrir los puños y desparramar mis baratijas para no desmerecer ante nadie.

Nosotros fuimos y seguimos siendo trashumantes, sin cambiar de rumbo, alojados en el mismo sitio. Es difícil entenderlo, pero haga de cuenta que a su alrededor le van cambiando las afueras, las raíces y hasta uno por uno de los sacudones del polvo. No preste la menor atención si se me agarota la vista. Estoy juntando alientos y no quiero escapar a todo correr, quiero todavía aspirar de muchos golpes las trifulcas o las babas de este mundo. Vaya usted sumando cada uno de mis pormenores y después tómeles las distancias, para que pueda rematar la faena. No le voy a hacer cálculos de mis pérdidas; esas son lagañas que todos nos quitamos

* De la novela homónima, de próxima aparición



sin querer, aunque nos vuelvan a salir al día siguiente. Todo es cuestión de empezar bien y ojalá usted aprenda muy pronto a desenredarme las apariencias.

Entre el Rosedal y la cordillera, el río baja hacia el oriente, de aguas hondas, mansas, en un cauce que se abre y se cierra entre peñascos o promontorios y, finalmente, paralelo a la llanura, tuerce entre dos montañas y se pierde muy lejos por otros valles y pliegues de la tierra. En el poniente, muchos fragmentos de tapiz boscoso suben y bajan por cerros de múltiples tamaños, se diseminan poco a poco y se van muriendo hacia las cumbres. Sobre los pinares, los muros de neblina se aprietan y luego se desmarañan más allá del límite arbóreo, a lo largo de un sin fin de rocas cubiertas de nieve que luchan por encontrar otras alturas.

—Bien pulida está el hacha, de filo reluciente y mango de cedro. Y estas malditas pesadillas me retuercen los ánimos, me quieren socavar todos los gustos —piensa José Salomé, con los ojos entreabiertos, la boca reseca y el cuerpo hundido en el catre.

Pegadas al fondo de la llanura, muchas nubes esconden la salida del Sol, mientras los trabajadores se acercan al camino ancho, mueven las palas una y otra vez, horadan la tierra y chupan varias tiras de viento frío. Como cortadas a cada golpe, las primeras campanadas se topan con los ruidos de las máquinas, con el estridor de los camiones de volteo y los silbidos que resbalan por los montones de arena y atraviesan las paredes de las chozas. Paulatinamente se levantan trozos de polvo, desalojando el aire limpio y extendiéndose por las laderas del cerro.

—No hay miedo en las carnes y vamos a ponerle hombro al trabajo. Hoy me voy a quitar estos tarascones de viejos huracanes, de bramidos roncacos nacidos de tantos ataderos y tantos reveses de la suerte —se pasa una mano por el pelo negro y abundante, aprieta las ojeras y mueve los dedos de los pies.

Desde la torre de la iglesia, con un campanario maltrecho y boquetes en las paredes de ladrillo, se aprecian todas las chozas del

Rosedal diseminadas en puntos dispares, sin que las puertas o las ventanas se vean frente a frente, como salidas de las protuberancias, inclinaciones o bordes del terreno. Sobre los techos de dos aguas resaltan las tejas parecidas a costras de color gris, rojizo o café, mientras algunas palomas negruzcas van y vienen, ya de la cuenca del barranco, ya de las oscuras repisas del bosque. En el costado derecho de la plazoleta, de frente a la sacristía, unas mujeres de vejez prematura extienden la ropa recién lavada sobre algunas piedras lisas y sacan muecas de fastidio, sin que el amanecer les otorgue una pizca de entusiasmo.

—Hace tiempo no voy a la tala, a sudar con el crujir de los pinos, a verlos caer con topetazos de alegría. Se me van a encabritar estas manos y les voy a sacar nuevos chichones— se retuerce en el catre, estira los brazos, echa un par de bostezos y vuelve a pensar en el hacha al hombro.

La choza de Leodegario y de José Salomé es la última del poniente, muy cerca del río, de la hierba húmeda y del camino que parte al bosque y después se pierde por otros cerros. Además del cementerio, a un lado del camino se encuentran un pedazo de tierra para la siembra de maíz y un arrugado flanco de bordes agudos hechos por la erosión y que se deshacen muy lejos, allá en la planicie, hacia los linderos de la ciudad. Una multitud de seres rapaces se encuentran metidos en el silencio de la arboleda, en sombras encogidas donde parece que nada se mueve, ni los montones de hojas holladas, ni los tallos de las ramas cubiertas de hojas menudas. Ahí termina el Rosedal, ahí donde las sabandijas zumban con sordina, donde los zancudos se entrometen en los rayos del Sol o descansan en algunos troncos sarmentosos y las alimañas dormitan en sosiego.

—Muy de a poco vamos a reventar nuestros placeres y al alabar el bosque iremos a manosear muchos troncos. Olvídate de los olores del mar y de la piel de Genoveva. No vas a caminar ni seco ni mustio, ahora que nadie te tiene con el pie en el cogote— José



Salomé se pone lentamente de pie, se rasca la frente, abre la ventana y después se pasa las manos por el pelo enmarañado.

Entre los chirridos de las máquinas, el constante roncar del viejo Leodegario y las campanadas de extracción antigua, alcanza a ver, más allá de los techos y del establo, los últimos puntos de la llanura, resplandores rojizos y morados que atraviesan las nubes, las dilatan o las hacen como viento color de fuego. A uno y a otro lado del camino ancho aumentan los montones de arena, los rastros de las llantas y el desbarajuste de arbustos y raíces. Los remolinos del polvo continúan su trayectoria, opacando las luces y la tranquilidad de las bestias, ahumando los horizontes y la rala vegetación en el fondo del río.

—Estoy seguro de que allá en el bosque el paisaje no será huracán, no habrá gritos de fieras, ni la luz nos va a castigar los párpados. Lástima de esos ruidos taladrantes; tienen demasiada furia y parece que descansan en la oscuridad para después soltar la ira sobre la tierra en unos cuantos tirones. Y mira a Leodegario, hecho de paja remolida y con unos sudores que de seguro le adormecen todas sus extravagancias— se restriega los ojos, saca un gesto de pereza, toma el hacha del trastero y la empieza a manosear, con las ganas de que no hubiese tiempo ni medida, de gozarla enteramente sobre el tronco de un pino, reventando a cada golpe sus sumideros y sus artimañas.

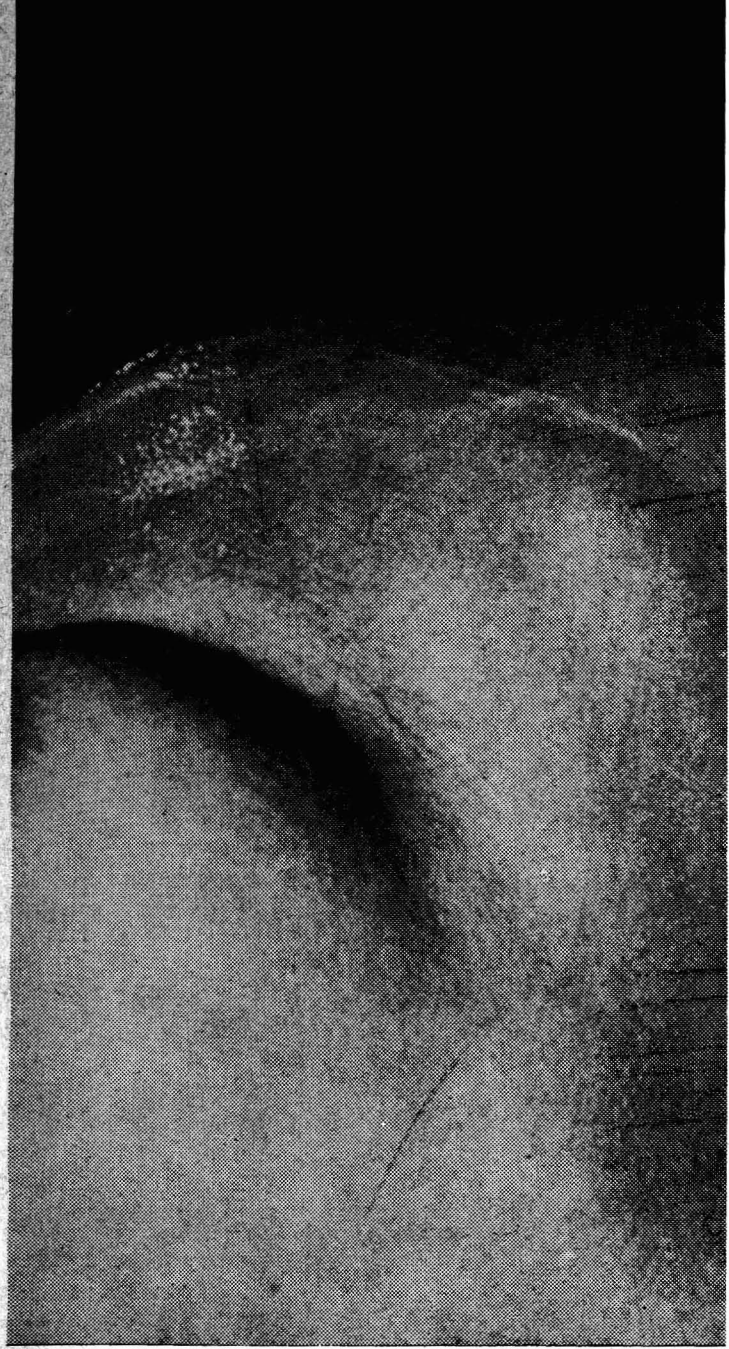
De pronto, Leodegario grita con su voz grave y amarga, acostado en el catre pegado a un rincón, la frente llena de arrugas y el pelo completamente blanco metido en la almohada roída y amarillenta:

—¿Qué pasa con ese alboroto? Cierra la ventana que no quiero estropearme de un solo ventarrón. Tú sabes bien que hace muchos años se me jodieron los espolones— apenas puede abrir los ojos cafés, abultados y hundidos en la ceja rala; su rostro es huesudo, pálido, la nariz puntiaguda, de aspecto cada vez más lúgubre al deslizarse debajo de la frazada y escondiéndose de la luz.

Con parsimonia, José Salomé deja el hacha sobre la mesa de abedul, cierra la ventana y la cubre con unos pedazos de cartón asidos a unos clavos enclenques. Primero echa una media sonrisa y después pone cara de aturdimiento y vuelve a mirar al viejo talador, como si estuviese atado de pies y manos, maldiciente de todo lo vivido, que no quiere oír, ni entender, siempre diciendo que está de sobra en este mundo.

—No se preocupe, que a poco rato el cielo estará limpio de nubes. Y como usted dice, hay que irse despacio para que la mala sangre no nos enchinche las venas. Ya sabe que hoy tengo trabajo para todo el día y le aseguro que traigo tantas ganas, que ningún eco sucio me las va a desbaratar— contesta José Salomé al tomar de una silla de pino una camisa de caqui y un aguamanil descarapelado. En el momento en que abre la puerta, se quiebra la última campanada y el aire frío le enciende la nariz recta y los





pómulos salientes. Leodegario se queda en la penumbra y vuelve a roncar con los oídos tendidos a los chubascos de otros tiempos.

Al fondo, más allá del camino ancho, el sol va despejando los últimos astros, aclarando el perfil de las matas, de los troncos caídos y la maraña de los cactus. Y mientras los grillos solitarios se asilencian, se van descubriendo las nieves de la cordillera, allá donde los vientos se enroscan en plantas achaparradas y las ventiscas se desatan en la rocosidad del terreno, en muros escarpados y oquedades en las hõnduras de los precipicios.

Todavía José Salomé no conocía las arenas del mar cuando Genoveva bajaba al puerto dos veces por semana y a muchos, de la más variada condición, se les deshacían las frases, los ojos y la boca. De figura juncal y espejos en la piel, tenía dones de sobra para enlabiar a cualquiera, ya desde los hombros a las caderas, ya desde los pechos a la redondez suculenta de sus glúteos. He ahí a

una mujer de pies a cabeza donde yo se la pondría a mis anchas, decía algún marinero con desenfado, con la vehemencia de tenerla a tiro. Y ella, conociendo todos sus alcances, seguía moviendo el dorso y simplemente murmuraba: te falta mucho para ser siquiera un macho cabrío y si algún día se te hace la buena entonces sabrás en verdad lo que es comer carne. Miraba de reojo con el brillo de sus pupilas claras, caminaba de frente con mayor soltura, echaba el busto erecto hacia adelante mientras un chiquillo, después de tratar de mirarle más allá del fondo de los muslos, salía corriendo por el empedrado.

Después de ayudar muchas horas a las vendedoras de pescado en unas barracas de la Plaza Principal, Genoveva caminaba hacia la costa y, ya tragado el atardecer al fondo del mar, se contentaba durante mucho tiempo con mirar las luces del faro, recostando todo su cuerpo en la humedad de la arena. Al retorcer su cintura con el roce del agua en sus rodillas, dejaba volar los pensamientos no sólo al mirar los cantiles, sino más allá de los tallos o las hojas de las palmas.

Lentamente abría y cerraba las piernas, extendía los brazos y apretaba los ojos y los puños. Parecía guardar entre sus muslos, las líneas de sus manos o la yema de sus dedos todo el sonido del mar, las olas que moldean la playa y la espuma labrando los peñones.

Muy distante, como de un promontorio de nubes, el pescador perdido en los últimos muros del oleaje parecía descender hacia la playa a chupar los pezones hinchados de Genoveva, a limpiarle con lentitud el lodo de los pies y a tratar de sosegarle las sacudidas del vientre. Con los brazos hacia atrás, subía su falda hasta la cintura, y, al abrir enteramente los muslos, pensaba en aquel hombre, en aquel espectro metido en su piel, en la lujuria exaltada por el viento. Dejaba correr sus tempestades sin rumbo fijo, como una lluvia tras otra cayendo sobre sus sueños y hundiéndose con él, como si el lecho del mar con sus luces acostadas la hicieran renacer y le redondeara los apetitos.

Así corría el tiempo, con la lenta trayectoria de los astros y los peces agujas confundidos con las hierbas en la oscuridad de las aguas, con el movimiento espacioso y continuo de las luces del faro y las manos de Genoveva sobre sus pechos. Sin ataduras, dando libre goce a sus escalofríos, seguía encerrada en sus propios muros completamente humedecida, entresacando una alucinación tras otra, el polvo de alguna nube, los chispazos de las luciérnagas marinas y la brisa por su cintura y sus piernas.

De pronto se ponía de pie, corría un largo trecho hasta perderse como una brasa salida del hueco de un alud. Unos minutos más tarde, con mucha calma, el Sol iba prendiendo lumbres sobre la superficie del mar.

Un día, meses más tarde, en ese mismo momento y sin saber cómo había llegado ahí, José Salomé conoció el mar.

LA CONSTITUCION MEXICANA DE 1824

ESTADO ACTUAL DE LA NACIÓN
Editorial de "El Sol"

Jueves 1o. de enero de 1824, 4o. de la Independencia, 3o. de la Libertad y 2o. de la República.

Entramos en un año nuevo: entramos también en una época nueva. Que el año de 1824 sea memorable entre nosotros por el establecimiento de la Constitución y del dominio de las leyes; que se calmen las pasiones que en tantos y tan opuestos sentidos han agitado esta nascente Nación; que la discordia desaparezca para siempre de nuestro suelo y que en su lugar se consolide la paz y la fraternidad; que un pueblo de hermanos camine rápidamente a la felicidad que está tan cerca de nosotros y que sólo nuestras disensiones pueden impedirnos gozar. Volvamos una mirada de dolor hacia el desgraciado continente europeo y comparando los males que lo agobian, con la prosperidad que puede ser obra de nuestras manos, bendigamos esta feliz separación que ha hecho nuestra suerte independiente de la de la Europa.

En nuestros números siguientes examinaremos con cuidado, cuál es nuestro estado político al principio de este año y cuáles los pasos que hemos dado en la carrera de la Libertad, desde el momento de nuestra Independencia. Continuaremos luego dando a nuestros lectores las noticias más importantes que recibamos, tanto de Europa como de nuestra América, con las reflexiones que convengan, y siguiendo el camino que nos hemos trazado, combatiremos igualmente las ideas anárquicas y las serviles, conservando el término de moderación, único que puede labrar la felicidad de una nación.

Estado actual de la nación

Ofrecimos examinar cuál es nuestro estado político al principio de este año, y cuáles los pasos que hemos dado en la carrera de la Libertad desde el momento de nuestra Independencia. Una y otra cuestión es de la más alta importancia y ambas merecen ser el objeto de profundas meditaciones.

Somos independientes, se cortaron para siempre los lazos que ligaban este mundo con el otro, y sus relaciones en lo sucesivo van a ser muy diversas de lo que han sido hasta hoy: aún más, hemos derrocado un trono, hemos precipitado de él a un usurpador, tenemos un Congreso que trabaja en hacer la Constitución de la Nación, y un Gobierno que no puede inspirar ningún temor a los patriotas: ¿qué más podemos apetecer? ¿No es esto lo que necesita un Pueblo para ser feliz? Sí, pero no es esto sólo. Necesita consolidar sus instituciones, dar estabilidad y energía a su Gobierno, hacer respetar las leyes, acallar los partidos y someter a los sediciosos. Necesita abrir las fuentes de su prosperidad en el interior, para aparecer grande

En octubre de 1824 fue promulgada la primera Constitución Mexicana. Apenas un rato de la historia nacional ha transcurrido desde entonces, cuando el mexicano creía, jubiloso, en la República, en el Federalismo y en la Constitucionalidad; cuando todavía no existían frases rituales; cuando la Nación confiaba en su futuro; cuando los mexicanos ejercieron el derecho de crear.

En 150 años los mexicanos han aprendido mucho; han aprendido tanto, que ya no tienen el candor ni la ilusión de aquéllos de 1824, a quienes vale recordar porque están en la raíz de nuestras convicciones, de nuestras tradiciones y de nuestras instituciones.

CONSTITUCION

FEDERAL

DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS.

SANCIONADA

POR EL CONGRESO GENERAL CONSTITUYENTE,

EL 4 DE OCTUBRE DE

1824.



IMPRESA DEL SUPREMO GOBIERNO DE LOS ESTADOS-UNIDOS
MEXICANOS, EN PALACIO.

y respetable al exterior, y en una palabra, necesita dar cimiento y asiento a su Libertad y a su Independencia. Para esto deben obrar causas externas e internas: las unas están ligadas con las otras y todas tienen una conexión inmediata.

Por causas externas entendemos la disposición en que las potencias extranjeras puedan hallarse con respecto a nosotros. Este ha mudado enteramente de semblante en los últimos meses del año anterior. Hasta entonces puede decirse que la suerte de las Américas, había excitado sólo una curiosidad desinteresada, y sin pretender hacernos entrar activamente en la balanza política del mundo, las naciones de Europa se habían contentado con ser meras espectadoras de nuestros suce-

Hemos seleccionado, para presentar en este suplemento, algunos textos poco difundidos que ofrecerán al lector un panorama de las horas que México vivió hace siglo y medio. Horas que podemos calificar de heroicas, porque no otra cosa sino heroísmo hubo en los que triunfaron sobre el escepticismo; en los que edificaron la libertad y proscribieron la servidumbre; en los que fueron capaces de imaginar, de desear lo imaginado y de conquistar lo deseado. La diferencia entre esos soñadores y otros también soñadores, es que aquéllos sí obtuvieron lo que querían.

D. V.

sos, o cuando más formaban sobre ellos algún cálculo comercial. La invasión de España por los franceses ha venido a sacar a las potencias del continente europeo de este estado de inacción, y la pronta caída del sistema constitucional en aquel país desventurado, ha llamado su atención hacia éste. La política de la España ha debido mudar enteramente, si puede llamarse política la conducta indiscreta y caprichosa de un déspota, ignorante y altanero. En efecto, ya no se trata de discutir si puede convenir a la España la independencia de la América bajo esta u otra forma; ya no se piensa en que los príncipes de su casa reinante vengan a ocupar tronos erigidos en un mundo nuevo: Fernando empuña un cetro absoluto, y al momento hace partir buques para intimar una obediencia ciega.

Por funesto que haya sido este suceso para la España, sus consecuencias deben ser muy felices para la América. En efecto, si existía como se pretende un partido deseoso de someter a los príncipes borbones, debe desbaratarse desde el momento en que estos príncipes rehusan reconocer la Independencia, circunstancia indispensable para su elevación: porque ¿cómo poder suponer que haya quien espere una cosa, que pugna con la cosa misma? No dudamos que se continúe excitando temores que más de una vez han sido el motivo o el pretexto de que se han servido los ambiciosos para sus miras; pero todos los hombres sensatos deben de hoy en adelante desecharlos, pues es cierto que no puede haber motivo racional sobre que establecerlos, y esta es ya una ventaja incalculable; más aún hay otras que no son de menor peso. La pérdida de la Libertad en España, debe hacer que los nativos de ella han venido a ser nuestros conciudadanos y que se hallan ligados a nosotros por todos los lazos del parentesco y de la amistad, asimilen más su suerte con la nuestra, hallando en nuestra Patria todas las ventajas que no puede procurarles la suya. Muchos, no lo dudamos, vendrán a buscar un asilo en esta tierra de Libertad, y así como los Estados Unidos deben en gran parte el aumento prodigioso de su población y de su industria a la emigración de Europa y Santo Domingo, promovida por las persecuciones y desgracias de la revolución de Francia, así nosotros podemos disfrutar de iguales ventajas, si en una persecución mucho más general, pues que se ejerce en todo el continente de la Europa, abrimos un asilo generoso a los amantes de la Libertad, a los hombres virtuosos, cuya presencia no pueden sufrir los déspotas.

La imposibilidad de la venida de un príncipe de Borbón y por consecuencia la disolución del partido que pudiera desearlo y la consolidación de la unión, no son los únicos efectos que la ruina del sistema constitucional en España debe producir: aún hay otro de tanta o mayor importancia. Este suceso ha mudado enteramente, como lo hemos dicho, la política europea. Las potencias continentales que forman lo que se llama la santa alianza, han manifestado suficientemente sus ideas cuando el Duque de Angulema dijo a los españoles en una Proclama: que los Ejércitos y Armadas de la Francia estarían a la disposición de Fernando para terminar sus diferencias con sus colonias, y cuál es el término que Fernando desee, es demasiado conocido: todas las medidas de Angulema han sido en el mismo sentido: apenas toma a Madrid cuando restablece el Consejo de Indias e instala una Regencia de España e Indias: los americanos en Francia eran tratados como enemigos, y un enviado del Perú fué sorprendido en su camino a Inglaterra y puesto en prisión; en fin, todo prueba hasta la evidencia las miras hostiles que los enemigos de la Libertad de todos los pueblos hacen contra la nuestra. Ni podía ser de otra manera conforme a sus principios, pues si la España, si Nápoles y el Piamonte no han tenido derecho para constituirse, ¿cómo ha de reconocer este mismo derecho en México y en el Perú? El derecho público de la Europa continental es hoy la obediencia ilimitada a los individuos de ciertas familias, y se pretende que este mismo sea el del mundo entero.

Sin embargo, los intereses políticos y comerciales de la Inglaterra, debían ser enteramente contrarios a las miras que la santa alianza manifestaba. Si la influencia de los aliados se extendiese hasta la América, si esta parte del mundo volviese un día a ser la herencia de los Borbones, éstos emplearían su poder contra aquella nación que siempre han mirado con celo. No sólo la política del Gobierno Inglés debía inducirlo a oponerse a los ambiciosos proyectos de los aliados; los filantrópicos de una nación en que la verdadera Libertad ha

echado tan hondas raíces, sentimientos que se pronunciaron altamente desde el primer movimiento de nuestra emancipación y que nunca han sido desmentidos; estaban unísonos con aquella. Así es que desde el principio de la invasión de España, el ministro inglés se declaró altamente contra todo proyecto que los aliados tuviesen sobre el Continente Americano y anunció, como no muy remota, la época del reconocimiento de su Independencia. Todos los pasos que aquel Gobierno ha dado desde entonces, han sido consecuentes a esta declaración. Se han nombrado cónsules para muchos de los puertos de América y una Legación ha llegado a México.

Todo nos induce a creer que los esfuerzos de la santa liga contra nosotros serán ilusorios y que la Inglaterra tomará una parte muy activa para frustrarlos. La Independencia, pues, aparece consolidada al exterior y la esclavitud de la España ha venido a confirmar nuestra emancipación.

Algunos han querido hacer sospechosa la conducta de la Inglaterra con respecto a nosotros, y en un comunicado que hemos insertado en nuestro número 202, se aconseja a nuestro Gobierno un manejo cauteloso. No podemos convenir de ninguna manera con las ideas que expone el Sr. Tornel. Por nuestra posición política y geográfica, somos los aliados naturales de la Inglaterra, y esta alianza debe ser indisoluble, porque se funda en la mutua conveniencia de las dos naciones. Dicen, sin embargo, algunos espíritus fascinados por los principios falsos de economía política, que el comercio y las relaciones íntimas que deben formarse con la Inglaterra arruinarán precisamente nuestra industria. Sentimos entrar en cuestión que es menester tomar desde sus principios para rebatir estas preocupaciones. Si la República Mexicana puede temer que sus imperfectas manufacturas padezcan por la preponderancia de las artes inglesas, ¿no tendrá justamente igual temor la Inglaterra de que sus colonias de las Antillas queden reducidas a una absoluta nulidad por el aumento que debe tener la agricultura de nuestras costas? En efecto, fomentados como deben naturalmente serlo los cultivos del café y el azúcar en nuestros países calientes litorales, con la ventaja de que proporcionan las manos libres sobre los esclavos comprados a un precio subido, nuestras producciones deben venderse con tal preferencia a las de las Antillas, que las de éstas no podrán concurrir con ellas a los mercados. Sabiamente la naturaleza, distribuyendo los hombres en climas y países diferentes, les concedió producciones diversas y los inclinó a industrias varias. Esta diversidad es la que produce el comercio, al que los pueblos deben por la necesidad de comunicarse, su ilustración y su cultura. Nuestras producciones naturales, los frutos de nuestra agricultura, la abundancia de ganados de nuestras provincias septentrionales y sobre todos los ricos productos de nuestras minas, son los verdaderos objetos del cambio por los tejidos e hilados de la Inglaterra, con quien en este punto nunca o muy tarde podremos competir. No es esto decir que se abandonen y destruyan nuestras manufacturas: un arancel bien calculado debe protegerlas; mas nunca debe intentarse forzar en él la naturaleza, pretendiendo fomentar industrias que en el estado actual de cosas no pueden florecer, con perjuicio de aquellos ramos que nos brindan con riquezas que es muy fácil lograr.

El comercio, pues, debe fomentar nuestra industria natural, proporcionándonos un gran expendio de nuestros productos, y la Inglaterra está interesada en nuestra riqueza y prosperidad para fomentar mutuamente la suya. Ella ha protestado que no pretende privilegios sobre las demás naciones, a pesar de que conoce las ventajas que a nosotros nos resulten de su amistad. En efecto, por su preponderancia marítima es nuestro antemural contra los esfuerzos de la santa liga, por sus relaciones políticas, es la rival de las naciones del continente dominadas por aquella y regidas por los Borbones; no puede sufrir por su propio interés el engrandecimiento de esta familia que aspira a nuestra dominación, y por otras causas debe ser nuestro apoyo contra vecinos que pudieran ambicionar engrandecerse a nuestras expensas. Todas estas razones nos hacen considerar la alianza y amistad con Inglaterra, como muy conveniente para nuestra república y muy fundada en las necesidades y conveniencia de ambos pueblos, y miramos como una de las ventajas que este año nos promete la probabilidad que se presenta de que se establezcan estas relaciones amistosas con aquella nación, lo que debe dar mucha solidez a nuestra independencia.

Un suceso que hizo favorable el principio del año pasado

El Supremo Poder Ejecutivo se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El Supremo Poder Ejecutivo nombrado provisionalmente por el Soberano Congreso General Constituyente de los Estados Unidos Mexicanos, á todos los que las presentes vieren y entendieren **SABED:** que el mismo Soberano Congreso se ha servido decretar lo siguiente.

„El Soberano Congreso General Constituyente de los Estados Unidos Mexicanos á tenido á bien decretar.

Sin pérdida de tiempo procederá el gobierno á publicar solemnemente la Constitución en esta capital, y la comunicará inmediatamente á los gobernadores de los estados y autoridades políticas de los territorios, para que así mismo lo verifiquen en todos los pueblos de su demarcación.

Lo tendrá entendido el Supremo Poder Ejecutivo y dispondrá lo necesaria á su cumplimiento, haciendolo imprimir, publicar y circular. México 4 de Octubre de 1824. — **Lorenzo Zavala**, presidente. — **Manuel de Viza y Cosío**, diputado secretario. — **Epigenio de la Piedra**, diputado secretario.

Por tanto mandamos á todos los Tribunales, Justicias, Gefes, Gobernadores y demás autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas, de cualquiera clase y dignidad,

que guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar el presente decreto en todas sus partes. Tendréislo entendido para su cumplimiento y dispondréis se imprima, publique y circule. En el Palacio Nacional de México á 4 de Octubre de 1824. — **Guadalupe Victoria**, presidente. — **Nicolas Bravo**. — **Miguel Domínguez**. — A D. **Juan Guzman**.

Y lo comunico á V. para su inteligencia y cumplimiento.

Dios guarde á V. muchos años. México 4 de Octubre de 1824.

Juan Guzman.



ha facilitado extremadamente estas relaciones amistosas con la Inglaterra: este ha sido la caída de Iturbide. Nunca una potencia europea hubiera manifestado disposición alguna para el reconocimiento de la independencia, mientras que al mismo tiempo hubiera debido reconocer la nueva familia imperial, y este reconocimiento se abreviará o retardará para servirnos de las expresiones del ministro inglés, según se consoliden nuestras instituciones, de manera que en nuestras manos está abreviar aquella época.

Por lo que hemos dicho parece que nunca se había presentado un aspecto tan lisonjero para nuestra independencia, como el que nos ofrece la política exterior al principio de este año: los esfuerzos que los españoles puedan hacer por sí solos son insignificantes y únicamente limitados a algún desembarco en aquellos puntos de la costa que se encuentran indefensos: estos sólo pueden precaverlos el aumento de nuestra marina o la cooperación de la de Colombia; mas las potencias de la santa alianza nada pueden intentar contra nosotros, ni la España puede contar con su auxilio. Los demás estados de nuestro continente se aprovecharán también de estas favorables circunstancias: a pesar de las desgracias del Perú, la presencia de Bolívar y sus tropas bastará para establecer las cosas, dando un centro a los esfuerzos de los patriotas, distraídos hasta ahora con las disensiones domésticas, y no creemos lisonjearnos demasiado, prometiéndonos que el año de 1824 será memorable entre nosotros por la completa emancipación de nuestro continente.

¡Plegue a Dios que seamos tan felices en el interior! Esta debe ser obra absolutamente nuestra y no necesitamos de grandes esfuerzos para consumarla. Un poco de juicio y de cordura; he aquí lo único que se requiere para establecer la Constitución y las leyes. Si no lo hay, si se continúan excitando y aumentando partidos y fomentando discordias, si se prosigue dejándose conducir por motivos pueriles y abriendo campo a la ambición, en vano hemos trabajado, vamos a alejar nosotros mismos la fortuna que se nos viene a las manos.

Ninguna nación se ha hallado en circunstancias tan ventajosas como la nuestra para constituirse como creyese convenirle mejor. Sin tener que luchar con la autoridad de un rey, ni con el poderío de una nobleza apoyada en su riqueza y en el número de sus vasallos, ni con el influjo de un clero enemigo de la libertad de su patria, el camino parecía llano y no se necesitaba más que dejar obrar a los representantes de la nación, libremente elegidos por ella. Más por desgracia se han buscado dificultades donde no las había, y suscitado partidos que hubieran debido al contrario apagarse. Se ha ido a sacar, para servirnos de la expresión de un ingenioso autor, toda la vieja artillería de la revolución de Francia para batir con ella los principios fundamentales de toda sociedad, y precipitarnos en los males que aquella nación sufrió.

Notaremos con este motivo, una de las causas que han contribuido poderosamente a estos disturbios: creemos encontrarla en la lectura de aquellas obras publicadas en gran número antes de la revolución francesa y que desgraciadamente se hallan todos los días entre las manos de nuestra juventud. Se cree que se ha aprendido todo cuanto hay que saber, cuando una vez se ha leído el contrato social de Rousseau, las obras de Penn y algún otro de los escritores a la moda de aquel tiempo, que han hecho de la política y del derecho público una ciencia especulativa cuando deben ser una ciencia práctica. Llenas las cabezas de estos principios, las pasiones como dice Burke, han sacado las consecuencias. El mal está hecho y se prolonga con rapidez; nosotros creemos que el modo de evitar sus funestas consecuencias y de impedir que se conozca sólo por sus efectos como sucedió en Francia, y se ha repetido en Buenos Aires y Colombia, es facilitar la lectura de aquellas obras maestras en que los Bentham, los Paleys y los Burkes han manifestado hasta la evidencia los errores de aquellos autores. Foméntese el estudio de la lengua inglesa, conózcase la literatura de esta nación maestra de la moral y de la política práctica, y entonces se abandonará el falso oro-

pel de los filósofos franceses que precedieron la revolución y causaron todos sus extravíos.

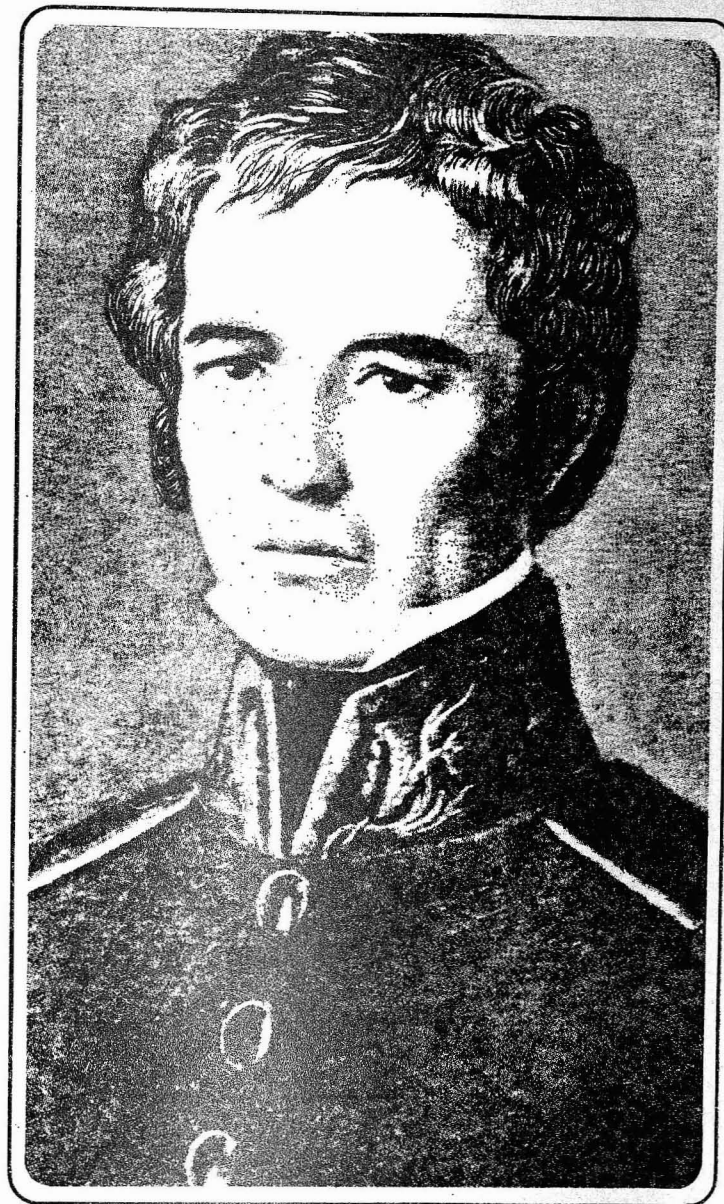
Una prueba del influjo que estas obras han tenido en nuestras turbaciones, es el gran número de actas de diputaciones provinciales, ayuntamientos, cuerpos del ejército y otras corporaciones que se hacen y se publican todos los días y en que aparece siempre la anárquica doctrina de Rousseau, esas declamaciones que alguna vez se oyen hasta en el santuario de las leyes, y que llenan una multitud de impresos y tantas otras producciones de los ingenios de México y de las provincias. De ahí proceden esos principios que parecen acertados y que son como los elementos de todos los movimientos populares.

Derrocado el trono imperial dicen unos, se disolvió el pacto social en que se fundaba el Gobierno, y sin pararse a examinar cuáles son los elementos de este pacto, sientan que desde ese momento las provincias entraron en el ejercicio de sus derechos soberanos; y, ¿habrá un pacto previo que ligase a los partidos con las provincias, a los pueblos con los partidos, y a las familias con los pueblos? Mientras no se nos manifieste este pacto explícito, diremos que si hubo la disolución que se pretende, su efecto debió ser retrotraer la sociedad a sus elementos naturales, esto es, a las familias; y las provincias y los partidos quedaron reducidos a la nada, así como sus autoridades. Sin embargo, esta verdad tan clara ha sido ofuscada por el interés particular: se ha asentado el principio y se han querido llevar las consecuencias sólo hasta el punto que convenía para los intereses privados, o para los celos pueriles que vamos a indicar.

Toda revolución es un campo que se abre a los intereses privados de todas especies y a las venganzas públicas y particulares. El partido vencido intenta si no rehacerse por juzgarse muy débil, a lo menos incomodar e inquietar al vencedor: procura desacreditar a sus jefes, hacer sospechosas sus intenciones y minar sordamente el edificio que no puede derrocar de un golpe. Esto es lo que ha sucedido entre nosotros. Los que habían medrado a la sombra del trono imperial, y que hubieran querido verlo restablecer, probaron sus fuerzas con este objeto; mas hallándolas demasiado flacas disimularon sus intenciones, se arrimaron a otro partido, se disfrazaron con otra máscara y pasaron a engrosar otras filas: así lo confiesa el periódico titulado "Iris de Jalisco", a quien sobre este punto debe creerse sobre su palabra porque su autor es una prueba del hecho. Mas si mudaron de nombre, no dejaron de servirse de las mismas armas que les había enseñado a usar su héroe. De aquí provienen esos elogios pomposos de un usurpador que producen plumas que se llaman republicanas; de aquí la necesidad que se nos apunta de su persona como sostén indispensable de nuestra independencia; de aquí los ataques incesantes a los jefes que lo derrocaron; de aquí las acriminaciones del anterior congreso por haberlo expatriado, pretendiendo hacer su causa un pleito ordinario que debía tener ante los tribunales comunes; por más que se disfraza este partido siempre aparece con su verdadero carácter, y aunque se ve forzado a gritar libertad, sus obras, sus escritos, todo respira esclavitud.

Un vicio que procede de la educación y de las costumbres formadas bajo el gobierno español, ha contribuido también a engrosar el mismo grupo; este es la empleomanía. Se ha querido multiplicar los empleos, facilitar su adquisición y vivir a expensas de sueldos. Así la venganza política y la ambición privada han contribuido a fomentar disensiones, que una vez comenzadas, era indubitable que los descontentos de toda especie seguirían la bandera levantada contra el Gobierno establecido por opuestas que fueran sus miras y contrarios sus intereses, y así en efecto se ha verificado. El verdadero patriota conducido por un exceso de celo, se ha visto sin saber cómo, al lado del que trabaja por arruinar a su patria so color de hacerla libre; mas ya llegó el tiempo de que se dividan.

Logróse en efecto el deseo de los patriotas: la representación nacional ha dictado una Constitución conforme a sus deseos, y esto ha hecho que los que falsamente tomaban aquel nombre redoblen sus esfuerzos anárquicos en otro sentido. Veanse si no los papeles publicados últimamente en varias partes por los de la facción imperial disfrazada: sus ataques son los mismos y aun más fuertes que antes, queriendo hacerse de nuevas armas en rivalidades de nacimiento, más odiosas mil veces que las de opinión; la sensatez del pueblo ha frustrado sin embargo sus intentonas, y la tranquilidad se ha conservado muy a pesar de los que no tienen más objeto que



turbarla con cualquier pretexto y en cualquiera sentido, con el fin de buscar en el cansancio y en el disgusto de los pueblos, fastidiados de vivir en un estado continuo de inquietud y de zozobra, la ocasión de restablecer su ídolo, porque la libertad es muy amable; pero vivir a discreción de los partidos excitados por la ambición de un cierto número de gentes, es peor que ningún estado de esclavitud.

Las rivalidades de individuos, no han sido solas las que han representado un papel en esta escena: las de ciudades y provincias han sido aún de mayor consecuencia. El antiguo lujo de México, la influencia que la presencia de los virreyes le hacían tomar y otras mil circunstancias, han excitado el celo de las ciudades de Provincia, y en el transporte de éste, parecería que se declaran contra la existencia de una capital cualquiera donde resida el Gobierno Supremo de la Federación. Así sin detenerse a examinar las ventajas e inconvenientes de la traslación de la capital, parece que como los niños en sus juegos, se ha dicho con tal que no lo sea México, séalo cualquier otro lugar. Este Ayuntamiento parece que ha sentido, sin embargo, que en las circunstancias México pierde más que gana en tener en su seno los Supremos Poderes del Estado, que se mantienen casi sólo a sus expensas. Esta rivalidad ha sido trascendental a otros puntos, y las capitales de partido han comenzado a ver a las de provincia con el mismo ceño que éstas a la de la Nación. Estas pequeñas disensiones manifestarán cuando se llegue a su examen individual, cuán peligroso es alterar en el orden establecido por una larga serie de años, nada que no sea absolutamente necesario para el bienestar de la Nación.

La acción de uno o muchos de estos varios elementos ha producido las pasadas turbaciones: a ellas han contribuido la naturaleza del Gobierno, que en su calidad de provisional no ha podido desplegar toda la energía que hubiera sido de desear, los vicios de la Constitución existente, y las habitudes

formadas durante los pasados desórdenes. Una era más feliz se nos anuncia; se trabaja en una Constitución nacional cuyos principios fundamentales están ya asentados y sancionados en el Acta; es de esperar que en ella se corrijan los defectos que la experiencia ha hecho descubrir en otras constituciones; el reconocimiento de la deuda pública inspirará nueva confianza y podrá ponerse en circulación una parte de los capitales muertos por su imposición en ella; el Gobierno con la fuerza que el Acta le da podrá verificar la organización de la hacienda y restablecer la disciplina militar; sin ésta no hay ejército, y una fuerza armada que no tiene la más severa subordinación, no es útil sino perjudicial a la sociedad, cuyo sostén debería ser; la administración de justicia tomará todo su vigor, y ojalá que para dársele más presto se adoptase con las modificaciones necesarias el sistema de jurados para las causas criminales. Todo nos lo prometemos en el corriente año; mas para lograrlo veamos también qué se necesitará hacer por el Gobierno y por el Pueblo.

Lo primero y más substancial que nos parece que requieren las circunstancias, es que publicada la Acta Constitucional, se lleve a puro y debido efecto su cumplimiento, castigando severamente a sus infractores. Para ello es preciso que se dé mayor estabilidad a los Poderes de la Federación y que se distingan mejor sus atribuciones. Uno de los defectos más graves de la constitución española, y para decirlo mejor, de todas las constituciones que se han hecho cuando sacudiendo el yugo de un monarca despótico, no se ha tenido más mira que oponer trabas a su autoridad, es en el que realmente no hay división de poderes: el Congreso es todo, el Poder Ejecutivo y aun los tribunales no son nada. De aquí viene que el Congreso se considera como una especie de última instancia en todos los negocios, y cuando en los pueblos constituidos según los verdaderos principios políticos, como la Inglaterra y los Estados Unidos, casi nunca se ve en los congresos algún asunto de particulares; el nuestro y las cortes españolas han estado siempre recargados de ellos, y hemos visto con asombro dictar restituciones de bienes, admitir instancias de presos para entorpecer sus causas, y entrar en una multitud de detalles administrativos y judiciales, que sobre no poderse despachar nunca bien en un Congreso, hacen perder el tiempo que debía haberse consagrado a negocios de otra consecuencia.

Es menester, pues, que una línea bien señalada, marque estas atribuciones y que jamás se pase por ninguno de los poderes. Mas para esto es menester que cada poder sea independiente en la órbita de sus facultades. Y ¿podrá serlo teniendo una existencia efímera y dependiente de la voluntad de otro de estos poderes? Es incontestable que no, y así como en Guatemala no habrá nunca administración de justicia si se adopta la idea absurda propuesta en su proyecto de constitución, de que los jueces sean amovibles todos los años y elegidos popularmente como los diputados al Congreso, en México no habrá ni Gobierno ni tribunales que llenen plenamente su objeto mientras no se les haga independientes en el uso de sus facultades, mientras no se les señale una época durante la cual sólo puedan ser removidos por causa de traición o felonía. Hacemos abstracción de los individuos, y en lo que hemos apuntado no hacemos más que seguir los principios fundamentales de todo Gobierno, y que si se abandonan se huye de un extremo para caer en otro que no es menos vicioso.

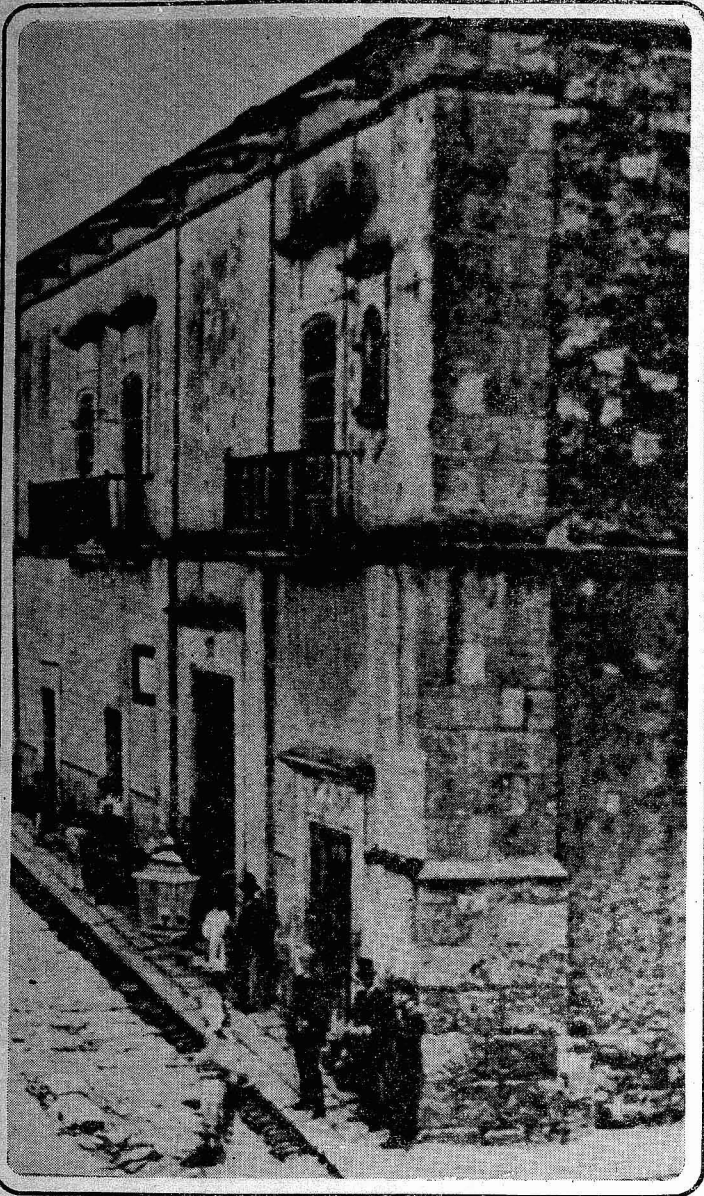
Si como lo hemos apuntado, la observancia del Acta no se lleva con el mayor rigor, podemos renunciar hasta a la esperanza de sosiego y de tranquilidad: los principios anárquicos son muy fértiles y ellos darán fácilmente pretexto para nuevas inquietudes, tanto más cuanto que por desgracia se han propagado también entre la fuerza armada, y hemos visto ya jefes militares que han pretendido hacer del ejército un cuerpo deliberante y no han temido avanzar en sus proclamas que él es el representante de la nación. Es menester convenir que esta se ha manejado con un juicio y una moderación admirable, incitada por mil caminos y con mil seducciones al desorden, se ha declarado altamente por el respeto de las autoridades constituidas y por la obediencia a las leyes.

Esta feliz disposición de los pueblos, su decisión uniforme por la independencia y por la conservación del orden, deben aprovecharse y cultivarse con cuidado. Ellas dan lugar de establecer y consolidar la Constitución sin más obstáculo que el que pueden oponer algunas animosidades privadas y algu-



nas miras ambiciosas que no serán difíciles de reprimir. Más este amor al orden no debe tomarse por una docilidad sin límites, y los gobiernos que van a organizarse en las provincias deben precaverse con cuidado contra una de las debilidades a que están más expuestos los que se hallan revestidos por primera vez de alguna autoridad superior. Si se trata de multiplicar los empleos, de aumentar sus asignaciones, de hacerlos el patrimonio de las familias influyentes cuyos individuos compondrán los congresos provinciales, si para esto se recargan las contribuciones, si se imponen sobre objetos necesarios para el fomento de las industrias de los estados vecinos, el descrédito del sistema será próximo, y su ruina inmediata. Una de las grandes ventajas de los gobiernos republicanos sobre los otros es su baratura, y si el nuestro resulta más caro que el anterior, esto basta para perderlo en la opinión del pueblo, que estima el mérito de un gobierno por las contribuciones que le exige. Si al contrario los gobiernos de los estados se dedican, como es de esperar, a economizar sus gastos y a fomentar su industria según la localidad de cada uno, entonces se percibirán las grandes ventajas de la Federación, que consisten esencialmente en que así los intereses generales como los particulares sean igualmente atendidos.

Hemos visto en la serie de este discurso que nuestra independencia parece perfectamente consolidada, y que no hay para nuestra felicidad interior más obstáculos que los que puedan venir de nosotros mismos. Si queremos adelantarnos con la prudencia a las lecciones de la experiencia, no esperemos que esta nos dé el funesto escarmiento que a otros pueblos que se hallaron en igual posición que nosotros. Buenos Aires partió del punto en que nos encontramos, y después de 10 años de disensiones y de desgracias, ha vuelto felizmente a él. Colombia vió perdida su independencia por fruto de sus disensiones interiores, y sólo el genio inmortal de Bolívar pudo apaciguar estas y restablecer aquella. Tenemos nuestra



felicidad en nuestras manos, y seremos indisculpables si no nos la labramos. Desoigamos a los que con cualquier pretexto y so cualquier color intentan sediciones y movimientos tumultuarios; o son enemigos de la Nación, o no obran más que por fomentar sus pasiones e intereses; tengamos presentes los principios sobre que se fundó la revolución a que debemos la independencia: religión, independencia y unión, y recordemos que nada hay tan peligroso como sacar a una revolución de sus principios, y que habiéndose amalgamado en ella varios partidos, es procurar su desunión y su choque intentar formar esta misma revolución en provecho de uno solo de los que a ella concurrieron. Manejándonos con esta prudencia podemos lisonjearnos que en el nuevo año la Nación consolidará su independencia al exterior y su bienestar en el interior, y caminará rápidamente a la grandeza a que debe llegar. Si, por el contrario, damos lugar a nuevas inquietudes, si fomentamos partidos, si nos dejamos ser el juguete de las facciones, abrimos la puerta a todos los males y nos precipitamos en un abismo de desgracias.

Descripción del ceremonial con que la Comisión nombrada para entregar la Constitución al Supremo Poder Ejecutivo, cumplió su encargo

A las dos de la tarde salió del Palacio del Soberano Congreso precedida de batidores a caballo con la correspondiente guardia de honor. Las salvas de artillería, el repique general de campanas y el inmenso concurso que se advertía en las calles y balcones del tránsito hasta el Palacio del Supremo Poder Ejecutivo, hacían sumamente vistosa y agradable esta ceremonia, notándose al mismo tiempo el general júbilo que en este solemne acto manifestaban los habitantes de esta heroica ciudad.

Llegada la Diputación al magnífico salón del Palacio en

que se hallaba esperando el Supremo Poder Ejecutivo y que también estaba ocupado por un numeroso concurso, el Sr. Diputado Vargas, Presidente de la Diputación, pronunció el siguiente discurso:

“Serenísimo Señor: El Soberano Congreso Constituyente de los Estados Unidos Mexicanos, ha dispuesto que una Comisión, a cuyo frente tengo el honor de venir, ponga en manos de V.A.S. este Código Fundamental, que acaba de firmar y sancionar después de diez meses de continuos desvelos. En efecto, Señor, los representantes de la Nación han cumplido con la parte más principal y más importante de su misión, formando esta Ley que afianzando de un modo estable y duradero la Independencia y Libertad de nuestra Patria, hará también para siempre su felicidad. ¡Huya muy lejos de aquí, desfavorido, el despotismo a la vista de esta ley, en que están consignados los sagrados derechos de los hombres y que va a ser el terror de los tiranos!

La Europa tiene la vista fija sobre nosotros, creyendo o afectando creer que nos faltan elementos para ser libres; más estos pocos renglones van a desengañarla bien a su pesar de que tenemos virtudes con un discernimiento claro y perspicaz para establecer las instituciones más favorables a la libertad. Esta Constitución infundirá desaliento a nuestros enemigos y nos granjeará el concepto de las naciones cultas, inclinándolas a reconocer nuestra Independencia.

Pero Señor, V.A.S. debe gloriarse en este venturoso día de la parte que ha tenido en la ejecución de esta grande obra, ya se considere a vuestros dignos individuos, vibrando el acero en la campaña, para zanjar los cimientos del edificio social, o ya empuñando aquí el bastón para hacer guardar el orden, y que el mismo edificio llegase a su perfección. Las circunstancias en que V. A. S. ha llevado las riendas del Gobierno han sido las más difíciles. Mil partidos divergentes hacían temer una funesta y próxima anarquía. Los enemigos de la Patria, empeñados en impedir que se constituyese, promovían disimulada pero eficazmente cuanto podía perturbar su tranquilidad; mas V. A. S. con admirable tino y prudencia restablece la quietud y la calma, y allana todos los obstáculos que pudieran impedir el que se formase la Constitución. La posteridad, por tanto, agradecida, pronunciará vuestros nombres con una dulce emoción y con el sentimiento más vivo de gratitud.”

El Excelentísimo Señor General de División D. Guadalupe Victoria, Presidente del Supremo Poder Ejecutivo, contestó en la forma siguiente:

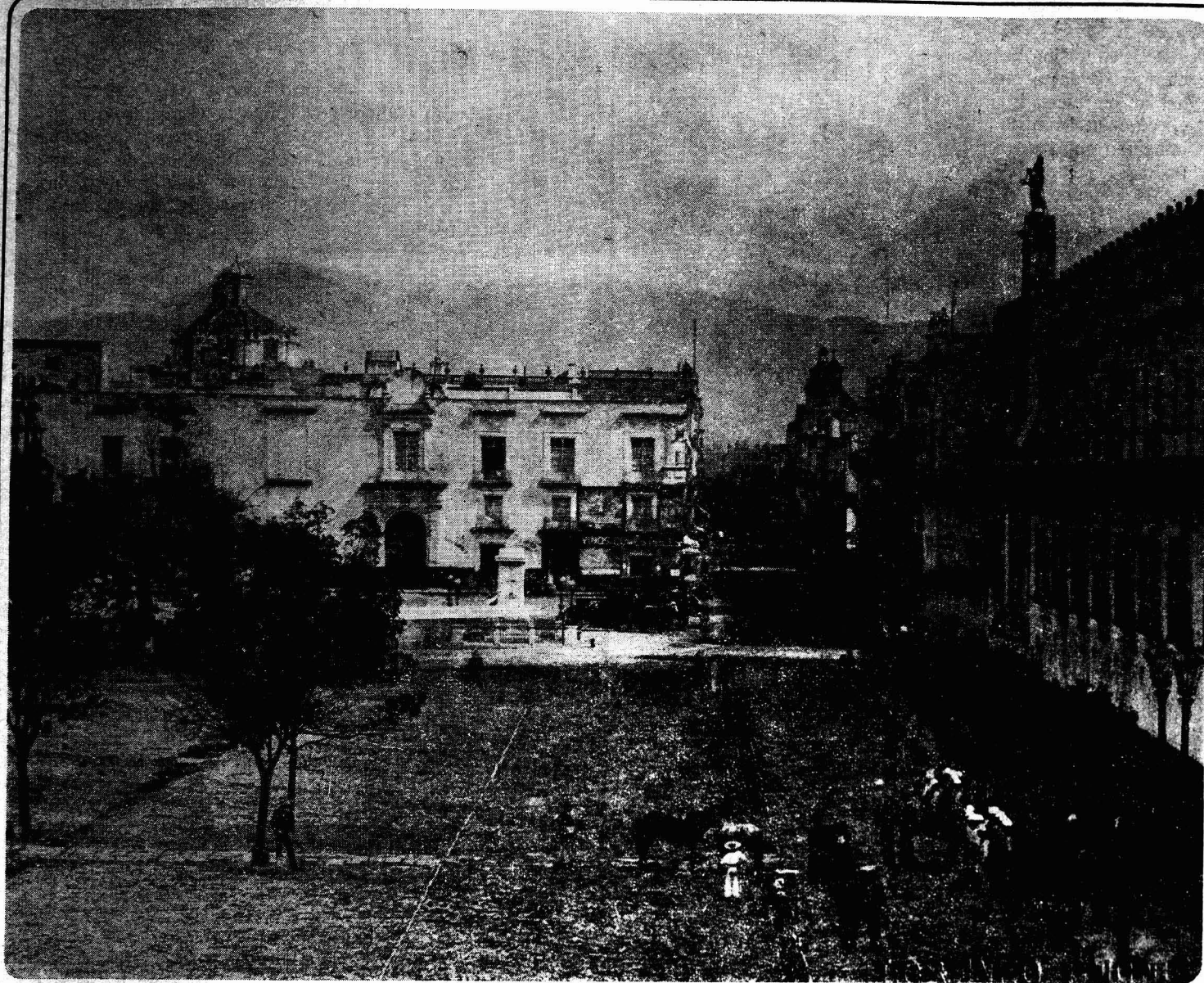
“Ciudadanos representantes: El Supremo Poder Ejecutivo de la Federación mexicana con suma complacencia y el más profundo respeto, recibe de vuestras manos el libro santo de los destinos de la Patria, y se congratula con el Soberano Congreso General, porque ha consumado la obra clásica de su sabiduría.

Los individuos del Supremo Gobierno que sellan venturosamente con su mano la Constitución, también en su sostén la afirmarán con sus vidas y la sellarán con su sangre.

El Supremo Poder Ejecutivo, felicita en particular a la Comisión que ha sido mensajera del bien cumplido de la Patria. El Código de nuestras libertades y de los derechos del gran Pueblo Mexicano, se publicará y circulará con la velocidad del rayo en la vasta extensión de la República, para que sirva de consuelo, de iris de paz y de esperanza a todos los hijos y habitantes de la grande y poderosa Nación Mexicana.”

Después de lo cual, habiéndose retirado la Diputación precedida del mismo ceremonial, y llegado al Palacio del Soberano Congreso en que permanecía reunido éste, el referido Sr. Diputado Vargas manifestó el agrado y complacencia con que el Supremo Poder Ejecutivo había recibido el mensaje antecedente, protestando sus respetos y que había significado que inmediatamente iba a disponer la solemne publicación de la Constitución en toda la República. Con este motivo el Señor Presidente del Soberano Congreso, pronunció el discurso inserto en la sesión antecedente.

El inmenso concurso que al concluir su discurso el Señor Presidente ocupaba las galerías, prorrumpió en los más entusiasmados vivas y aplausos al Soberano Congreso General y a la República Mexicana, manifestando así la más expresiva demostración de su regocijo por tan fausto acontecimiento, que fija para siempre los destinos de esta heroica Nación, con lo que se concluyó este acto augusto.



El General D. Guadalupe Victoria,
Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, al cerrar
las sesiones del Congreso Constituyente el 24 de
Diciembre de 1824.

En obediencia de la ley que me manda concurrir, por la calidad de Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, al acto importante en que deben cerrarse las sesiones del Congreso Constituyente de la Federación, he venido á declarar sinceramente, que para mí y para el digno pueblo mexicano, Vuestra Soberanía ha fijado irrevocablemente el honor y los destinos de la Patria.

Si recordamos, Señor, aquellos aciagos días en que el choque de las opiniones y el espíritu de partido habían aflojado los lazos de la fraternidad y de la armonía; aquellos días de tinieblas y obscuridad en que el sol se puso bajo el horizonte y se alejaban nuestras esperanzas á términos indefinidos, confesaremos y confesarán los enemigos más obstinados de nuestras glorias, que la escogida porción de ciudadanos á cuyo lado me acabo de sentar con tanta satisfacción mía, nos ha salvado del fondo del abismo á donde se nos condujo por los incansables perseguidores de la felicidad americana.

En efecto, Señor, que los menos avisados políticos, esos hombres que por la ligera observación de los sucesos ejercen el monopolio de la crítica, extraviaron sus cálculos por apariencias dudosas, y fallaron que la anarquía nos iba conduciendo gradualmente á la ruina de las libertades y á la caída de la Independencia misma, que estimaban incierta y precaria.

La historia de las revoluciones acaecidas en todas las

partes del globo, en diversos tiempos, pudo convencerlos de que los fenómenos se reproducen en ellas sin cesar, y de que el entusiasmo por las reformas radicales, cuando se liga con las fibras del corazón, es fecundo en prodigios y emplea útilmente hasta los recursos que no alcanzó la prudencia humana. Bastaría para no equivocar los juicios y no desesperar del éxito, el conocimiento del carácter nacional y de tantos heroicos ejemplos de constancia y de civismo que ilustran los fastos de México. Ellos, por el análisis detenido de las circunstancias que han marcado en nuestra lucha, abandonarían sus principios esencialmente falsos si el orgullo y los errores de los pretendidos maestros los dejaran volver sobre sus pasos y pagar un solo tributo de justicia y de admiración á las virtudes y la energía de un pueblo grande.

Uno de los medios más poderosos y eficaces de que se valieron nuestros detractores para alejar el momento en que, sistemado el orden, asegurada la paz interior y conformes los ánimos en sostener la unión como la principal columna del edificio social, se hallase esta Nación en el caso de aparecer con dignidad, fué sin duda el de suponer en los mexicanos una tendencia irresistible á los tumultos y las insurrecciones. ¿Y para qué? Es sabido que por este malicioso arbitrio se fomentaban las sediciones, y la Europa que ha fijado su ojo incansable sobre nosotros, concebiría la idea de que los facciosos y los perturbadores disponían á su antojo de los intereses y de la suerte de los mexicanos.

Nada más fatal á la consolidación de la Independencia y Libertad de que gozamos que el convencimiento de que pertenecíamos á aquellos pueblos envilecidos,

que en expresión del genio creador de la ciencia del Gobierno, se dejan amotinar por partidarios, se atreven á hablar de libertad, sin tener ni aún ideas de ella, y con el corazón lleno de todos los vicios de los esclavos, se imaginan que para ser libres es suficiente el estar amotinados.

Yo concedo francamente á los que pretendían ahogarnos en las olas de una demagogia turbulenta y desorganizadora, que señalaron con destreza y oportunidad el punto más débil de defensa, y que cuando vacilaba en la adopción de forma de Gobierno, existía alguna predisposición para ensangrentar las opiniones, robustecer los celos y los odios y dilacerar nuestra fraternal benevolencia.

El fanatismo y la intolerancia política, esas hidras que tanto multiplican sus cabezas, vinieron al apoyo de los malvados, y las mutuas recriminaciones turbaron la paz de las familias. El puñal de la venganza traspasó los corazones, y se vió con sentimiento de los buenos, que algunos de los mexicanos sirvieron á las detestables maquinaciones de los comunes enemigos.

En estas difíciles y complicadas circunstancias, los pueblos, usando del instinto que los llama á su felicidad, remitieron á Vuestra Soberanía sus deseos y sus querellas y le impusieron el sagrado cargo de afianzar nuestra mudanza política con una Constitución, liberal en sus principios, exacta en la distribución de los poderes, que combinase la seguridad de las libertades con la energía y previniese hasta los medios de corregir y enmendar sus propios defectos, en el caso remoto de contener algunos.

La Nación Mexicana, agitada por la consideración de sus peligros y por los temores de perder en un día los sacrificios de muchos años, convocó á sus hijos predilectos, y en sus manos puso los remedios de los males presentes y los elementos de nuestra futura grandeza. Gloria sea al Soberano Congreso Constituyente de la Nación Mexicana, que en nuestros desgraciados disturbios desvaneció las razones de todos los partidos y formó de ellos mismos el espíritu nacional.

Yo tomo en las manos y acerco á mi pecho el acta constitutiva de nuestro pueblo, y venero en ella la expresión de la sabiduría y de la voluntad nacional. Ceda, Señor, en alabanza vuestra y la repitan cien generaciones. ¡Con cuánta satisfacción observarán los amigos de México el grandioso espectáculo que ha ofrecido á los tiempos, pasando sin trastorno ni violencia á la suma libertad desde el fango de la esclavitud! Vengados estamos del degradante concepto con que se nos vilipendió en Europa, y ella que por miles de años nos precede en la carrera de la civilización, envidiará nuestros progresos y las felices aplicaciones de la política á la verdadera legitimidad de los gobiernos.

Restaba, Señor, para el complemento de la obra que en 31 de Enero de 1824 lisonjeó todas nuestras esperanzas, que recibiéramos de vuestra mano la gran Carta en que consignados los derechos y las obligaciones, se manifestase el respeto más profundo á los principios.

Así es, Señor, que el artículo fundamental que declara la perpetua independencia de la Nación Mexicana, será el consuelo de la posteridad como es la divisa grabada en nuestros corazones y sellada antes de ahora por la sangre de millares de víctimas.

La benigna religión de Jesús, la creencia que le damos con ternura y sostenemos con ardor, va á ser, como fué siempre, el apoyo más firme de la moral, de la obediencia y de todas las relaciones dulces y estimables. *¡Que jamás se tome del altar la espada santa para degollar sin misericordia á nuestros hermanos! ¡Que no rasgue la licencia el velo que corrieron diez y ocho siglos sobre las verdades de la fe!*

Los pueblos, Señor, cuyas costumbres son diversas á la par de los climas que habitan, de la naturaleza de los terrenos, del estado de los espíritus, de la población y de los hábitos, no pueden ser regidos por unas mismas leyes: puestos á grandes distancias del asiento del po-

der, no son atendidas las necesidades del momento, y su débil voz llamaría apenas la atención de un Congreso dedicado á organizar un gran todo y darle existencia. Vuestra Soberanía adoptó un forma de Gobierno, que revistiendo los poderes generales de la energía necesaria para el desempeño de las arduas atribuciones de su cargo, deja á los Estados la facultad de decidir libre é independientemente sobre aquellos intereses que, tocando á su administración y gobierno interior, no dicen relación alguna con los de la Federación Mexicana.

Una dolorosa y constante experiencia, ha hecho conocer á los pueblos que la reunión de Poderes en una sola mano dista poco ó nada de la arbitrariedad, y que sus libertades no dejarán de ser precarias hasta que instituciones fundadas en la Soberanía Nacional, fijen su atención, señalen sus límites y demarquen su naturaleza respectiva. Un Congreso de elegidos del pueblo decidirá soberanamente sobre sus intereses: el Poder Ejecutivo, revestido de la firmeza y energía necesarias, hará cumplir unas leyes dictadas por el bien de los pueblos mismos; y el Poder Judicial, obrando con total independencia de los otros, fallará con la balanza de Astrea en la mano, sobre las acciones de los ciudadanos.

No es bastante haber depositado en manos distintas el querer y el ejecutar; es necesario todavía garantizar á la Nación el buen uso de estos Poderes. La prudencia de Vuestra Soberanía, estableciendo la división del Congreso en dos Cámaras, ha salvado á la Nación de los peligros á que podían exponerla el acaloramiento, la superchería de un sofista y la elocuencia conquistadora de los aplausos y haciendo que pese sobre los individuos que llevan las riendas del Poder, una justa y legal responsabilidad, asegura á los mexicanos de los embates de las pasiones.

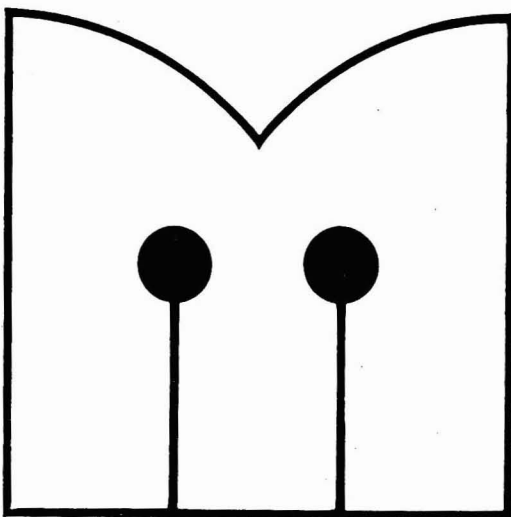
Mas lo que concilió á Vuestra Soberanía el reconocimiento de la generación presente, es haber estampado en la ley fundamental las admirables bases de la administración de justicia, esas fórmulas protectoras de la inocencia. La infamia de un delito no recaerá sino sobre el que lo cometa. Una esposa y unos hijos inmaculados no gemirán en la orfandad y en la miseria los desaciertos de un padre ó de un esposo delincuente: los dolores y angustias del tormento no arrancarán de la boca de la inocencia, confesiones de delitos no cometidos, ni pondrán á prueba el valor y sufrimiento de los criminales. No resonarán ya los hondos calabozos con los gemidos de las víctimas del furor, y las acciones de los ciudadanos serán sólo calificadas por sus jueces naturales y en virtud de leyes dadas con anterioridad al hecho.

Pero el mejor, el verdadero, el más expresivo elogio del libro inmortal, del sistema razonado que ha organizado nuestra sociedad, y es también su principio conservador, me atrevo á decir que debe buscarse en el entusiasmo con que lo han acogido los pueblos. Ellos, calculadores de su conveniencia, desprecian las viles y aun las miserables arterias de que se valen algunos para anunciar funestos trastornos y la necesidad de revoluciones. Por la honradez de que blasono y por el respeto que en toda mi vida pública tributé siempre á la voluntad de la Nación Soberana, protesto, Señor, á la presencia de sus legítimos mandatarios, que esas páginas sagradas habrán de sostenerse á costa de mi existencia, si necesario fuese, y con todo el poder que las leyes depositaron en mi mano.

A nuestros ojos aparecen los felices resultados que ha producido la ley fundamental. Compárense tiempos con tiempos, y las lágrimas de gozo y las bendiciones de todos los que sienten con vivo anhelo las dichas de su Patria, reducirán á su justa infamia las críticas abominables de los enemigos de la libertad y de la razón.

He dicho, Señor; é identificando mis votos con los de todos mis compatriotas, los dirijo al cielo para que conserve siempre inviolable el sagrado depósito de la libre Constitución que nos habéis dado, y os procure la gloria de recomendarlo al aplauso y á la admiración de todas las naciones.

**HERNAN
LAVIN CERDA**



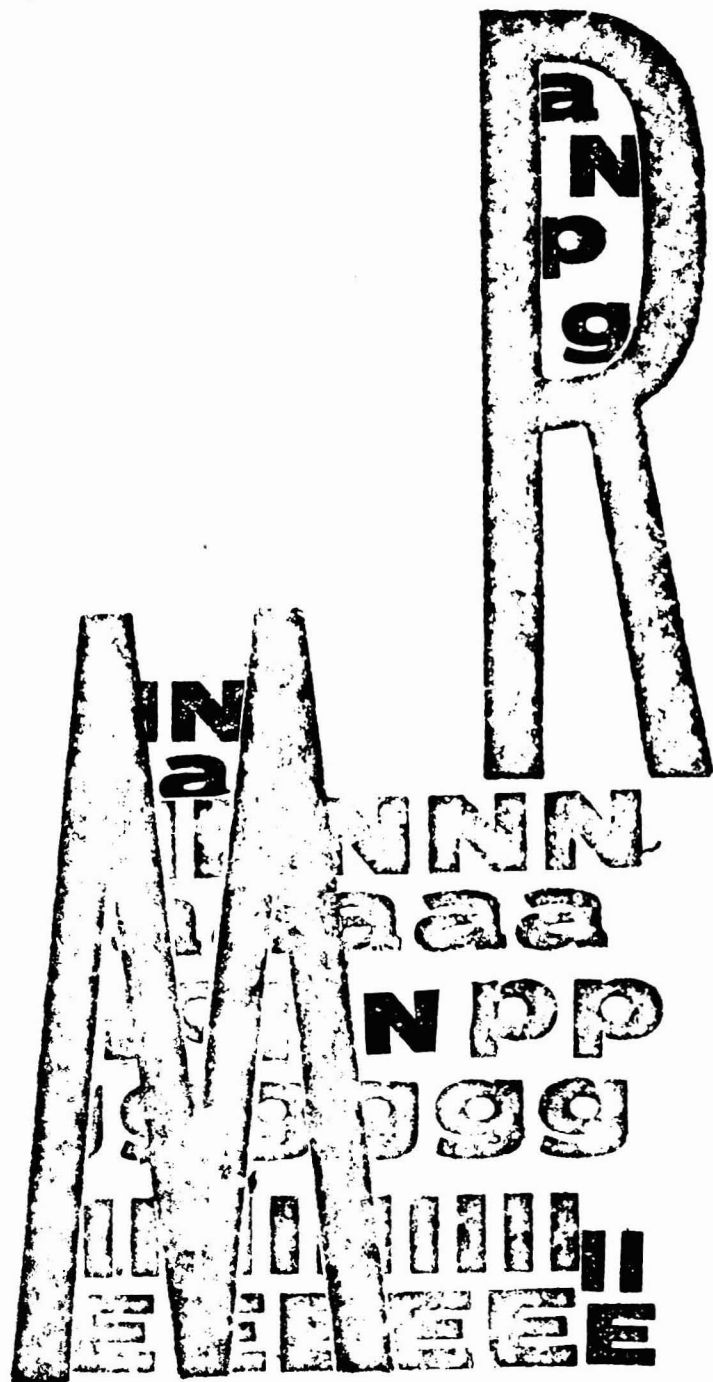
**ACEDONIO
FERNANDEZ
LA
TENTATIVA
INFINITA
DEL PROFETA
PORTEÑO**

*Deseo terminar esta vida como místico, escribió Macedonio Fernández en una carta dirigida a Ramón Gómez de la Serna, y, poco a poco, la realidad fue encargándose de verificar el deseo y Macedonio se fue transfigurando hasta quedar convertido en un místico: estoy frente a sus últimas imágenes donde él aparece peligrosamente delgado y pálido, rodeado de abrigos y mantas y bufandas, con la barba cenicienta y los cabellos blancos y muy largos y su nariz filuda como pintada por el Greco, y los ojos claros y sombríos. Estoy mirando el retrato que le hizo Alfredo Martínez Howard y es como ver a Unamuno en los días finales, y es como ver a Macedonio compartiendo la misma angustia encarnada del bilbaíno preso en el círculo de la contradicción: *Yo necesito discutir, sin discusión no vivo y sin contradicción, y cuando no hay fuera de mí quien me discuta y contradiga, invento dentro de mí quien lo haga. Mis monólogos son diálogos.**

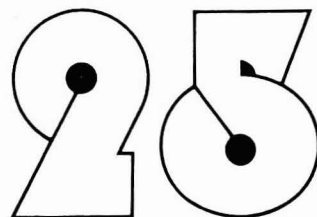
Macedonio Fernández nació en Buenos Aires el primero de junio de 1874 y fue a morir en su misma ciudad de origen, el 10 de febrero de 1952. Este año se celebra el centenario de su nacimiento, y en Argentina se prepara una edición completa de su obra en diez volúmenes, que está a cargo de su hijo Adolfo de Obieta. Macedonio Fernández, al igual que Roberto Arlt u Oliverio Girondo o Felisberto Hernández o el ecuatoriano Pablo Palacio, forma parte de aquellos adelantados, aquellas luces marginales de la literatura latinoamericana. La propia metafísica macedoniana, donde se funden la ironía, el humor, el sarcasmo suave, a veces, y las referencias de erudición, constituye una influencia notoria en la obra posterior de un Scalabrini Ortiz, un Borges, un Marechal o un Cortázar.

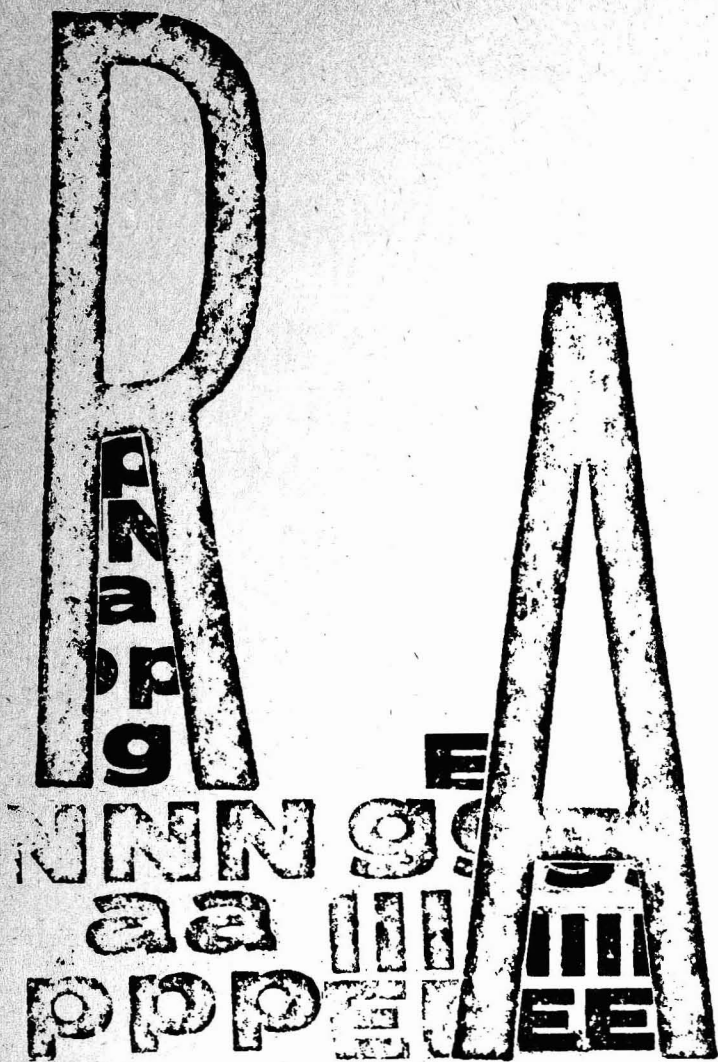
Macedonio Fernández llega a escribir como piensa: su inquietud metafísica, su reflexión permanente, devienen en literatura cuando él las revierte a través de la expresión escrita. Fernández va convirtiéndose, así, en un eximio autor de metafísica-ficción, cuyos desplazamientos son balbuceantes, tentativos, enmarañados. Se trata de un pensamiento en bruma que persigue una claridad post-consciente, de ningún modo ingenua. *Pensar era para él vivir —dice su hijo—, y escribir podía ser un modo de aligerar la tensión del pensamiento o, a veces, de ayudarse a pensar más sutilmente.*

La escritura de Macedonio Fernández es profundamente inaugural, confeccionada casi al margen del "fenómeno literario". Podría decirse que constituye una literatura a pesar de ella misma, sin un afán premeditado del autor por hacer de la palabra una célula de irradiación estética sino un acercamiento al Misterio por intermedio de ella. Cuando usted se enfrente a la obra de Macedonio sentirá que se sumerge en un viaje hacia lo ignoto, donde se funden dos reinos de otra naturaleza: el de la imagen literaria y el de la reflexión filosófica. Jorge Luis Borges, que fue uno de sus más fieles amigos, confiesa que en Macedonio descubrió, por un efecto de atracción y simpatía, a un *doble reversible*. ¿Quién para



Hernán Lavín Cerda ■ (Santiago de Chile, 1939). Ha publicado varios libros de poesía y narrativa. Acaba de aparecer su libro de cuentos *El que a hierro mata*, por editorial Seix-Barral. Actualmente reside en México.





quién? El espejo borgiano proyecta, como una memoria siempre virgen y ubérrima, esta extendida visión de su amigo: *Era un hombre frágil, gris, con pelo ceniciento y bigote, que se parecía a Mark Twain. Ese parecido lo complacía, pero cuando se le hacía notar que también se asemejaba a Paul Valéry se sentía incómodo porque no le tenía simpatía. Siempre usaba aquel sombrero hongo negro y creo que hasta debía dormir con él. Nunca se desvestía de noche para protegerse de corrientes que, según su teoría, podían darle dolor de muelas y, para resguardarse mejor, se envolvía la cabeza en una toalla, lo que le daba un cierto aspecto arábigo. Entre sus muchas excentricidades figuraban el nacionalismo (admiraba a un presidente tras otro porque consideraba que el electorado argentino no podía equivocarse), su miedo a los dentistas (lo que lo hacía tironearse los dientes en público, detrás de una mano, para evitar la pinza odontológica) y su costumbre de enamorarse platónicamente de las prostitutas callejeras.*

Sus obras más conocidas son *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*, 1928 (Borges dice: "Era un extenso ensayo sobre el idealismo, intencionalmente escrito en un estilo avinagrado y enredado, con el propósito —creo yo— de imitar lo enmarañado de la realidad"); *Papeles de Recienvenido*, 1929; *Una novela que comienza*, 1941, Chile; *Papeles de Recienvenido y Continuación de la nada*, 1944; y *Poemas*, 1953, México.

Macedonio se mueve en zonas absolutamente individuales, que antes de él aparecían como intocadas. Sus escritos son de confesión y fundación, encerrando todas las obsesiones de un magistral místico urbano. Cuando nos enfrentamos a una página de Macedonio Fernández (durante el primer enfrentamiento) no sabemos, muchas veces, a qué atenernos. ¿Dónde estamos y ante quién estamos? La preceptiva literaria fracasaría en su intento de reducir el cosmos macedoniano a otras leyes que no sean las suyas.

Estamos en presencia de la muerte de los géneros, de su atomización. Macedonio es el triunfo de la libertad, del mestizaje fértil, del descubridor acezante, del "medroso del dolor concreto fisiológico". Tuvo siempre "predilección por la metafísica, doctrina general de la ciencia, biología, psicología, problemas del Arte, música (guitarra); en literatura muy atrasado de criterio y lecturas casi siempre, pero muy interesado en Estética de la Novela. Sin concepto ni gusto en pintura y escultura; algo sensible a arquitectura. He estudiado constantemente los misterios de la salud y desde ha tiempo considero a la terapéutica como una imposible esperanza antibiológica. En 15 años no he hecho medicación alguna ni prohibídomelo ningún alimento ni vicio; uso mucho café, mate, té y tabaco, no gusto del alcohol ni del juego, no hago ejercicios físicos ni creo en ellos. Vivo ha tiempo con salud imperfecta, variados entorpecimientos fisiológicos pero ninguna enfermedad de dos días de cama desde hace treinta y cinco años".

Este Recienvenido que nunca terminaba de llegar fue un maravilloso conversador, allá en el Café Perla de la Plaza del Once, en las noches sabatinas del Buenos Aires inabarcable. A juicio de quienes estuvieron hasta la madrugada junto a él, Macedonio fue un ser moderado y medular de pocas palabras que hendían como un cuchillo de mil filos. Fue un ser de ideas y tormentosos silencios, un hombre que de pronto tomaba la guitarra para tocar una música inaudible. Pasó por la ironía, el absurdo ("Postergada la lluvia por mal tiempo"/. "No se ve ya un ignorante sin diploma"), y avanzó hasta la *Novela policial*:

Un pesquisador fervoroso, ya ascendido y jubilado, fue llamado por excepción para la pesquisa más difícil después de haber cumplido con éxito toda clase de difíciles. Pesquisar, buscar a cierto hombre honrado.

"Lo intentaré" —dijo abrumado, sin esperanza. Efectivamente, 15 días después se suicidó.

La literatura de Macedonio Fernández está compuesta por un encadenamiento de preguntas y algunas respuestas (fuera de los libros) y nuevas preguntas, en un ir y venir de angustiado profeta porteño, porteñesco y solo, como diría Horacio Ferrer. El jugó, dice su hijo, a la inexistencia y los inexistentes "y ahora le cuesta entrar en la existencia filosófica argentina". Macedonio fue la heterodoxia en filosofía y también en literatura. Silencioso, siempre llegó y entró por la ventana como un duende enfermo de talento: fue el primer cronopio, la primera mancupia vestida de metafísica y ficción que se vino como un equilibrista por la cuerda mental con el abismo abajo. Los macedonianos te saludan ahora que se cumplen los cien años de tu nacimiento, y vuelven a verte pasar con tu sombrero de hongo negro sobre esa cabeza tuya tan blanca y la cabellera agitándose como un calamar gigante.

T

Querido Jorge Luis:

Tienes que disculparme no haber ido anoche. Soy tan distraído que iba para allá y en el camino me acuerdo de que me había quedado en casa. Estas distracciones frecuentes son una vergüenza y me olvido de avergonzarme también.

Estoy preocupado con la carta que ayer concluí y estampillé para vos; como te encontré antes de echarla al buzón tuve el aturdimiento de romperle el sobre y ponértela en el bolsillo: otra carta que por falta de dirección se habrá extraviado. Muchas de mis cartas no llegan, porque omito el sobre o las señas o el texto. Esto me trae tan fastidiado que rogaría que se viniera a leer mi correspondencia en casa.

Su objeto es explicarte que si anoche vos y Pérez Ruiz en busca de Galíndez no dieron con la calle Coronda, debe ser, creo, porque la han puesto presa para concluir con los asaltos que en ella se distribuían de continuo. A un español le robaron hasta la zeta, que tanto la necesitan para pronunciar la ese y aun para toser. Además los asaltantes que prefieren esa calle por comodidad, quejáronse de que se la mantenía tan oscura que escaseaba la luz para su trabajo y se veían forzados a asaltar de día, cuando debían descansar y dormir.

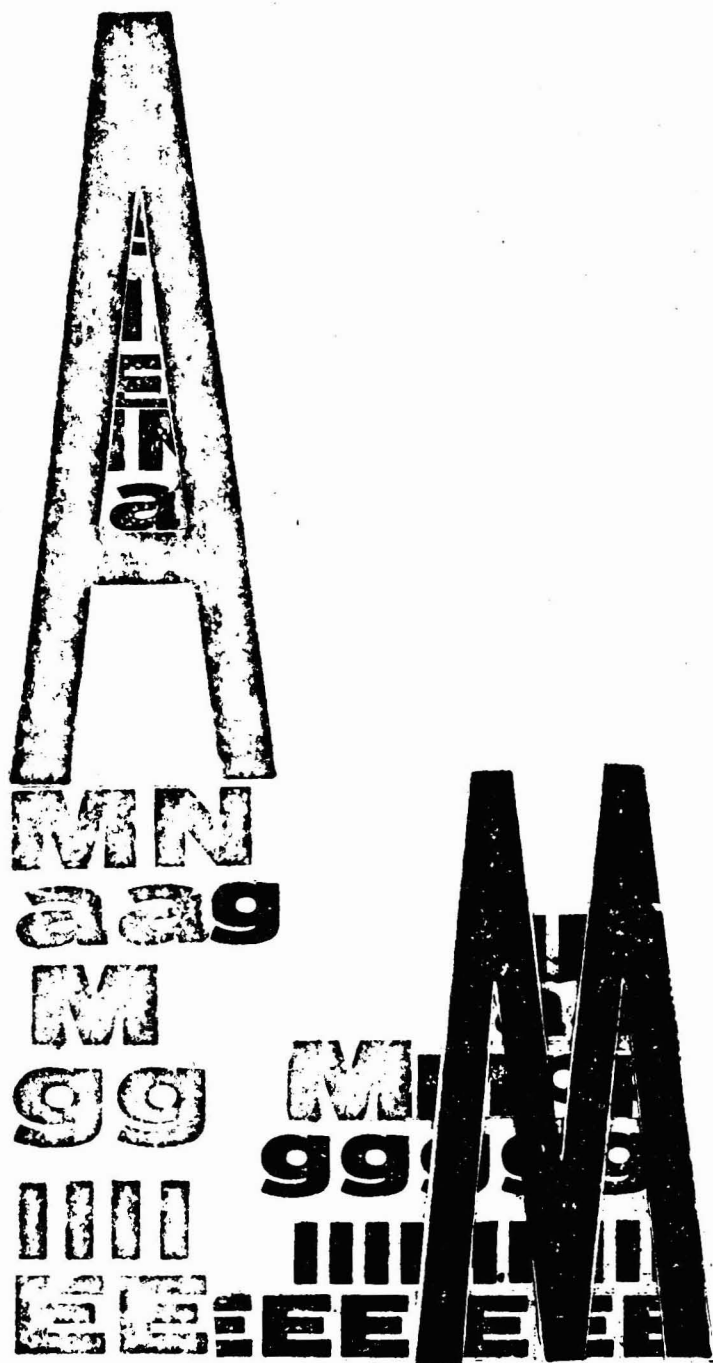
De modo que la calle Coronda antes era ésa y frecuentaba ese paraje, pero ahora es otra; creo que atiende al público de 10 a 4, seis horas. Lo más del tiempo lo pasa cruzada de veredas en alguna de sus casas: quizá anoche estaba metida en lo de Galíndez: ese día le tocó a él vivir en la calle.

Es por turnos y éste es el de que yo me calle.

M.

Artista máximo: ya sé que está usted haciéndose querido de cerca como era admirado de lejos. Ya lo definen como tímido y ganoso de simpatías.

Usted obtuvo su primera comida en América más pronto que Colón, y hoy hay que ser más valiente que entonces. No se irá sin haber arriesgado su vida en todos los comedores de Buenos Aires. A esa primera comida —que yo ignoraba por completo— envié un mensajero a que faltara por mí. No supo desempeñarse o cayó en duda acerca de la clase posible de inasistencia —por enfermedad, compromiso anterior, incompatibilidad de principios o compatibilidad de quedarse en casa— que debía ejecutar, y tuve que faltar personalmente. . . pero el mismo amigo y su ineptitud me servirán





próximamente: podré asistir a la nueva demostración que le ofrezcan, estar con usted, gracias a que mi amigo no sabrá asistir aunque lo encargue de ello.

Me imagino sus fatigas tanto como sus triunfos, que se añadirán a una gloria ya inasumible. Su compensación será llevarse sabido —y sabido gratamente— cuánto y con qué gracia parecemos no parecernos a la querida España.

Con sin igual admiración.

M. F.

DESPEREZO EN BLANCO

En aquellos tiempos pasados tan lejanos que no existía nadie, pues nadie se animaba a existirlos por lo muy solitarios que eran para toda la gente, y además, no se podía pasar ningún rato en ellos porque carecían de presente en el cual todos los ratos están contenidos, y otro además, pues como estaban perdidos en la “noche de los tiempos” no se veía dónde estaban; lo que impidió alojarse en ellos, todo lo cual lo sabemos por la paleontología —tan conocedora del pasado como ignorantes nosotros del presente—, en aquellos tiempos que las personas más ejercitadas en la vejez recuerdan olvidar, nuestros pies eran cascos y el hombre inteligente les dio un amparo que no necesitaban, rodeándolos de botines por la parte de afuera, acomodo que nunca habían conocido, pues hasta entonces habían pertenecido al mundo exterior y no sabían lo que era ser ellos una cosa de adentro de nada; por el contrario, se caracterizaban y se les reconocía por hallarse siempre disparados y lo más distante posible siendo lo más alargados, externos, salidos y correcales que hubiera, además de su singularidad eterna de ser un artículo par, y andar obligando a todo a ser par, como par de medias, par de botines, a diferencia de la nariz que se basta con un arco de anteojos, puesto encima para ser impar.

Es comprobada la constancia de los zapateros que nunca han variado la ocupación siendo ellos siempre los que hacen los botines y han aconsejado su colocación en los pies como la más cómoda, muy superior a la costumbre nunca usada de llevarlos en una valija o en el bolsillo. No son los peluqueros pues los que hacen todo incluso botines, como pretenden hacerlo creer por su peinado y la conversación que dirigen a la cabeza del cliente para llenársela por si está vacía. Si usasen la conversación partida al medio como su inimitable peinado, tendrían para dos clientes a la vez, mas como cada cliente tiene otro artista para él en ese momento, un fuerte sobrante de conversación fluiría hacia la puerta del negocio y correría por las calles teniendo su manantial en las barberías y sus cauces en la calzada, que según indica su nombre, es jurisdicción de los zapateros. . .

No veo otro camino para que los peluqueros invadieran, como tanto lo han deseado, el oficio de aquéllos, logrando hacer brillar su arte en ambos extremos anatómicos. Por otra parte, el peinado es una manera de pensar por fuera de la cabeza, por lo que debieran sentirse orgullosos los artesanos que tomando la navaja al dejar las tijeras, nos tienen tan acobardados y sitiados como para despojarnos de nuestro cabello sin protesta ni intento de fuga.

Pero volviendo al asunto inmediato que no olvidaré un solo momento, quería enseñar que si las durezas plantales originaron los botines, éstos están haciendo nacer tantas que pronto volveremos a la dureza única. Es, pues, un círculo el progreso y la espiral de Goethe no condice con el piloso principio y el coriáceo final de la anatomía humana.

AUTOBIOGRAFIA

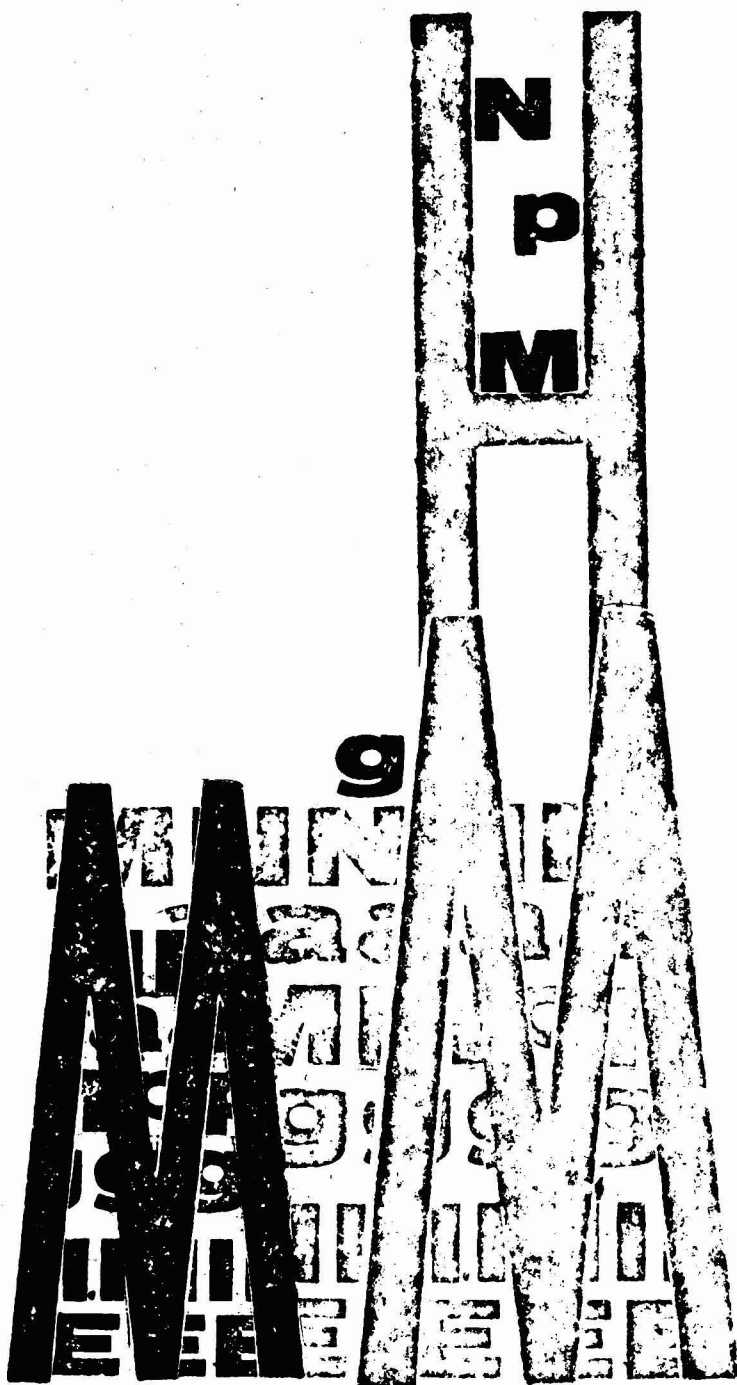
(Pose No. 1)

El Universo o Realidad y yo nacimos en 10. de junio de 1874 y es sencillo añadir que ambos nacimientos ocurrieron cerca de aquí y en una ciudad de Buenos Aires. Hay un mundo para todo nacer, y el no nacer no tiene nada de personal, es meramente no haber mundo. Nacer y no hallarlo es imposible; no se ha visto a ningún yo que naciendo se encontrara sin mundo, por lo que creo que la realidad que hay la traemos nosotros y no quedaría nada de ella si efectivamente muriéramos, como temen algunos.

En vano diga la Historia, en volúmenes inmensos, sobre el mucho haber mundo antes de ese 10. de junio; sus tomos bobalicones es lo único que yo conozco (no sus hechos), pero los conocí después de nacer, como todo lo demás. Lo que me podría convencer sería el Arte, más gracioso y verdadero: un preludio de Rachmaninoff, una mirada creada por Goya, pero no es tan crédulo el Arte, no abre la boca ante los cortejos de pompas fúnebres, como la Historia.

Nací, otros lo habrán efectuado también, pero en sus detalles es proeza. Lo tenía olvidado, pero lo sigo aprovechando a este hecho sin examinarlo, pues no le hallaba influencia más que sobre la edad. Mas las oportunidades que ahora suelen ofrecerse de presentar mi biografía (en la forma más embustera de arte que se conoce, como autobiografía, solo las Historias son más adulteradas) háceme advertir lo injusto que he sido con un hecho tan literario como resulta la natividad. (El dato de la fecha de ésta se me ha pedido tanto y con una sonrisa tan juguetona, que tuve la ilusión de que ello significaba que era posible una fecha mejor de nacimiento mío y se me alentaba a elegirla y pedirla, que se me habría de conseguir. Por si acaso, aunque no han progresado ni declarándose estas cortesías, dejo dicho que me gustaría haber nacido en 1900).

Como no hallo nada sobresaliente que contar de mi vida, no me



queda más que esto de los nacimientos, pues ahora me ocurre otro: comienzo a ser autor. De la Abogacía me he mudado; estoy recién entrado a la Literatura* y como ninguno de la clientela mía judicial se vino conmigo, no tengo el primer lector todavía. De manera que cualquier persona puede tener hoy la suerte, que la posteridad le reconocerá, de llegar a ser el primer lector de un cierto escritor. Es lo único que me alegra cuando pienso la fortuna que correrá mi libro: No se olvide: soy el único literato existente de quien se puede ser el primer lector. Pero además mi libro, y es más inusitado esto todavía, es la única cosa que en Buenos Aires puede encontrarse aún no inaugurada por el Presidente. Se están imprimiendo todos los certificados de primer lector mío que se calcula serán necesarios. Y para retener al libro el segundo precioso mérito que lo adorna, el Editor ha puesto vigilancia en todos los caminos por donde pueda acercarse una Inauguración Presidencial infortunada.**

(CHISTE DE PROPINA)

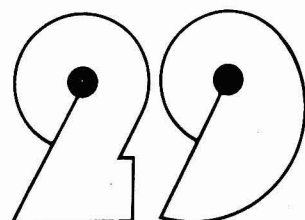
No compraba "antigüedades" si no las veía hacer, lo que no le permitían; y envidiaba a los ricos de Fenicia o Egipto que las adquirían baratas y sin padecer, naturalmente, las dudas con que siempre salía de sus compras en la progresista casa matriz de este comercio cuyos carteles decían jactanciosos: "La Moderna. Antigüedades — Lo más moderno y progresado en Antigüedades".

TRES COCINEROS Y UN HUEVO FRITO

Hay tres cocineros en un hotel; el primero llama al segundo y le dice: "Atiéndeme ese huevo frito; debe ser así: no muy pasado, regular sal, sin vinagre"; pero a este segundo viene su mujer a decir que le han robado la cartera, por lo que se dirige al tercero: "Por favor, atiéndeme este huevo frito que me encargó Nicolás y debe ser así y así" y parte a ver cómo le habían robado a su mujer.

Como el primer cocinero no llega, el huevo está hecho y no se sabe a quién servirlo; se le encarga entonces al mensajero llevarlo al mozo que lo pidió, previa averiguación del caso; pero el mozo no aparece y el huevo en tanto se enfría y marchita. Después de molestar con preguntas a todos los clientes del hotel se da con el que había pedido el huevo frito. El cliente mira detenidamente, saborea, compara con sus recuerdos y dice que en su vida ha comido un huevo frito más delicioso, más perfectamente hecho.

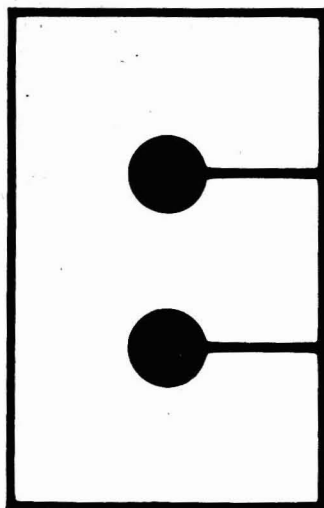
Como el gran jefe de fiscalización de los procedimientos culinarios llega a saber todo lo que había pasado y conoce los encomios, resuelve: cambiar el nombre del hotel (pues el cliente se había retirado haciéndole gran propaganda) llamándolo Hotel de los 3 Cocineros y 1 Huevo Frito, y estatuye en las reglas culinarias que todo huevo frito debe ser en una tercera parte trabajado por un diferente cocinero.



* ¡Muchas gracias!, dijo la Abogacía; ¡Nadie se asuste!, dijo la Literatura; ¡Conmovedor!, dijo la "todo es lo mismo". Impasibilidad.

** Alusión al sinnúmero de inauguraciones actuadas presidencialmente por el Dr. Alvear. (Nota del editor).

**CLEMENTINA
DÍAZ Y DE OVANDO**



EL COLEGIO MÁXIMO DE SAN PEDRO Y SAN PABLO CUARTO CENTENARIO

En el último tercio del siglo XVI, tres “religiones” cumplían sus deberes en la Nueva España. Franciscanos, dominicos y agustinos procuraban aumentar el número de conversos, recogían la historia indiana y levantaban ponderosas iglesias-fortalezas.

Una formidable y belicosa orden, la Compañía de Jesús, había sido fundada en 1534 y aprobada por la sede apostólica en 1540. Su fundador, Íñigo de Loyola, al dar instrucciones a los jesuitas asistentes al Concilio de Trento hacía hincapié en una de las metas a sostener en el concilio: “la de enseñar muchachos”. Esa labor educativa señalada por San Ignacio constituyó parte primordial de las obligaciones de la Compañía.

Apenas fundada esta orden empezó a reconocerse la importancia de sus miembros como excelentes educadores, crédito que sin tardanza pasó a la Nueva España, en donde, según dirían más tarde los cronistas jesuitas Francisco de Florencia y Francisco Javier Alegre, la juventud criolla se encontraba abandonada en medio de la riqueza y la blandura, sin colegios apropiados, ya que recién fundada la Universidad no podía llenar del todo esa misión educativa y así la juventud criolla de “complexión delicada, dulce e insinuante, de ingenio vivo y penetrante”, y con aptitudes para las ciencias andaba a Dios se la depare buena, sin que nadie la guiase ni la animara al estudio.

Ante esta carencia de colegios el acaudalado Alonso de Villaseca, el Virrey, la audiencia, el inquisidor mayor don Pedro Moya de Contreras y otros ricos vecinos, se dirigieron al rey para que enviase padres de la Compañía de Jesús.

Durante veinte años se había solicitado a Felipe II padres jesuitas, y por fin el rey accedió a esta demanda expidiendo dos cédulas: una al provincial de Toledo y otra a San Francisco de Borja, tercer general de la orden, pidiéndoles que mandasen jesuitas a la Nueva España. San Francisco de Borja de inmediato cumplió la petición del rey. Fue nombrado provincial de la Nueva Provincia el doctor Pedro Sánchez, doctor por la Universidad de Alcalá, a quien acompañaron otros padres.

El 13 de junio de 1572 salieron del puerto de San Lucas de Barrameda, llegaron a Veracruz el 11 de septiembre y a la ciudad de México el 28, víspera del día de San Miguel Arcángel y sin el entusiasmo, antes bien, con la animosidad de las otras órdenes, las que vieron en esta orden a un temible rival.

Sin pérdida de tiempo, el provincial y sus padres se dispusieron a cumplir el compromiso contraído en el Concilio de Trento: establecer colegios. Desde el púlpito los jesuitas suplicaban a los vecinos su contribución para fundar escuelas, apremiaban a los ricos que no tuviesen herederos a que otorgaran su fortuna para los colegios, “o los que no tuviesen tanta proporción se mancomunasen y fundasen, o juntos o cada uno, una o dos más becas que pudiesen para sus hijos, nietos o parientes que tuviesen el patronazgo, y sucediesen en él a sus legítimos herederos, y los jesuitas

darían cuidado y fomento a la obra”.

Los vecinos, ansiosos de resolver el problema de la educación criolla, acudieron en ayuda de los jesuitas y, gracias a sus donaciones, el padre Pedro Sánchez fundó el 12 de diciembre de 1572 el *Colegio Máximo*, obligatorio a toda Provincia de la Compañía, como que es cabeza de los demás colegios, el centro educacional más importante, ya que con permiso papal puede otorgar los mismos grados teológicos que las universidades pontificias. En México este Colegio se llamó *Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo*, o bien *Colegio Máximo de México*, *Colegio de San Pedro y San Pablo* o *Colegio de México*.

Fue la Universidad jesuítica para los padres de la orden, pero también se admitían en sus aulas gratuitamente estudiantes seculares. El historiador jesuita Gerardo Decorme considera al *Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo* como una “*Escuela Normal de profesores y maestros de la Compañía*, centro intelectual de ministerios, de donde irradiaron los jesuitas a través de toda la Nueva España”.

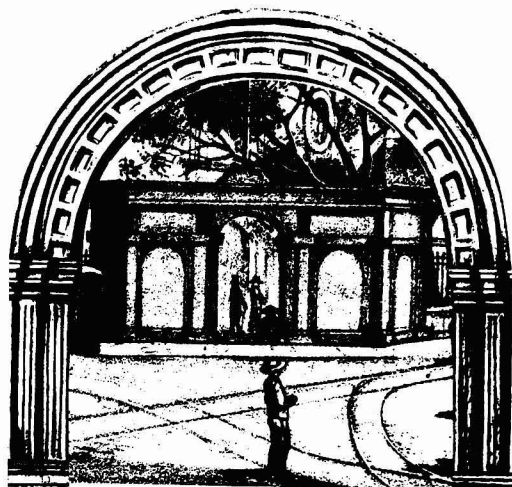
Al *Colegio Máximo* —asegura Decorme— quedaron sujetos los seminarios jesuitas de Puebla, Guadalajara, Zacatecas, Guatemala, Mérida, el de San Ildefonso de México y la residencia de Tepotzotlán.

El protector de los jesuitas el rico minero don Alonso de Villaseca, el 6 de enero de 1572, donó cinco solares al *Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo*, con un valor aproximado de dos mil quinientos pesos. En estos solares adonde llegaban las recuas que venían de Veracruz se levantó el Colegio que tuvo un principio asaz modesto: una choza como residencia del provincial.

Villaseca, asimismo, dotó al Colegio con acciones y deudas cobrables, que ascendían a la cantidad de veinte mil pesos. Otros vecinos siguiendo el ejemplo del benefactor ayudaron al Colegio. El virrey Martín Enríquez regaló la cantera, el labrador Llorente y López una hacienda abundosa en madera, Melchor Chávez contribuyó con un horno de cal y el Ayuntamiento con una huerta junto a Chapultepec. Sin embargo, estas donaciones no eran suficientes para sostener el Colegio y el noviciado. Para remediar esta estrechez y deseo de salvar su alma, acudió don Alonso de Villaseca, quien pidió en 1576 al doctor Pedro Sánchez lo considerara como fundador del Colegio y, para ello, dotó formalmente al *Máximo* “con cuatro mil pesos de oro común en plata diesmada; los que tiene para dicho efecto, y está presto a entregar al dicho señor provincial o quien su poder hubiere...”

Asegurada así la fundación del *Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo*, fue posible acelerar el levantamiento del edificio que era de urgente necesidad tanto para “la comunidad del noviciado y los estudios, como para la habitación de los sujetos, cuyo número se acrecentaba cada día más”.

Los estudios en el *Colegio Máximo* se iniciaron el 18 de octubre



Estudia el Bienaventurado Felipe de Jesus la Gramatica con el memorable P Pedro Gutierrez, en el Colegio Maximo de S. Pedro y S. Pablo.

San Felipe de Jesús como estudiante en el Colegio de San Pedro y San Pablo.

de 1574, día de San Lucas con las Facultades menores, que comprendían la gramática y las humanidades. Fundamento de estos estudios eran el griego y el latín, principalmente el latín; estas lenguas debían ser aprendidas a fondo por los estudiantes para poder cursar más adelante las otras cátedras. Al curso de latín se le llamaba Gramática latina o gramática. Como texto a seguir estaba el *Arte del jesuita de la Cerda*, más conocido como Nebrija. El curso duraba tres años, lo redondeaban el catecismo y el estudio de la lengua castellana. Terminado el curso de gramática el escolar podía cursar las humanidades: poesía y retórica.

La inauguración de las cátedras a cargo de los padres Juan Sánchez y Mercado fue lucidísima, asistieron el virrey Martín Enríquez de Almansa, los cabildos Civil y Eclesiástico, las órdenes religiosas, la Audiencia. El Padre Mercado —por su nacimiento criollo— en una hermosa oración latina incitó a los padres de familia a que enviasen a sus hijos a las Escuelas de la Compañía “a aprender letras, virtudes y políticas”.

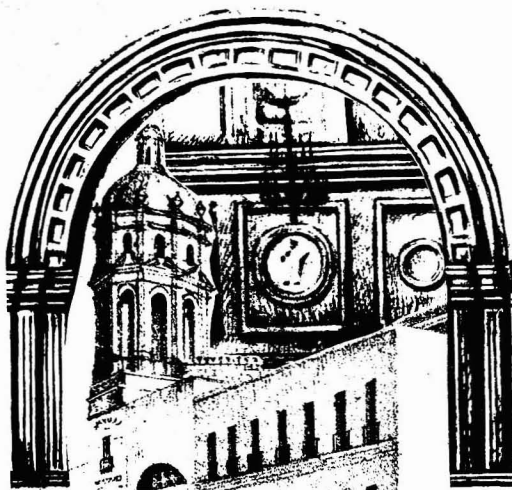
A partir del 18 de octubre de 1574, día de San Lucas, la concurrencia a las cátedras fue tan copiosa que hubo necesidad de abrir dos colegios contiguos, en 1575 el de San Gregorio, y en 1576 el de San Bernardo y hasta la Universidad Real y Pontificia se resintió del éxito jesuítico sus cátedras se vieron bastante menguadas. Los dos centros de estudios se querellaron ante el rey, la Universidad logró una real cédula dada en el Pardo el 2 de noviembre de 1576, en la que el rey mandaba que el *Colegio Máximo* no otorgase grados, y firmó otra más estricta: “ninguno de los que estudien en dichos colegios se les admitiesen los cursos sin matricularse en la Universidad y prestar obediencia al Rector”.

El procurador de los jesuitas en Roma, Pedro Díaz, se quejó de esta injusta medida. El rey Felipe II terminó la disputa con una *Cédula de Concordia*, ordenando que cada centro no interviniese en el otro y daba forma legal y reglamentaba los estudios del *Colegio Máximo*. El Colegio y la Universidad quedaron en paz. La clase de gramática se suprimió en la Universidad, y los escolares la cursaron en el *Máximo*.

El 19 de octubre de 1575, comenzaron en el *Colegio Máximo* los estudios de las Facultades Mayores: Artes y Teología. Se daba el nombre de artes al estudio de la Filosofía que incluía la Lógica, la Metafísica y la Física (Cosmología y las otras ciencias naturales). Estas cátedras se dictaban en latín. La enseñanza de la Teología se dividía en Prima o Matutina con sus cursos de Teología Dogmática, Escolástica y en Vespertina en la que se estudiaba Moral, Derecho Canónico y Sagrada Escritura.

Unos años después, en 1584, el provincial Antonio de Mendoza estableció la cátedra de Lengua Mexicana y en 1592 se determinó que ningún jesuita ignorara las lenguas indígenas.

Muy pronto, después de iniciarse los cursos en el *Colegio Máximo*, los padres pudieron ufanarse de la bondad de su método



educativo: el *Ratio Studiorum* constituido por las Artes y la Teología, pues en 1578 cuando llegaron al *Colegio Máximo* las reliquias que el Papa Gregorio XIII destinó a la Compañía, los escolares mostraron su aprovechamiento en los magníficos festejos que con motivo de esas reliquias organizaron los jesuitas. Los estudiantes participaron en la representación de la tragedia el *Triunfo de los Santos*, y también en un diálogo “compuesto parte en latín y verso heroico lo demás en verso castellano”.

En 1582 por orden del general de los jesuitas los colegios de San Gregorio y San Bernardo se refundieron con el nombre de Colegio de San Ildefonso.

El *Colegio de San Pedro y San Pablo* por 1611 ya no era un Colegio de la Compañía de Jesús, las vicisitudes por las que había pasado lo llevaron a ser administrado por un Patronato de seglares; su ruina era tal que sus colegiales se cobijaron en el de San Ildefonso. El 29 de mayo de 1612 el rey de España Felipe III despachó una cédula ordenando que el *Colegio Máximo* de San Pedro y San Pablo se uniera con el de San Ildefonso. La función se verificó el 17 de enero de 1618, en una solemne ceremonia a la que asistieron el virrey, Marqués de Guadalcázar, el fiscal de la Audiencia, Juan Suárez de Ovalle, el padre provincial Nicolás de

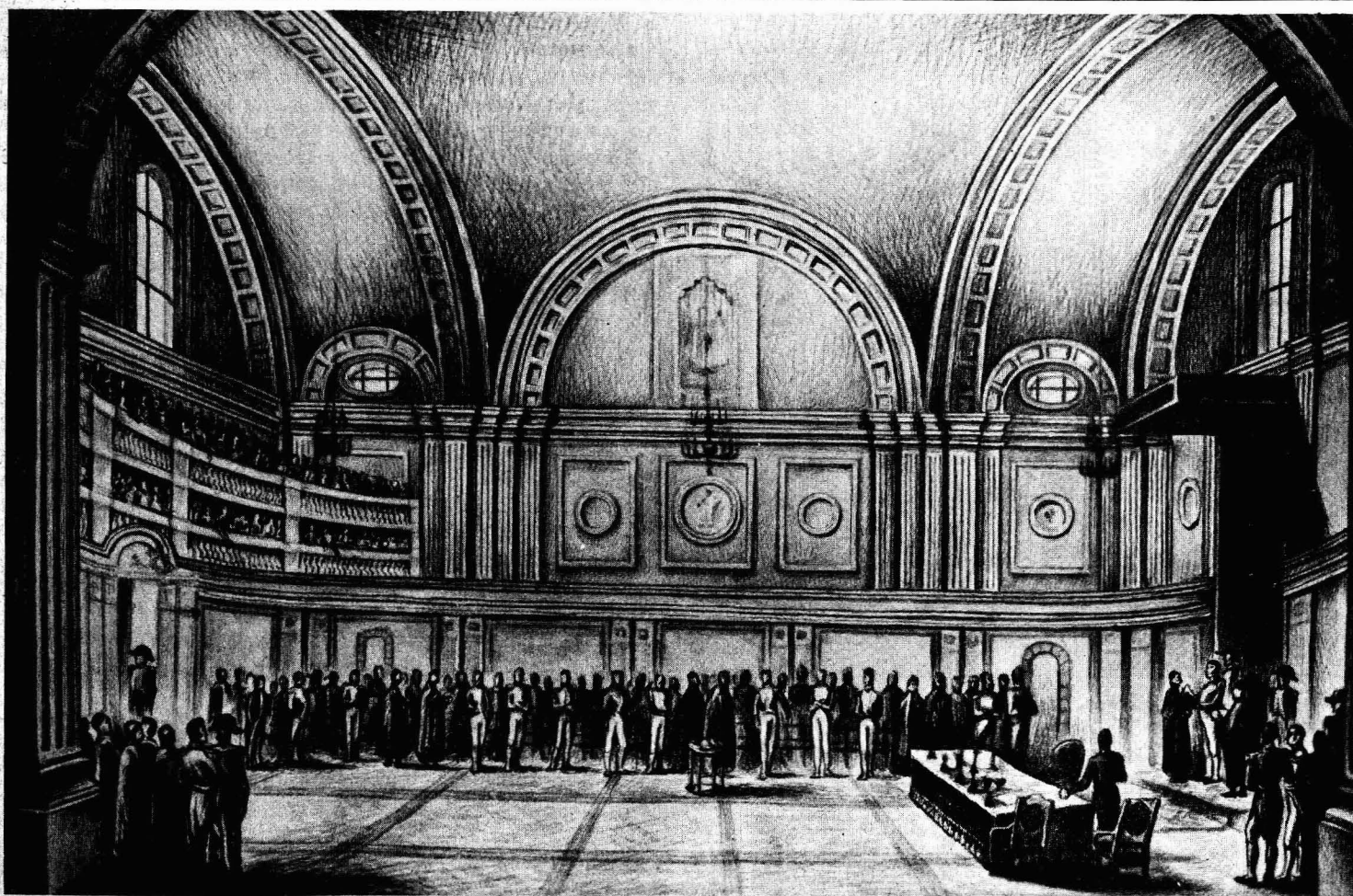
Arnaya y el padre Diego Larios, rector de San Ildefonso y los vecinos más connotados de la ciudad. El Colegio recibió el nombre de *Real Colegio de San Pedro, San Pablo y San Ildefonso de México*.

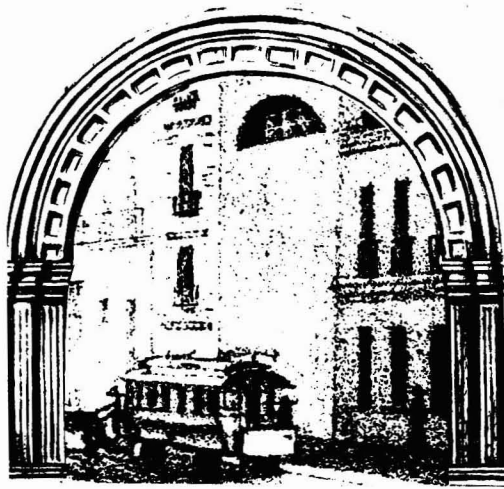
Más tarde, el *Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo* gracias a los esfuerzos de los jesuitas, volvió a funcionar separado del de San Ildefonso, y a mediados del siglo XVII “ya se habla con absoluta distinción del *Real Colegio de San Ildefonso* y del *Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo*”, situación que guardarán hasta el día en que fueron expulsados los jesuitas.

En el año de 1578, el *Colegio Máximo* tuvo imprenta. Aprovechando la estancia en la Nueva España del impresor piamontés Antonio Ricardo de Riedmont se imprimieron varios libros de enseñanza.

El Colegio poseyó una nutrida y valiosísima biblioteca, acrecentada con los libros, manuscritos y aparatos científicos, que en agradecimiento por las “muchas honras y beneficios”, le heredó don Carlos de Sigüenza y Góngora.

Los colegiales del *Colegio Máximo* recibían las lecciones de los maestros más distinguidos de la Compañía, los que cumpliendo con las “Constituciones” prestaban especial atención a cada esco-





lar, bajo una disciplina que se caracterizaba por ser a la vez suave y estricta.

A las lecciones que se explicaban siguiendo un texto famoso, se aunaban los ejercicios de piedad, pues como es lógico, los jesuitas pusieron gran empeño en la formación moral y religiosa de los educandos. Para sostener a los jóvenes en la virtud se establecieron las Congregaciones devotas que prescribían lecturas espirituales, perfeccionamiento en las costumbres, asistencia a los Sacramentos, y lo que ahora puede considerarse como servicio social: visita a las cárceles, hospitales y atención de enfermos.

La caridad se practicaba a diario en el *Máximo*, pues en la portería seglar se daba la sopa a los mendigos, y por asignación, se distribuía semanalmente dinero, pan o carne a los pobres vergonzantes. Frazadas o cobertores de lana a los más pobres.

Al finalizar los cursos, en examen público los colegiales disertaban sobre cualquier tema de las materias que se habían estudiado durante el año.

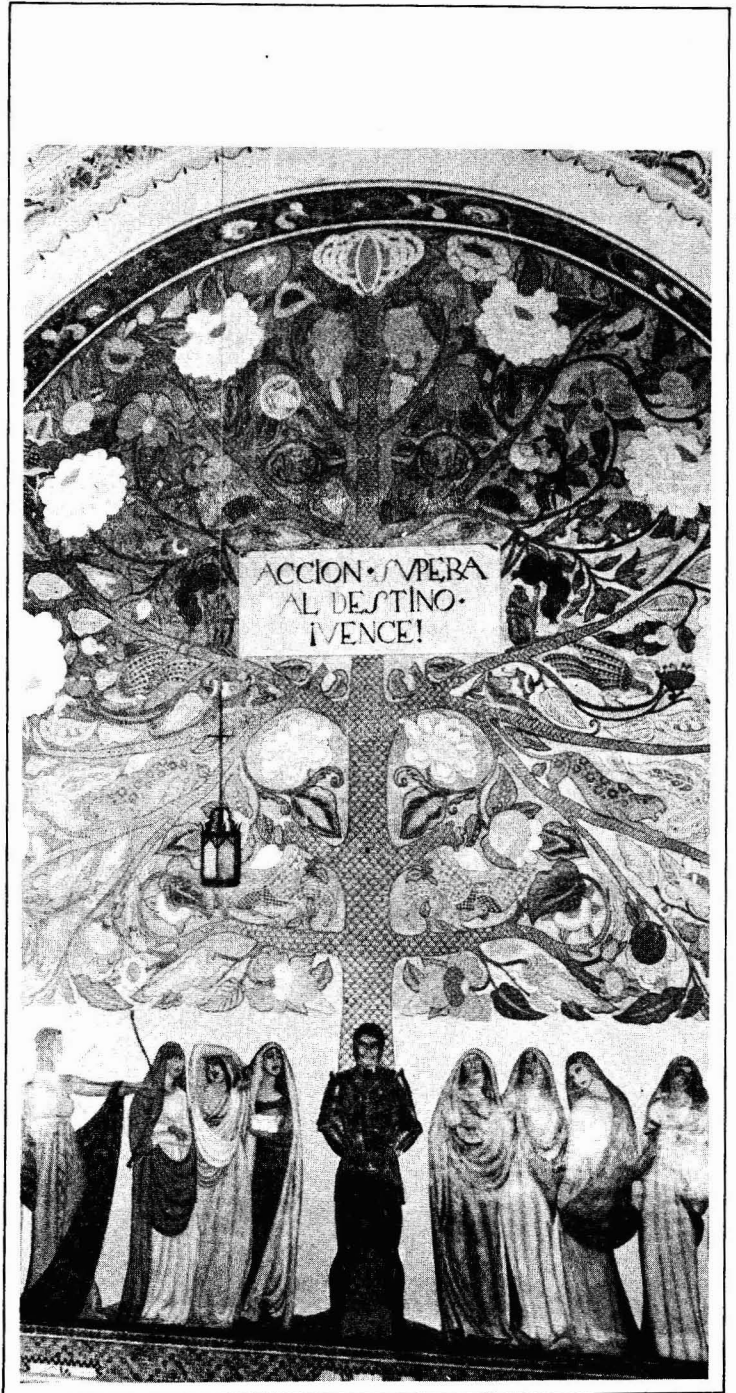
Se estimulaba a los alumnos con premios, inscribiendo el nombre de los sobresalientes en un catálogo que se colocaba en el sitio más visible; con actos literarios públicos y privados, representaciones de comedias y coloquios en fiestas y solemnidades. En las justas literarias los escolares lucían sus conocimientos en poemas y oraciones. Certamen hubo en el que los del *Máximo* vencieron a los de la Universidad. Las justas literarias se celebraban en el magnífico salón llamado el General.

Los estudiantes tenían diez días de descanso en Pascua. Las vacaciones formales daban principio a mediados de agosto y terminaban el 18 de octubre, en esos meses disfrutaban de un descanso bucólico en las fincas que poseía el Colegio de San Pedro y San Pablo.

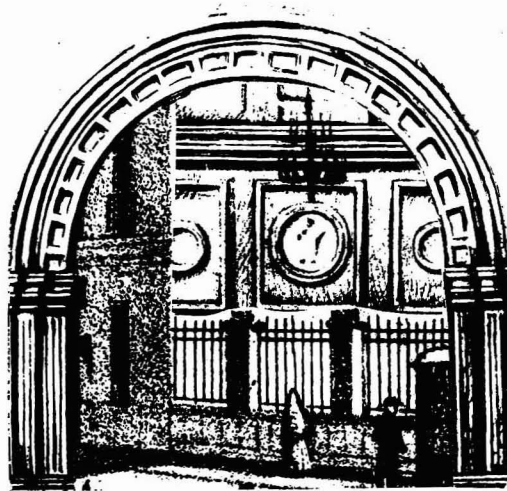
El *Colegio Máximo* pudo vanagloriarse de la educación que impartía y de la repercusión que a través de sus padres y seminaristas alcanzó en la vida misionera y en la cultura de Nueva España. Al *Máximo*, estuvieron entre otros muchos, los renombrados San Felipe de Jesús, Bernardo de Balbuena, don Carlos de Sigüenza y Góngora, el padre Juan Sánchez quien participó en las obras del Canal del Desagüe y los esclarecidos humanistas Francisco Xavier Clavijero, Francisco Xavier Alegre, Diego Abad.

Del *Máximo* salieron los intrépidos Juan María Salvatierra fundador de misiones en la Baja California y autor de *Copias de cuatro cartas... para solicitar medios para la empresa de California* (1698) y Francisco María Piccolo, misionero y explorador, que en 1697 pasó a Baja California. Esta su experiencia se encuentra en *Informe del Estado de la Nueva Cristiandad de California*, impreso en México en 1702, más tarde se publicó en francés e italiano.

El edificio del *Colegio Máximo* que empezó tan modestamente, al paso del tiempo devino en opulenta fábrica, con cuatro amplios patios de dos cuerpos: la parte baja descubierta y la alta cerrada y



El Arbol de la Ciencia. Mural de Roberto Montenegro, en el ábside de la iglesia de San Pedro y San Pablo.



con ventanas —característica de los patios de los colegios jesuitas— el segundo patio con arcadas de estilo italiano, con dos capillas interiores bajo el patrocinio de la Purísima Concepción y San Ignacio; un magnífico general que ostentaba entre otras bellezas una artística cátedra de variadas maderas preciosas “tan primorosamente ajustadas que aparece de una sola pieza”. Huertos y otros patios no faltaron al *Máximo*.

Los jesuitas durante su permanencia en el Colegio ampliaron y reedificaron el edificio “le dieron la última mano los postreros rectores”.

Don Alonso Villaseca, el devoto bienhechor del *Colegio Máximo*, cedió a los poderes cuatro casas para la construcción de la Iglesia, esta empezó a edificarse en 1576 y se terminó en 1603, en esta fecha fue dedicado. Según el padre Alegre, la Iglesia era la más suntuosa que por esos años había en México. No olvidaron los jesuitas a su fundador Alonso de Villaseca, al lado del Evangelio se erigió un túmulo de mármol en donde estaba su estatua de hinojos, debajo de un arco sostenido por cuatro columnas corintias y coronadas por las virtudes: Fe, Esperanza y Caridad.

Manuel Toussaint (*Arte Colonial en México*. Imprenta Universitaria, México, 1948), informa que la iglesia fue construida por el arquitecto jesuita Diego López de Arbaiza, y que según “se dice

edificó allí la primera cúpula de la Nueva España; pero la portada severísima y que debe datar de la terminación de la obra, es buena muestra de herreriano”.

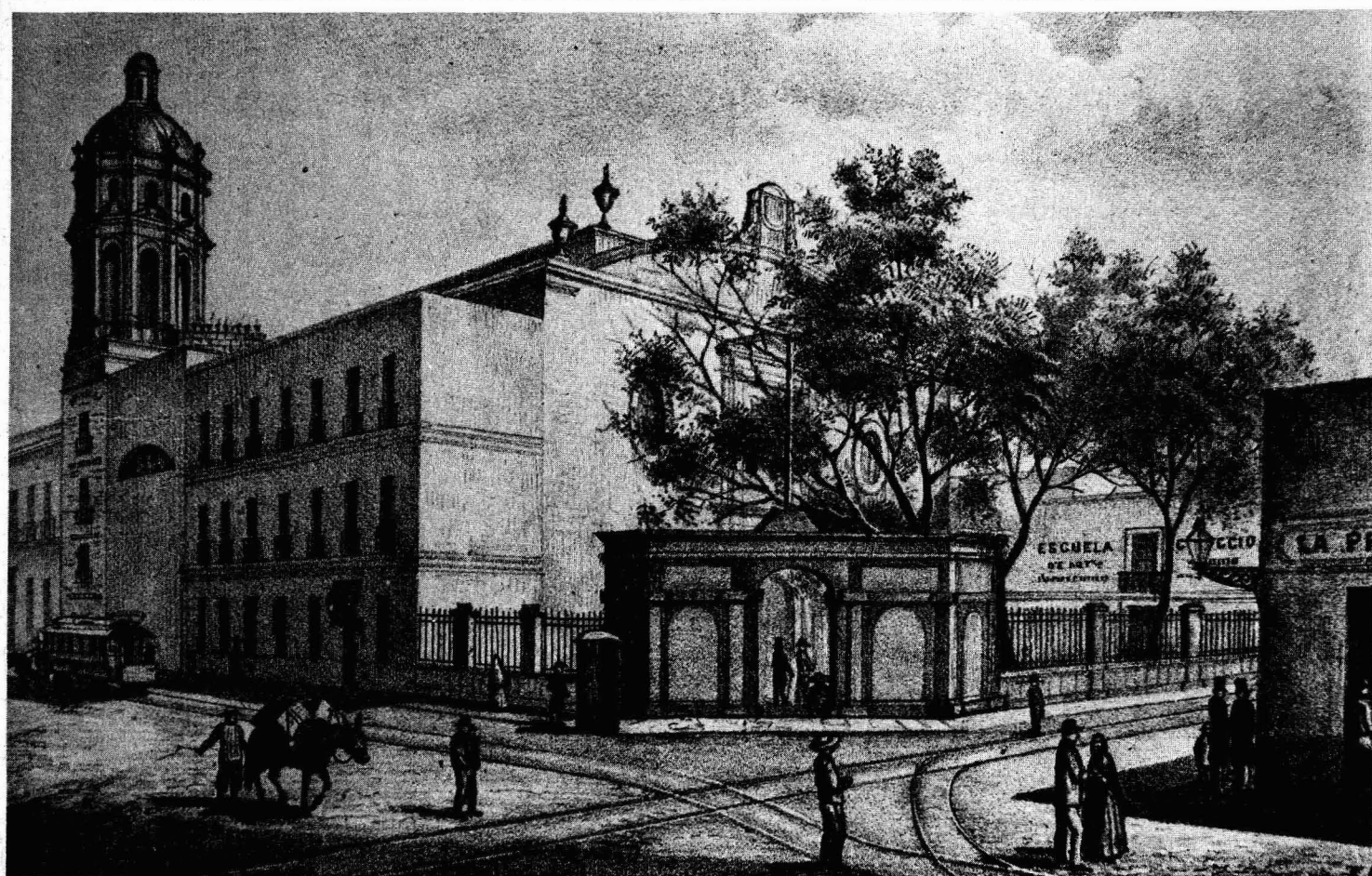
En el altar principal había un gran retablo, la iglesia tenía, además trece colaterales. Puede pensarse que por los preciosos retablos que, afortunadamente, aún se conservan en las que fueron iglesias de la Compañía, los de la iglesia del *Colegio Máximo* debieron ser también de una singular belleza.

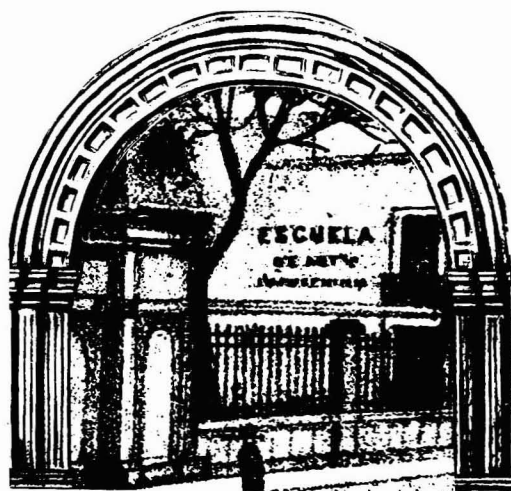
El primero de enero de 1739 tuvo lugar la solemne dedicación del retablo de Nuestra Señora de la Luz, que al decir de la *Gaceta de México* (febrero de 1739) “es uno de los más pulidos y costosos de los trabajados a la moderna y llenando el espacio hueco, sube hasta tocar la claraboya del que se le asignó en el Crucero de su Iglesia... la nueva asombrosa imagen de Nuestra Señora de la Luz, en que parece echó el resto del primor el artífice diestro...”

La iglesia era rica en indulgencias, reliquias y objetos de arte: custodias, relicarios, alhajas.

A fines del siglo XVIII sirvió de cementerio.

Con el siglo XVIII el *Colegio Máximo* llegó a su mayor esplendor. La admirable obra educativa y misionera de los colegios jesuitas a cuya cabeza estaba el *Máximo*, y que marcará la época





con el apogeo de la latinidad, concluyó el 25 de junio de 1767 con la Pragmática del rey Carlos III, de fecha 2 de abril de ese año, que desterraba a los jesuitas y suprimía a la Compañía de sus dominios.

El edificio y la iglesia del *Colegio Máximo* tuvieron que ser entregadas a las autoridades, José de Gálvez, marqués de Sonora ocupó el *Colegio Máximo* y recibió "los libros y todos los caudales depositados en su casa".

Con la entrega del edificio, de los bienes y la salida de los jesuitas terminó en México la labor y la historia del *Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo*.

Las diferentes órdenes religiosas pidieron para sí, los costosos retablos, el tesoro del Colegio: alhajas, custodias, copones, reliquias, peanas, incensarios, ramilletes de plata, arañas, tibores. El apenas dedicado en 1739 retablo de Nuestra Señora de la Luz fue concedido al Sagrario de la Catedral, que en ese año había sido terminado, también a la Catedral pasó el relicario que regaló Alonso de Villaseca como disculpa por no haber asistido a las fiestas que en 1578 organizó el Colegio.

El abandonado edificio del *Colegio Máximo*, para 1808 estaba muy destruido. Allí se instalaron el Monte Pío y un cuartel. Al regresar los jesuitas en 1816 encontraron a su colegio poco menos que en ruinas. Los padres se instalaron de nuevo hasta que en 1820 tuvieron que partir, pues Fernando VII declaró suprimida en su reino la Compañía. Vueltos a México de 1849-1853 se empeñan en la restauración del colegio, pero el decreto de 7 de junio de 1856 los obliga una vez más a desterrarse. El colegio volvió a quedar solitario.

En 1857 se trató de acondicionar el edificio para una escuela de niñas, que se llamaría "Colegio de la Paz". Interrumpidos los trabajos por falta de dinero, el edificio se usó como Colegio Militar, después como cuartel, durante la Intervención francesa depósito de víveres del ejército invasor. Por 1872 se encontraba el despacho de la imprenta de la "Sociedad-Artístico-Industrial", en donde se recibían las suscripciones para *El Eco de las Artes*. Periódico semanal, órgano de la "Sociedad de Constructores Prácticos". En 1880 estuvo allí el "Casino del gran círculo de obreros", en 1881 una biblioteca para artesanos, en 1885 la "Escuela correccional de San Pedro y San Pablo", el 5 de febrero de 1886 se instaló también en el ex-Colegio la imprenta para talleres de la Escuela correccional y en los años de la Revolución se utilizó como caballeriza.

En 1922, José Vasconcelos, entonces Ministro de Educación Pública, rescató el edificio del ex-Colegio Máximo para anexo de la Escuela Nacional Preparatoria. Durante su gestión se colocó en la fachada del ex-Colegio, la portada de la capilla de la antigua Universidad, obra del gran arquitecto Ildefonso Iniesta Bejarano. Esta y la que existe en la hoy Escuela Normal de Maestros son las

únicas que se salvaron, pues la portada principal de la antigua Universidad se destruyó en el siglo XVII y las otras en 1910. La que se encuentra en el ex-Colegio de San Pedro y San Pablo ostenta en la parte superior el escudo de la Universidad Nacional encastrado por adornos vegetales.

Vasconcelos ordenó la restauración del ruinoso Colegio y encargó a los artistas Roberto Montenegro y Gerardo Murillo, el Dr. Atl, la decoración del antiguo Claustro.

En la escalera interior del patio oriente del ex-Colegio, Montenegro pintó en 1924, *La fiesta de la Cruz*, las formas arquitectónicas restan al mural movimiento y lo deshumanizan. Uno de los personajes retratados era José Vasconcelos, en su mano ostentaba al lábaro universitario. Este retrato ha sido borrado, su lugar lo ocupa una figura femenina.

La bóveda de la escalera la decoró Montenegro con el *Zodiaco* y en 1931-1933 pintó totalmente la escalera con el mural que llamó *Reconstrucción*.

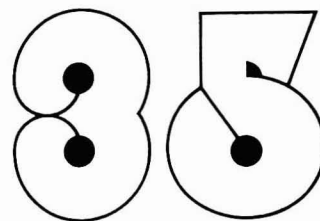
"Los dos murales —dice Justino Fernández— tienen un mexicanismo que deben a las corrientes del momento... y quedan en la historia del movimiento de pintura monumental que México inició en 1922 con positiva originalidad y grandeza".

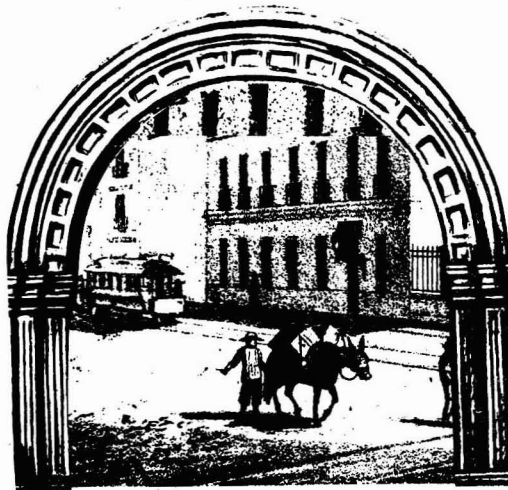
El Dr. Atl pintó paisajes y alegorías: *El hombre saliendo del mar*, *El murciélago* y *La ola*, desafortunadamente han desaparecido.

Ahora, en lo que queda del mutilado edificio del *Colegio de San Pedro y San Pablo*, está instalada la Escuela Secundaria número 6. El edificio del *Colegio Máximo* no ha perdido su función educativa, es todavía amparo de la juventud que tanto preocupara a los jesuitas, aunque hoy día sea laica.

La iglesia del *Colegio Máximo*, recia fábrica con su vigorosa torre, ha sufrido alteraciones que desvirtuaron aquella su magnificencia descrita en las crónicas de los padres de la Compañía. Desmantelada por la codicia del rey y de las órdenes religiosas, la iglesia, al igual que el claustro, tuvo diversos usos: ayuda de parroquia del Sagrario, en 1822 se acondicionó para que en ella prestara juramento como emperador de México Agustín de Iturbide. Después de esta jura, sirvió como "salón de baile y para representar comedias y coloquios". En 1824 se reunieron en la iglesia los miembros del Congreso Mexicano y el Constituyente de 1824. De 1832 a 1853 estuvo abierta al culto. Retirada del culto fue cuartel, sala de actos y biblioteca del extinguido *Colegio de San Gregorio*. Por 1882 se aplicó como depósito de mercancías, pues la Academia era insuficiente. A principios de siglo fue Escuela Correccional. En 1911 cuartel.

José Vasconcelos en 1922 ordenó su reconstrucción. Roberto Montenegro proyecta los trabajos. Hace los dibujos para los vitrales del crucero: *La vendedora de pericos* y el baile *Jarabe tapatío*. Los arcos torales y formeros fueron pintados por el artista con flora y





fauna mexicanas, a la manera de las jícaras de Michoacán.

En el presbiterio Montenegro pintó el mural *El árbol de la ciencia*, pintura esencialmente decorativa, en donde está el lema que dio Vasconcelos: “¡Acción supera al destino! vence!”

La cúpula de la capilla la decoró con el *Zodiaco*, Xavier Guerrero “primera pintura de arte mural hecha en México”.

Jorge Enciso proyectó el emplomado con el escudo de la Universidad.

Reconstruida la iglesia se destina a Sala de discusiones libres. También se instala la oficina de la Campaña contra el analfabetismo (1922). Es anexo de la Antigua Academia de San Carlos (1927-1930). De 1927 a 1928 ocupa la ex-iglesia la Escuela popular nocturna. En 1929 la iglesia pasó a formar parte de los edificios de la Universidad Nacional Autónoma de México, en virtud de la Ley Orgánica de la Universidad. Dueña del templo, la Universidad funda en 1937 una escuela de teatro, el primero de diciembre de ese año se realiza la exposición de las actividades universitarias de 1936-1937.

En la torre de la ex-iglesia vivió la profesora Estefanía Castañeda, impulsora en México de los jardines de niños. En 1938 se instala la oficina de Inspección y bibliotecas de la Universidad, y en 1939-1943 el almacén de papel y libros del servicio editorial, se dan también clases de gimnasia y canto coral.

Por fin, después de tantas vicisitudes, en la ex-iglesia del *Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo*, se inaugura solemnemente el 22 de marzo de 1944, la *Hemeroteca Nacional*, con la asistencia del presidente de la República, general Manuel Avila Camacho, miembros del Gabinete, Magistrados de la Suprema Corte de Justicia, senadores, diputados, del rector Rodolfo Brito Foucher, maestros y alumnos. El Consejo universitario celebró, como parte del acto de apertura una sesión extraordinaria.

Este año de 1974 con motivo del sesquicentenario del Acta Constitutiva de la Federación, se llevó a cabo una dignísima ceremonia en el jardín de la *Hemeroteca*, en celebración de la que tuvo lugar en la iglesia de San Pedro y San Pablo el 31 de enero de 1824. Asistieron el presidente de la República, licenciado Luis Echeverría Álvarez, los presidentes de la Comisión permanente y de la Suprema Corte, miembros del Gabinete, senadores, diputados, magistrados, el rector de la Universidad, doctor Guillermo Soberón, maestros y alumnos.

La antigua iglesia del extinto *Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo*, hoy *Hemeroteca Nacional*, resulta ya insuficiente para las publicaciones que día a día se acrecientan, así como para el gran número de lectores. Es indudable que pronto tendrá que tener edificio propio, ojalá que cuando la Hemeroteca abandone la ex-iglesia del *Colegio de San Pedro y San Pablo* siga teniendo el muy noble destino de ser cobijo de cultura.



La fiesta de la Cruz. Mural de Roberto Montenegro, en la escalera interior del Colegio de San Pedro y San Pablo.

**DANUBIO
TORRES FIERRO**

**PROXIMACION
A LA
JOVEN
NARRATIVA
URUGUAYA**

I

En Uruguay existe, desde el advenimiento de la llamada "generación del 45" o "de la crítica" (Carlos Martínez Moreno, Mario Benedetti, Carlos Real de Azúa, Angel Rama, etcétera) una larga tradición del ejercicio crítico que, manejando datos concretos, barajando cifras o empleando proposiciones diversas, ha tratado siempre, en un afán tenaz e indesmayado, de deslindar los grupos y las promociones que van accediendo a la vida cultural del país, que la van haciendo a medida que se suman a ella, que la van modificando o alterando, que formulan o no, aportes nuevos o inéditos. En este sentido, hubo y hay polémicas, enfoques que difieren al postular razones opuestas, que se contradicen al utilizar patrones disímiles, y que generalmente han alimentado prolongadas y quizás bizantinas discusiones. El hecho mismo de que haya dos opiniones para calificar lo que alguien (Emir Rodríguez Monegal) llama "generación del 45" y alguien (Angel Rama) "generación de la crítica" —aunque este último agrupa allí a dos promociones, y no a una—, es un ejemplo suficientemente demostrativo. Hasta sobre la marcha misma, con lo que eso implica de riesgo y de peligro, se pretende descubrir los rasgos y los síntomas de lo que puede ser un nuevo grupo, y eso es, en realidad, lo que ocurre, lo que está ocurriendo, con la relación de escritores confeccionada para acompañar esta nota. En verdad, en esa relación coexisten dos promociones diferentes pero que encajan con comodidad a los efectos de este panorama, bajo el rótulo genérico de "jóvenes". Entre unos y otros, e incluso entre ambos y la generación inmediatamente anterior, ocurre un hecho especialmente señalable: no hay ese rito del parricidio (para decirlo con las palabras de Cemuda) estrictamente cultural porque este parricidio apareció cuando la entera sociedad descubre que es toda una forma de vida, agónica e inviable, la que debe ser removida desde niveles y estructuras más profundas. Es cuando aparece lo que alguien ha llamado el surgimiento del "anti-batallismo"; es cuando emergen decididamente los grupos de acción directa (el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, en especial) que apelan a la impugnación sistemática y lúcida del sistema. Así, ya se trate de "viejos" o de "jóvenes", de "maduros" o de "adolescentes", ese descubrimiento genera, en lugar de rechazo, ruptura o conflicto, solidaridad y empeño unánimes. La lección, la urgencia y el reclamo de la circunstancia histórica, la traumática coyuntura, de progresivo dramatismo a partir de 1968, fecundan la asunción de una conciencia militante que se ampara en una idéntica —aunque no uniforme— visión del mundo y crea respuestas similares para una misma crisis, incluso entre aquellos, tan escasos, que se adhieren al régimen (no siempre sabe el dicente todo lo que dice, observó Unamuno alguna vez). Sí, lamentablemente, la realidad no es ni sistemática ni lógica, como lo querían los esquemas generacionales.

II

Hay datos que confirman lo dicho y que son, además, sintomáticos. Por un lado, la promoción (autodenominada "del 60", en la revista *Prólogo*) que puede incluir a Anderssen Banchero, Jorge Musto, Mario César Fernández, Juan Carlos Somma, Alberto Paganini, Sylvia Lago, Jesús C. Güiral, Hiber Conteris, Jorge Sclavo, Claudio Trobo, Fernando Aínsa y Eduardo Galeano, comenzó escribiendo, en la mayor parte de los casos, libros donde los protagonistas paseaban su frustración, su soledad y su angustia existencial a través de un estilo realista o neorrealista que abrevaba, como ya ha sido advertido, en el intimismo y el desencanto de Cesare Pavese, en el cine de la incomunicación de Antonioni, y que incluso descansaba —para su formulación literaria— en la felicidad de una prosa que muchos de ellos habían adquirido en el ejercicio del periodismo. Pero sucede que, a partir de esa etapa inicial, que puede entenderse como su pre-historia, fueron cambiando paulatinamente de voz a medida que la realidad imponía su dolorosa coyuntura y operaba como desencadenante de una literatura alimentada en lo inmediato, que se iría tiñiendo de política y se haría de más en más militante, diferenciándose —ahora sí— de la de sus mayores. Nada tiene que ver, por ejemplo, *Los días siguientes* (1963) con *Los fantasmas del día del león* (1967), de Galeano; nada tiene que ver *Trajan* (1962) con *Detrás del rojo* (1967), de Lago. Y tampoco nada tiene que ver, para complicar las cosas, *Viviendo* (1963), primer libro de Cristina Peri Rossi, que pertenece a la segunda promoción aquí reunida, con la autora de *Los museos abandonados* (1969); incluso varios relatos de *El acertijo y otros cuentos* (1967), de Teresa Porzecanski, que es compañera de esta última, arrastran adherencias realistas que son superadas en *Historias para mi abuela* (1970). ¿Donde están, entonces, las diferencias entra una y otra promoción si —como se dijo— son dos y distintas? El proceso puede ser similar (que no idéntico) al que ocurrió en el pasaje de la "generación del 45" o de la primera promoción de la "de la crítica" a la inmediatamente posterior: un sutil pero decidido cambio en el lenguaje, una aptitud más libre y mejor dispuesta hacia la imaginación y la experimentación, ese "estallido" de los géneros, su mixtificación, que se anota como síntoma dominante en toda la literatura latinoamericana. Pero la explicación, que puede ser aceptable y aceptada, tampoco es definitiva porque si algo se destaca en la escritura de Lago, por ejemplo, es su lenguaje violento y restallante, que se adelanta, de alguna manera, al barroquismo y la densidad de Peri Rossi, así como el Mario Levrero de *La máquina de pensar en Gladys* (1970) tiene leves reminiscencias de esa *rara-avis* que es L. S. Garini (nacido en 1904 y de ubicación fronteriza). Es que, hay que insistir, la aparición de los escritores no siempre coincide con su filiación generacional. Entonces se



advierte, también, que algunos de quienes, por su edad, pueden pertenecer —pertenecen— a la primera promoción, empiezan a editar coincidentemente con los de la segunda (es el caso de Mercedes Rein, Jorge Onetti —que había hecho su aparición en 1958, pero en Argentina— y Gley Eyherabide), adhiriéndose a sus pautas de trabajo, a su sensibilidad, a su manera de cifrar o descifrar el mundo. No hay que buscar la linealidad sino la prolongación y la complementación, aunque éstas se den huérfanas de normas preceptivas (que no suele haberlas, o que son débiles) idénticas. A todo esto, lo que importa realmente señalar es que entre 1960 y 1971 aparecen los libros que, como en un sistema de vasos comunicantes, alimentan con otras voces y otros ámbitos a la narrativa uruguaya, incluyendo allí el aporte de una uruguaya educada en Francia y residente en México: Ulalume González de León. Los autores de esos libros son los “jóvenes”. Porque también están los “jovencísimos”, que ya han publicado o están haciendo sus primeras armas, pero que todavía no han alcanzado a diseñarse enteramente, que abren una cuota de confianza pero necesitan encontrarse, madurar.

III

Ese sistema de vasos comunicantes, que alimenta una misma literatura, tiene, como corresponde, sus constantes, una misma dinámica y un igual impulso. El propio país comienza a crujir por los cuatro costados y la comarca latinoamericana es estremecida por un acontecimiento que marcará hondamente su devenir histórico y la conciencia política de los “aborígenes”: en 1958, el partido blanco (uno de los dos grandes partidos tradicionales) gana las elecciones y entrega el control de la economía nacional a las

recetas del Fondo Monetario Internacional y, también en 1958, triunfa la Revolución Cubana y su ejemplo es fecundo y esclarecedor. A lo largo de los años, el Uruguay de los publicitados eslóganes (“Suiza de América”, “Tacita de Plata”) va quedando atrás, la pequeña burguesía se proletariza, la represión se acrecienta: la aparición de un grupo que se aboca a la acción directa, al advenimiento inesperado y fortuito de Jorge Pacheco Areco a la presidencia y la muerte en la calle del estudiante Líber Arce (nombre increíblemente simbólico), son los respectivos polos desencadenantes de un proceso (aún en desarrollo y de imprevisibles e inciertas consecuencias) que hace emerger al pueblo de la apatía generalizada y lo remueve, al vulnerarse instituciones y mitos prestigiosos, de forma tal que llega a promover aquella solidaridad, ya mencionada, en vastos sectores de la población. Es entonces cuando la imagen impuesta a la mayoría, a través de años y años de tradición, por la sociedad y especialmente por las clases dominantes y sus siempre fieles pequeña y alta burguesía (que quieren —¿querían?— parecérselo, alentadas por la doctrina liberal del batallismo), sufre una sacudida que la conmueve en sus propias raíces: se instala la duda, los socorridos y biencuidados lugares comunes acusan el deterioro, las convenciones aceptadas padecen el derrumbe, dejan de tener sentido, se vuelven absurda retórica. Es el momento en que el régimen comienza a “corromper” las palabras (patria, tradición, instituciones), según la feliz sentencia de Martínez Moreno, y cuando se pregunta arteramente “Yo quiero a mi Uruguay: ¿y usted?”. Las ideas, se han dicho, pueden tener fuerza material: ahí quizás esté la explicación del resultado de las últimas elecciones (1971), que significó la continuidad del anterior régimen en el gobierno. La empresa de los narradores jóvenes, e incluso de los mayores que a veces son “educados” por éstos o por los imperativos de la propia circunstancia, se convierte, de esa manera, en una tarea denunciatoria y desmitificante de todo el aparato de la superestructura. Hay que combatir la verdad oficial y reemplazarla por otra que se ajuste a la realidad verdadera, que desmienta la falsedad, que descuelgue las máscaras, que desnude la hipocresía, que certifique el simulacro y advierta la estafa. No es extraño, entonces, que estos narradores jóvenes, que asumen lúcidamente esa actitud y continúan una tarea que venía de antes pero que en ellos vibra y se ensangrienta por el dramatismo de la herida abierta, se sumen a la lucha del pueblo, militen en la izquierda y también acometan en sus obras una suerte de “acción directa”, que se emparienta por su vigor con la lucha guerrillera. Sólo unos pocos se sustraen a ese requerimiento, y eso después de haber participado, en algún momento, de la visión corrosiva y desencantada de sus compañeros (Aínsa, Fernández, Paganini, con el agravante de que este último dijo en una ocasión que si “nuestra literatura será revolucionaria o no será”— en *Prólogo*).

Este trabajo se propone informar de las últimas promociones de narradores uruguayos, en parte porque la incomunicación que existe entre los países latinoamericanos impide el cabal conocimiento de lo que se hace en la vasta latitud del continente, en parte porque casi todos ellos tienen escasa difusión y están —por eso mismo y también por la razón anterior— restringidos a su ámbito local, y en parte porque al comulgar en una

problemática común admiten que se les integre en una visión panorámica. La tarea, que es apenas una aproximación a un tema de largo alcance, ha sido acometida como una reflexión parcial —y, por lo tanto, discutible—, y a partir de la certeza de que hay pautas y características que recorren la obra de todos y cada uno de estos escritores, diseñándolos y recortándolos con perfiles propios dentro de la literatura uruguaya.



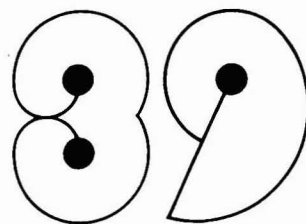
IV

Acimatados a su ciudad, sufriendo su país y padeciendo la escalada represiva, casi toda la producción posterior al 68 de estos narradores está recorrida por idénticas preocupaciones e inquietudes, por similares intenciones y propósitos: sus montevideanos ya no son los de Benedetti y ni siquiera los frustrados y melancólicos de sus primeros libros. Aquí se puede apreciar una metamorfosis bastante clara: lo que antes se centraba en la rebelión y la conflictividad interior y en la pérdida de la unidad del ser (la alienación, la búsqueda de la fe, la imposibilidad de comunicarse, el infierno y los abismos del sexo) en este momento se vuelve calle y ciudad, se adhiere al reclamo colectivo: la dialéctica pasa, así, de lo individual a lo social. El protagonista, con frecuencia, es el propio país. Ahora hablan de destruir para crear, descorren los velos y evaporan las cortinas de humo: quieren, como lo quería Dylan Thomas, desgarrar y mostrar lo que nunca se ha visto, y hasta lo que se verá o deberá verse. El presente, se ha dicho, se apoya en el pasado y apunta hacia el futuro, así como el decir es una forma del hacer. Por eso se apela a la violencia verbal, a la imaginación libérrima, al dato directo e inmediato suministrado por la realidad, por eso se recoge la inminencia de un apocalipsis siempre a punto de estallar y que conlleva sus dos caras, aquella de la catástrofe y aquella de la renovación. Por eso sus protagonistas son casi todos adolescentes que pasan por etapas críticas o de transición, y van dejando de ser anti-héroes que se culpan a sí mismos o hacen actos de contricción. Por eso, en fin, los nuevos cuentos o novelas son más abiertos, menos encerrados en sí mismos, más audaces, provocativos y desafiantes. Están revalorando y re-velando la realidad. La propia González de León, que vive en México y tiene por lo tanto otras coordenadas, comulga de esa

atmósfera, aunque en ella la angustia sea mayormente, dominantemente, existencial. Pero, como lo señala agudamente Ariel Dorfman en su ensayo sobre la literatura chilena (revista *Los libros*, número 15-16, enero-febrero 1971), esa misma postura militante está también condicionada por una expresión que, de alguna manera, refleja de soslayo y deformadamente la ideología vigente, esa internalización de la conducta y de las normas que hacen que un país tenga una forma de pensar y de ver al mundo, y no otra. Es la fuerza material de las ideas. Así, si la denuncia conlleva la propia censura, si la búsqueda de la liberación significa a la vez autodestruirse, si la personalidad escindida exige tener un complejo de culpa, si el desbarajuste del mundo y su escandaloso zafarrancho certifican el caos y el absurdo, en todos estos escritores hay pruebas suficientes de ello. Sólo que ahora, por suerte, esos mismos escritores parecen estar aprendiendo definitivamente que el mundo debe transformarse y que esa transformación sólo es posible a través del hombre: sus personajes han comenzado a tener, en efecto, conciencia clara de sus dilemas y la existencia ya no se les aparece como un via crucis doloroso y sinsentido, sino como la opción que erradique la injusticia y devuelva la libertad. La actitud crítica se ha vuelto, posiblemente, actitud revolucionaria.

LAS ÚLTIMAS PROMOCIONES DE NARRADORES URUGUAYOS

• ANDERSEN BANCHERO (1925) *Mientras amanece* (1963) • JORGE MUSTO (1927) *Un largo silencio* (1965) *Noche de circo* (1966) *La decisión* (1967) *Nosotros, otros* (1970) *Aproximación al ángel* (1971) • MARIO CESAR FERNANDEZ (1928) *Nos servían como de muro* (1962) *Industria nacional* (1966) • JUAN CARLOS SOMMA (1930) *Clonis* (1961) *Forma de piel* (1967) • JORGE ONETTI (1931) *Cualquiercosario* (1967) *Contramutis* (1969) • JESUS C. GUIRAL (1932) *Los altos muros* (1964) *Las abejas y las sombras* (1967) • SYLVIA LAGO (1932) *Trajano* (1962) *Tan solos en el balneario* (1963) *Detrás del rojo* (1965) *La última razón* (1968) *Las flores conjuradas* (1971) • ALBERTO PAGANINI (1933) *Confesiones de un adolescente* (1966) *Calles que dan al mar* (1968) • HIBER CONTERIS (1933) *Cono Sur* (1963) *Virginia en flashback* (1966) *El nadador* (1968) • GLEY EYHERABIDE (1934) *El otro equilibrista* (1967) *En la avenida* (1970) *Gepeto y las palomas* (1972) • JORGE SCLAVO (1936) *Un lugar para Piñeiro* (1966) *Primer cielo primera tierra* (1972) • CLAUDIO TROBO (1936) *Sin horizonte* (1963) *Los amigos* (1963) *El invitado* (1965) *Junto a lo anterior* (1968) *Ciudad al sur* (1968) *Dorsal Diez* (1972) • FERNANDO AINSA (1937) *El testigo* (1964) *En la orilla* (1966) *Con cierto asombro* (1968) *De papá en adelante* (1970) • MARIO LEVRERO (1939) *La ciudad* (1970) *La máquina de pensar en Gladys* (1970) • EDUARDO GALEANO (1940) *Los días siguientes* (1963) *Los fantasmas del día del león* (1967) *Vaga mundo* (1973) • CRISTINA PERI ROSSI (1941) *Viviendo* (1963) *Los museos abandonados* (1969) *El libro de mis primos* (1969) *Indicios pánicos* (1970) *Evohe*, (1971) • MERCEDES REIN (?) *Zoologismos* (1967) • ULALUME GONZALEZ DE LEON (1932) *A cada rato lunes* (1970) *Plágio* (1972) • TERESA PORZEKANSKI (?) *El acertijo* (1967) *Historias para mi abuela* (1970)



ORIGEN Y DESTINO DEL HOMBRE DE JEAN PIVETEAU

por Juan Comas

El autor goza de merecido renombre en el medio antropológico por su clásico tratado de paleontología humana ampliamente difundido;¹ además, en 1968 se publicó la versión castellana de un breve pero enjundioso artículo tratando de definir al género homo.²

Ante todo hace hincapié en observaciones metodológicas bien conocidas, pero no siempre aplicadas, aún siendo de primera importancia en la investigación paleontológica:

a) Necesidad de fechar correctamente los hallazgos, a fin de obtener su edad relativa con procedimientos estratigráficos y la edad absoluta con técnicas físico-químicas. Una omisión al respecto motiva que muchos restos queden inutilizables para establecer hipótesis filogenéticas.

b) Tener en cuenta los principios de *correlación* y de *conexiones*; el primero para establecer las posibles relaciones entre formas animales diversas; y el segundo que permite encontrar la unidad en la variedad, dando así cierta validez al establecimiento eventual de series evolutivas.

c) Utilizar el criterio de *homología*, consecuencia directa del principio de las conexiones: dos órganos pertenecientes a seres distintos se consideran homólogos cuando ofrecen las mismas conexiones.

d) Distinguir entre caracteres *primitivos* (o *generalizados*) y caracteres *especializados*; y también el concepto de *irreversibilidad* en la evolución, citando ejemplos ilustrativos, tales como la pentadactilia como disposición primitiva, sustituida en muchos casos por conformaciones especializadas correspondientes a pérdida de uno o varios dedos (équidos, rumiantes, etc.) como resultado de una divergencia evolutiva a partir de un tipo *generalizado*. Reconoce la irreversibilidad del proceso evolutivo, o sea la imposibilidad de retornar a las características generalizadas partiendo de una especialización; admitiendo sin embargo que ciertos caracteres simples, ajenos a la íntima organización del animal y carentes de significado funcional, pueden ser y son de hecho reversibles.

e) Advierte los peligros de emplear, preferente y primordialmente, métodos cuantitativos tratando de substituir aquéllos basados en la comparación de estructuras, es decir, los cualitativos. Sin negar la importancia de la estadística y el criterio cuantita-

tivo en la interpretación de los hechos paleontológicos, coincidimos con Piveteau en la necesidad de no olvidar el aspecto cualitativo en las ciencias de la vida.

Sólo mencionaremos algunos de los puntos más relevantes en cuanto a la evolución de los homínidos. Recuerda los 3 tipos de locomoción: a) fase inicial cuadrúpeda o arborícola; b) fase también arborícola pero cuyo desplazamiento se hace por suspensión de los brazos (braquiación); c) fase bípeda, consecuencia del descenso de los árboles; fases consideradas a menudo como una sucesión linear evolutiva, pero que Piveteau estima independientes y divergentes, afirmando que desde muy temprano se estableció entre los primates, según los grupos, una persistencia de la etapa cuadrúpeda, una tendencia a la braquiación o una orientación hacia el bipedismo. Esta última modificación del aparato locomotor tendiendo a la posición erecta motivó la divergencia hacia el grupo de los homínidos, siendo ésta [la posición erecta] la primera condición *orgánica del fenómeno humano; fue más tarde cuando el cerebro alcanzó su pleno desarrollo*. De este modo responde nuestro autor a la tan controvertible cuestión de si la evolución cerebral antecedió a la posición erecta y especialización de la mano, o viceversa.

Considera a la línea homínida separada de la de los restantes primates a partir del Oligoceno, o sea hace más de 50 millones de años; pero, contrariamente a otros investigadores, incluye los *Dryopithecus* y *Proconsul* en la familia de los Póngidos. En cambio reconoce en el *Ramapithecus* (del

Mioceno superior y Plioceno) por un lado características claramente póngidas junto a otras que le aproximan a los homínidos; por tanto rechaza el criterio de quienes sitúan al *Ramapithecus* casi en la frontera con la humanidad.

En cuanto al *Oreopithecus* (Mioceno superior) se atiene a la interpretación de Huerzeler para quien se trataría de una *paradoja* filética, por presentar simultáneamente caracteres correspondientes a los grandes monos y otros orientados hacia el proceso de hominización. Puede considerarse una rama lateral en el árbol filogenético de los homínidos, pero no una forma ancestral del hombre.

Sitúa todos los restos australopitécidos de África del sur en un único género (*Australopithecus*) incluyendo los supuestos géneros *Paranthropus* y *Plesianthropus* de otros investigadores.

En cuanto a los restos recogidos en África oriental, sobre todo en Oldoway, nuestro autor cree también necesario simplificar la taxonomía englobando los distintos hallazgos de *Zinjanthropus* en el mismo género *Australopithecus*, al cual pertenecen además los restos clasificados por Leakey, Tobias y Napier como *Homo habilis*, pese a reconocer que su sistema dentario *no presenta diferencia apreciable con el del Homo sapiens*.

Los hallazgos de Omo (Abisinia) son también *Australopithecus*, con una antigüedad que remonta a unos 3 millones 300 mil años.

Señala que la relación filética entre *Australopithecus* y *Homo* es imprecisa, si bien cree que el tipo ancestral de *Homo* debió pasar por una etapa similar a la que encontramos en *Australopithecus*.

El paso de lo pre-humano a lo humano implica el surgir del pensar reflexivo, definiendo la reflexión como *la toma de conciencia de una acción diferida, de una acción retardada*; el fenómeno psicológico de la *espera*, que es la separación entre el momento de producirse el estímulo y la consumación del acto.

Este pensar reflexivo surge, según Piveteau, *del diálogo entre la mano y el cerebro, del tiempo entre sus reacciones recíprocas. Las rudimentarias herramientas líticas fabricadas por los australopitécidos son expresión de la dualidad mano-cerebro; producto de una mano que no termina aun su proceso evolutivo y de un cerebro que continúa aún desarrollándose*.

Para establecer el límite inferior evolutivo del *Homo* se carece de un criterio anatómico, ya que Piveteau rechaza por inadecuado el de volumen o capacidad cerebral. Hay que recurrir a documentos arqueológicos y supone que la herramienta lítica primitiva pudiera marcar el inicio de la inteligencia como *la facultad de fabricar objetos artificiales, particularmente herramientas para fabricar herramientas*. Sin embargo, se pregunta a continuación: ¿es que en realidad el útil fabricado implica forzosamente la existencia de un pensar reflexivo?, y se responde admitiendo que en el *filum* de los homínidos pudo surgir la posibilidad de fabricar herramientas incipientes, gracias a la liberación de la mano y



al desarrollo cerebral, pero que tal herramienta sería resultado de un *pensar técnico* que no implica todavía la existencia del lenguaje; estaría en el umbral de lo humano. Es decir que acepta un estadio pre-humano de la herramienta, del mismo modo que acepta un estadio pre-humano de la organización biológica. La herramienta sería la prolongación del cuerpo antes de llegar a ser la del espíritu. Esta etapa pre-humana, pero homínida, sería la del *Australopithecus*.

El lenguaje, en sus orígenes, queda todavía y quizá para siempre, ignorado; es un problema que la paleontología no puede resolver. El hombre es el único animal en posesión de un lenguaje articulado, que exige la previa modificación de ciertas características anatómicas en la laringe. La aparición del lenguaje articulado debió coincidir con el surgimiento de la reflexión. *Preguntarse cómo y cuándo comenzó el hombre a hablar es preguntarse cuándo y cómo comenzó a ser hombre.*

Transcribe de Lumley (1972) una cronología absoluta del pleistoceno, incluyendo las glaciaciones Donau y Biber, fijando el límite inferior de esta última en 4 millones de años; todavía en libros recientes la duración del cuaternario no alcanzaba más de 1500.000 años.

Los Australopitécidos habrían vivido hasta los 700.000 años, en tanto que el *Homo* (especie *Homo erectus*, o sea los pitecantropus, sinantropus, atlantropus, etc.) surge hacia 1 400.000 y perdura hasta los 300.000 años. El hombre de Neandertal ocuparía el período entre 120.000 y 35.000 años, en tanto que la especie actual (*Homo sapiens*) se conoce desde hace unos 40 a 50.000 años. Tales fechamientos deben interpretarse en su justo valor, es decir como edades geológicas sujetas a una amplia variabilidad.

Por exigencias de espacio nos limitamos a señalar los puntos de mayor importancia acerca de la primera etapa en la evolución homínida. Los niveles evolutivos de Arqueantropos u *Homo erectus*, Paleoantropos (Neandertales) y Neoantropus (*Homo sapiens fossilis*) ocupan gran parte de la obra no sólo en cuanto a información sino también a interpretación. En los capítulos finales plantea las interrogantes de *¿Porqué hay hombres?* y *¿Hacia dónde va el hombre?*, *¿cuál es su destino?*.

En verdad, Piveteau ha hecho una excelente aportación paleoantropológica; este volumen es modelo de síntesis científica y de clara exposición didáctica. Se esté o no de acuerdo con algunas de sus conclusiones, debe leerse la obra. Y, de ser posible, habría que traducirla al castellano.

Piveteau, Jean. *Origine et destinée de l'homme*, Masson, editor. París, 1973. XVI + 174 pp. y 58 figs.

EL SIGNO Y EL GARABATO O ¿ENTRE UN NUEVO ESCILA Y CARIBDIS?

por Manuel Mejía Valera

El hombre contemporáneo es para Octavio Paz un naufrago que se debate en medio de un escollo y un torbellino, nuevo Escila y Caribdis, en el que oscila entre signos que, para su desconcierto, se convierten en intraducibles garabatos.

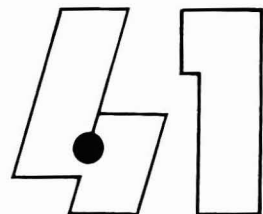
Estas distorsiones originadas en la limitación humana para apoderarse de la realidad, alejan a Octavio Paz de la lógica —que estudia las significaciones— considerada como parte de la Teoría de la Ciencia (que sólo analiza nociones dotadas de eficacia cognoscitiva) para hacerlo concebir una lógica plena de sentido metafísico. Una lógica metafísica, una ciencia del logos que a la postre se confunde con la ciencia misma del ser, la cual, además, para el autor de *El signo y el garabato* es temporal e ideal, es decir, histórica.

Así, en "La Nueva Analogía: Poesía y Tecnología" —a nuestro entender el más importante de los ensayos del volumen— dentro de su obsesivo análisis del quehacer poético, Paz hace un recuento histórico de las imágenes del mundo que, como es comúnmente aceptado, hunden sus raíces en las estructuras inconscientes de la sociedad y se sustentan en una concepción particular del tiempo. En este repaso minucioso, aunque sin citarlo, coincide con Dilthey cuando asegura que el hombre no considera el tiempo —en realidad a sí mismo— como un mero suceder sino como un proceso intencional. Sabido es que para Dilthey la categoría esencial de la vida es su dinamismo: nuestra existencia es esencialmente *teleológica* e histórica; en suma dinámica y no contemplativa. Además, la vida espiritual se

caracteriza por una perpetua transformación de carácter acumulativo, lo más distante de la pura y vacía transformación.

Pero acorde con su sincretismo sui generis, Paz (más cercano a Nietzsche) se aleja de Dilthey, cuyo afán, como se sabe, es construir una teoría del conocimiento espiritual (así como Kant intenta fundar una teoría del conocimiento natural), basada en una nueva concepción de la psicología. El mundo histórico, para Dilthey, y todo lo que se halla alrededor de nosotros se refleja en nuestras vivencias: al ahondar en nosotros mismos, ahondamos y aprehendemos el mundo objetivo. Para Paz, en cambio, las nociones que del tiempo tuvieran todas las civilizaciones, han encarnado —y reencarnado— en esas imágenes que llamamos poemas. En suma, se llega al conocimiento identificándonos con la concepción del mundo de nuestra época, a través de la poesía, que viene a ser una superestructura de las diversas experiencias del tiempo, siempre en movimiento. No es el factor económico sino la imagen del mundo en perpetuo cambio la que crea esa superestructura. Por supuesto, la teoría de la comprensión histórica de Dilthey no acompañaría al autor de *El arco y la lira* en ese desordenado imperialismo (o totalitarismo) poético, que le lleva a afirmar que no cree en la omnipotencia de la historia, sino en la soberanía de la poesía, cuya sustancia es tiempo puro. Y en otro lugar: "El hombre es lo inacabado... él mismo es un poema".

La sociedad actual se halla profundamente alterada por la técnica —la ciencia considera al tiempo sólo una coordenada—, al extremo de amenazarnos con la negación de la imagen del mundo: etapa apocalíptica que para Paz conlleva un doble riesgo: el mundo puede acabar de súbito por una catástrofe cósmica o por una hecatombe atómica, provocada por el hombre. Esta sociedad, repetimos, ¿se ha transformado en realidad en un garabato? ¿es insalvable —o intraducible— este mundo escindido por





fronteras, clases, castas, jefes y clanes ideológicos?

Tanto en "Los signos de rotación" como en *El signo y el garabato*, Octavio Paz no contesta directamente estas interrogaciones, puesto que en ambos ensayos el tema central es una reflexión sobre el poema. Por suerte, como en toda la obra de Octavio, estas meditaciones no tienen una ordenación sistemática por lo que aquí y allá advertimos fisuras que nos ayudan a analizar su pensamiento sobre los mencionados temas que, en el fondo, no son sino, como diría Heidegger, "la experiencia del pensar, a partir del diálogo con la tradición del pensar y al mismo tiempo a partir de la inteligencia de la presente época del mundo" (*¿Qué es esto, la filosofía?*)

Para Paz, si bien nuestra época permite la utilización poética de los medios científicos, la técnica, que es nuestro sustento y significación máxima, comienza por ser una supresión de la imagen del mundo y acaba en una imagen de la destrucción del mundo. Abolición censurable que ni siquiera mitiga la aceleración del tiempo histórico que trae consigo la cibernética. De paso, subrayaremos la valerosa oposición de Paz a la tecnología irreverente ante las imágenes que en el poeta, y sólo en el poeta, danzan como olas y conceden la dádiva de un pedernal a nuestros propios ojos. Para Octavio el "computer" no elimina al poeta como no lo suprimen ni los diccionarios de la rima, ni los tratados de retórica, pues la auténtica poesía es la "irrupción de lo inesperado e imprevisible, quiebra del procedimiento, fin de la receta."

Octavio afirma que el marxismo ha penetrado tan profundamente en la historia que todos, de una manera u otra, y a veces sin saberlo, somos marxistas. Pero el propio autor de *Los signos de rotación* se contradice al decir que "la noción del proletariado como agente universal de la historia, la del Estado como simple expresión de la clase en el poder, la de la cultura como 'reflejo' de la realidad social, todo esto, y muchas otras cosas más desaparecerán". Estas conclusiones, que provienen del ejercicio de la recta razón, en realidad eliminan la totalidad del materialismo histórico. Lo que para Octavio prevalecerá es el impreciso anhelo (que alguna vez fue llamado utópico) de los hombres de todas las épocas: la creación de "una sociedad en la que se borre la distin-

ción entre el trabajo y el arte". Anhelo en el que no pocos han persistido —entre ellos el propio autor de *El laberinto de la soledad*— enfrentándose a incomprensiones, sinsabores, angustias, desdenes y sacrificios sin fin.

¿Y el materialismo dialéctico? Casi no es necesario repetir que el marxismo se aniquila a sí mismo al aceptar "que todo pasa, se niega, deviene, es decir, que no hay verdades eternas en el conocimiento del hombre". Por lo demás, el materialismo dialéctico se basa en una concepción de la materia que hoy ha sido superada por la relatividad eiseniana, y el propio determinismo está cuestionado por Heisenberg, Dirac, Niels, Bohr, etc., quienes han revolucionado las nociones de materia, energía, masa, velocidad, espacio y tiempo. (La concepción) de Marx corresponde a la ciencia física de Newton y si el marxismo apoyó su negación dialéctica del hegelianismo en la ciencia del siglo XIX, el materialismo dialéctico debe ser negado por la ciencia del siglo XX.

Fascinante aparece el paralelo que el autor establece entre *La Divina Comedia*, representativa de la sociedad cristiana y su noción del tiempo, y *Don Quijote*, reflejo fidelísimo del mundo moderno. Confrontación más meritoria si tenemos en cuenta que para muchos críticos sólo pueden hallarse en ambas obras vaguísimas semejanzas y muchos más antagonismos. Pero disenti-mos de Octavio cuando tan someramente y tan de pasada afirma que "las negaciones sucesivas de la subjetividad fueron otras tantas tentativas para anular la escisión entre la palabra y el mundo, es decir, fueron la búsqueda de un principio universal suficiente e invulnerable a la crítica. Este principio fue la crítica misma". Indudablemente el autor se refiere a una teoría del conocimiento, puesto que cita a Kant, quien a su juicio "se enfrentó a un problema que no es esencialmente distinto al de Cervantes: entre los nombres y la realidad hay un espacio abismal y aquél que lo traspasa se precipita en el vacío, se vuelve loco".

No dudamos que en su pertinaz vagabundeo Don Quijote crea una visión distorsionada del mundo y que al recuperar la razón acepta sus limitaciones de hijodalgo, que difícilmente podrían equipararse a un reconocimiento de sus limitaciones cognitivas. En el caso de Kant —si aceptamos el cotejo o más bien el contrapunto— todo



sucede exactamente al revés. En una de sus primeras aventuras intelectuales —*La crítica de la razón pura*— sostiene que la metafísica es consustancial con la naturaleza del hombre, pero que "a su alcance no se encuentra". En suma, la metafísica —la realidad noumenal— es imposible como ciencia. Desde luego, esto lo angustia, pero no lo enloquece. Más adelante, en otra de sus salidas elabora *La crítica de la razón práctica* —que podría llevar como irónico subtítulo: "Que cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habían de desencantar las cuatro antinomias y otros graves y graciosos sucesos..."— donde considera que los principios metafísicos —el ser en sí— son postulados. En suma, sin reconocimiento tardío de locuras, "disparates y embelecos" completa su obra, no la rectifica.

Sin duda Octavio Paz reconoce sus dudas con Heidegger, cuando afirma que nuestra situación histórica se caracteriza por el *demasiado tarde y el muy pronto*: "Demasiado tarde: en la luz indecisa, los dioses ya desaparecidos, hundidos sus cuerpos radiantes en el horizonte que devora todas las mitologías; muy pronto: el ser, la experiencia central saliendo de nosotros mismos hacia el encuentro de su verdadera presencia".

Más diluída, pero no menos evidente es la influencia de Ernst Cassirer. Como en la anterior hermosa cita, con espontaneidad jubilosa, Octavio vacía en un molde ajeno —esta vez del autor de *Antropología filosófica*— la carga de sus espejismos, lo entrafía-ble de sus meditaciones. Recordemos que Cassirer define al hombre no como un animal racional, sino como un animal simbólico que se diferencia de los seres inferiores en que éstos se relacionan por medio de signos, mientras que el hombre lo hace por símbolos. Dice Paz "...la otredad se confunde con la religión, la poesía, el amor y otras experiencias afines. Aparece con el hombre mismo, de modo que puede decirse que si el hombre se hizo hombre por obra del trabajo, tuvo conciencia de sí gracias a la percepción de su radical otredad: ser y no ser lo mismo que el resto de los animales".

Tampoco hay motivo para dudar que Octavio, rebasando todos los límites de la especialización, haya asimilado cabalmente las ideas de Max Scheler (mucho más presentes en *El signo y el garabato* que las de



LAS FUERZAS ARMADAS Y EL GOLPE DE ESTADO EN CHILE DE PIO GARCIA

por Jorge Witker

Bataille), sobre todo las contenidas en *La esencia y las formas de la simpatía*, que aparecen en su comentario a *Farabeuf o la crónica de un instante* (1965) y *El hipogeo secreto* (1968) de Salvador Elizondo, las cuales nos conturban blandamente, sin obstaculizar con un efecto violento la índole literaria del discurso.

Para Octavio, la crítica que de la realidad y del lenguaje hace Elizondo, no se origina en la razón o en la justicia, sino en una evidencia inmediata, directa y agresiva: el placer. En seguida añade: "no hay más absoluto que el del deseo ni más eternidad que la del instante". Recordemos que Scheler habla del "sentir lo mismo que otro", refiriéndose a la crueldad que a su vez comprende la satisfacción de atormentar: la intensidad del dolor de la víctima acrecienta el goce del dolor ajeno. Lo mismo ocurre con la llamada venganza de sangre, tan ejercitada en épocas primitivas: chinos, aztecas y aun antiguos peruanos. La "fusión mutua" es otra forma de relación estudiada por Scheler que explica aquel concepto de Paz "no hay más absoluto que el del deseo", y de paso también explica la danza primitiva y el baile contemporáneo, formas de identificación de los yo individuales que no hacen perder nuestra conciencia dentro de un azoro que bien puede ser el placer vital o la sugestión del ritmo.

Ni fácil ni lúcida —más que a un claro signo próximo a un distorsionado dibujo, a un garabato— termina esta crítica con la anunciación de un anhelo, de una imagen del mundo, que lo es también del autor del libro comentado: aunque para muchos en la actualidad la historia no tiene sentido, o es inaccesible para la conciencia, vislumbremos una sociedad que reconcilia al poema y al acto, que sea palabra viva y palabra vivida, creación de la comunidad y comunidad creadora. En suma, el hombre navegando sin escollos ni torbellinos, abolidas las Escilas y Caribdis del conocimiento, tan sólo con la libertad en los extremos, en lo infinito de la fe.

La obra del sociólogo y economista chileno Pío García recientemente editada en México sobre los trágicos episodios que vive Chile, reviste un compendio documentado indispensable para el cientista social que incursione por el sui-generis proceso chileno: Si bien su estructura básica está formada por un conjunto de artículos escritos esencialmente por los protagonistas de los hechos y bajo la temperatura del Gobierno del Presidente Allende, su hilación, concatenación y coherencia interna, va dando al lector la imagen real de lo que la prestigiosa revista de la era allendista "Chile Hoy" iba detectando y percibiendo de ese apasionante proceso político latinoamericano.

El tema elegido por el autor para la selección de los textos es el rol, naturaleza y presencia de las Fuerzas Armadas chilenas y las percepciones histórico-políticas que tuvieron de ellas tanto el Gobierno de Unidad Popular como el propio mandatario mártir. Sin embargo, este eje central, necesariamente va implícito en una realidad social, realidad social, como afirma el propio autor, que en el caso de Chile revestía

un particularismo histórico que se escapó en mucho a los cánones rígidos con que ciertos teóricos de las revoluciones congelan los procesos políticos.

A un año del brutal corte en la historia del país austral y a la luz de los nuevos antecedentes que se van conociendo en relación a la intervención externa durante los tres años de gobierno allendista, dan al libro que comentamos una vigencia y actualidad científica de primer orden, pues los hechos allí registrados se enlazan en el juego de los conflictos que fueron minando las bases de consenso colectivo que respaldaron los incios del Gobierno constitucional chileno y, que conectados a los intereses norteamericanos a nivel mundial, predeterminaron el curso dramático de una experiencia que asombró al mundo y rompió esquemas.

Además es fácil encontrar en la obra de García, particularmente en el prólogo, ciertos perfiles originales en la participación y vinculación socio-políticas de los militares chilenos en las décadas que precedieron a Allende y que los definieron con cierto apoliticismo profesionalizante y un tanto neutral en materia política. Sin embargo, tal concepción personificada en Schneider y Prat sucumbe ante el contenido radical de un Gobierno cualitativamente distinto que agita y desarrolla el conflicto social, como instrumento de movilización y cambio. Ante ese conflicto, abiertamente desatado en la arena social chilena, la mayoría de los militares prefirieron conservar un orden tradicional antes de alinearse en una aventura histórica y popular.

En síntesis, "Las Fuerzas Armadas y el Golpe de Estado en Chile" es un registro histórico, escrito en un lenguaje periodístico y ágil que tiene el gran mérito de ser real testigo de su tiempo y que para el analista y cientista social latinoamericano es obra de necesaria consulta para explicar esa fugaz "vía chilena al socialismo" que sellara con heroísmo y consecuencia ejemplar el Presidente Allende.



LAS NACIONES UNIDAS Y EL MAR

por María Elena Gastelum

La mayor parte de las importantes investigaciones que realizan los investigadores del Instituto de las Naciones Unidas para la Formación Profesional y la Investigación sólo aparecen publicados en Estados Unidos y en lengua inglesa. Lo anterior dificulta a los interesados en las materias específicas estudiadas por el UNITAR la pronta consulta de sus obras. Parece ser que esta dificultad desaparecerá puesto que la Secretaría de Relaciones Exteriores de nuestro país editará tales publicaciones, esto se desprende de la *Advertencia* que aparece en la página 7 de la primera de ellas: *Las Naciones Unidas y el Mar*. En esta forma se llenará una laguna bibliográfica.

Este libro es resultado de los trabajos de un equipo de investigadores especializados en la problemática jurídicoeconómica del Derecho Marítimo y es de gran importancia no solamente por lo bien tratado de los temas sino, además, por que hace unas semanas concluyó sus trabajos, en Caracas, la Tercera Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar.

H. S. Amerasinghe (Representante permanente de Sri Lanka ante la ONU y Presidente de la Conferencia sobre el Derecho del Mar) es el autor del primer estudio y se refiere al contenido de la Conferencia, establece los antecedentes históricos del problema, analiza los resultados que se han logrado y plantea la necesidad de que el futuro Derecho del Mar quede establecido en Caracas, sobre la base de una Convención internacional de carácter multilateral que sea aceptada por todos los Estados, participantes o no en la Conferencia.

Constantin A. Stavropoulos analiza los problemas de procedimiento de la mencionada Conferencia y señala las causas por las que se determinó abandonar los procedimientos clásicos según los cuales los delegados discuten los proyectos que han sido previamente elaborados por los servicios técnicos para después pasarlos a la plenaria en donde deberán ser votados. En la Tercera Conferencia se introdujeron varias innovaciones y se siguió un procedimiento diferente; no se partió de la existencia de un texto básico que sirviera de punto de partida, los documentos fueron seleccionados y se trató de lograr un consenso sobre las cuestiones más importantes. Al respecto, señala la necesidad de lograr el acuerdo de los estados participantes y dice: "Cuando existe un esfuerzo por modificar las reglas

existentes de derecho, particularmente las reglas más importantes, es obviamente indispensable contar con el acuerdo más amplio entre los Estados. Si una parte sustancial de la comunidad mundial operara bajo las antiguas reglas del derecho, mientras las otras partes siguieran nuevos principios de derecho, los conflictos serían múltiples y, tratándose de un área vital como el derecho del mar, podrían poner en peligro la paz y la seguridad internacionales. Dos sistemas de derecho diferentes sobre este tema equivaldrían en la práctica a no contar con ley alguna. La anarquía prevalecería y se dejaría a cada estado el formular y ejecutar sus pretensiones de acuerdo con los medios a su alcance".

En otra parte del libro aparece una interesante lista ejemplificada de las actividades que, sobre las cuestiones marinas, realizan las Agencias Especializadas de las Naciones Unidas. Enseguida, aparece la información sobre las principales flotas mercantes del mundo, por países y sus respectivos tonelajes, así como las resoluciones de las Naciones Unidas consideradas como más importantes, relativas al régimen del mar.

En otro de los estudios que componen al libro, se explica la acción del UNITAR encaminada al fortalecimiento de la cooperación internacional en los problemas marítimos y se señalan algunas organizaciones que no pertenecen al sistema de la Organización de las Naciones Unidas, con intereses en las cuestiones marinas. La parte final del libro está constituida por un *instrumento de trabajo* realizado por Roy S. Lee que contiene las proporciones relativas al Derecho del Mar. En éstas se presentan las clasificaciones no oficiales de acuerdo con los diferentes tipos, ofreciendo un cuadro metodológico con la naturaleza, característica, etcétera de: archipiélagos, mar territorial, estrechos utilizados para la navegación internacional, plataforma continental, zona económica y pesquerías.

El libro incluye dos mapas, en el primero se encuentra la distribución de los depósitos de ferromanganeso sobre el lecho marino y, en el segundo, se presentan las rutas marítimas de los transportes petroleros.

H. S. Amerasinghe, C. A. Stavropoulos, Roy S. Lee y el Equipo de U.N.I.T.A.R. *Las Naciones Unidas y el Mar*. México-Nueva York, Secretaría de Relaciones Exteriores e Instituto de las Naciones Unidas para la Formación Profesional y la Investigación, 1974. 167 pp.



LOS MEXICANOS QUE DEVOLVIO LA CRISIS

por Consuelo Carranza S.

La obra de Mercedes Carreras de Velasco cobra una gran actualidad ya que en los últimos meses se ha hablado, con insistencia, en las esferas gubernamentales mexicanas de la necesidad de concertar, con el Gobierno de Estados Unidos, un convenio bilateral que reglamente la contratación de la mano de obra agrícola mexicana. Es decir, continuar con el programa de braceros que desde hace varios años se suspendió. Los trabajadores que emigran a Estados Unidos son reflejo de una realidad innegable: México no les ofrece las suficientes oportunidades de empleo a sus habitantes y gran parte de la población rural del país vive en la miseria, como consecuencia del ya crónico desempleo.

Desde hace muchos años, miles de mexicanos, principalmente campesinos, se han visto obligados a emigrar hacia Estados Unidos para buscar el sustento que en nuestro país precariamente pueden encontrar; varios de ellos ya no regresan, otros sí, por su voluntad o en contra de ella. Estos últimos, en un periodo histórico determinado, los años de la gran depresión 1929-1932, son el tema del estudio que comentamos. La investigación fue realizada con profundidad y con rigor científico por Mercedes Carreras que nos ofrece una obra que habrá de convertirse en indispensable para los interesados en los problemas económicos, sociales e internacionales, de México.

Resulta extraño y alarmante que en nuestro propio país ignoremos las causas y consecuencias de las deportaciones masivas de mexicanos realizadas por las autoridades de Estados Unidos; que el término *deportación* no sea de nuestro completo agrado y que busquemos otro que no lastime el orgullo nacional: *repatriación*; que los errores de la política mexicana en materia de población no hayan sido señalados ni analizados; y que, por último, nuestra indiferencia coadyuve a que nuestros conciudadanos sigan siendo objeto de malos tratos, de discriminación y de explotación en el país —nuestro vecino— más poderoso de la Tierra.

Los resultados de la investigación de Mercedes Carreras deben interpretarse como un grito de alarma tendiente a lograr una toma de conciencia que nos lleve a defender los derechos de los mexicanos que por necesidad económica viven en Estados Unidos y, al mismo tiempo, como un aviso



LA ECONOMIA DEL SISTEMA INTERNACIONAL DE PATENTES DE E. T. PENROSE

por Jorge Witker

para realizar una revisión completa de las condiciones socio-económicas de la población mexicana que emigra y que, después de algún tiempo, regresa al país.

La autora basa su investigación en el análisis de las causas que propiciaron la salida de nuestros nacionales y en el estudio de los problemas que produjeron con su forzado regreso. Relata la posición de los gobiernos de México y de Estados Unidos, la actuación de los cónsules mexicanos y la ayuda de las sociedades de asistencia fundadas para tal efecto. En una parte de su análisis sostiene: "En cuanto a México como nación... ¿En qué sentido se benefició con el ingreso de los repatriados? Si echamos un vistazo a la política migratoria mexicana, recordaremos que era poblacionista en las décadas de 1920 y 1930, lo que implicaba evitar el éxodo de los mexicanos y atraer a los que se habían ido. Estos deseos del gobierno mexicano se cumplieron casi sin su intervención directa: los mexicanos regresaron, no tanto por la invitación del gobierno mexicano, sino por falta de medios de vida en los Estados Unidos. No se trató de una planeación lenta, controlada y planeada; fue tumultuosa, por todos los lugares accesibles de la frontera, con o sin el conocimiento de las autoridades mexicanas".

En otra parte de su trabajo, la autora señala la incongruencia de la política poblacionista mexicana. Esta incongruencia se presenta cuando, por un lado, el país abría sus puertas y ofrecía tierras y diversos incentivos a los extranjeros para que se establecieran en el país, colonizando tierras ociosas; y por el otro, el gobierno nada o muy poco hacía para impedir la constante salida de mexicanos hacia Estados Unidos.

Mercedes Carreras de Velasco. *Los mexicanos que devolvió la crisis 1929-1932*. Colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974. 198 pp.

La aparición en idioma español de una obra de esta naturaleza constituye un aporte indiscutible al desarrollo del pensamiento que irrumpe en el Tercer Mundo, para dar respuesta propia y original a la problemática del subdesarrollo y la dependencia. Edith Penrose reactualiza su original texto en inglés y hace un profundo análisis del sistema internacional de patentes, estructurado en París en 1880, aún vigente en las relaciones económicas. Su obra, si bien orientada al análisis económico en función de los costos y ganancias que operan en el intercambio de los registros de inventos, discurre a campos jurídicos conformando un esquema más del naciente Derecho Económico Internacional. Expresa al efecto, que el sistema surgido en París tiene como fundamento básico la protección del derecho absoluto del inventor sustentado en la ya superada concepción del derecho natural de propiedad. Dicho sistema ha actuado en función y beneficio exclusivo de los países industrializados, los que al poseer una preeminencia tecnológica utilizan el sistema vigente registrando en los países dependientes marcas y licencias, muchas veces con el propósito de reservar mercados o simplemente impedir que nacionales de estos países puedan registrar inventos y procesos tecnológicos similares. Es como la misma autora lo apunta, un instrumento más que consolida y refuerza el atraso y brecha que separa al mundo desarrollado de la periferia.

Otro aspecto es el relativo a la obligatoriedad que tiene, según la mayoría de las legislaciones sobre propiedad industrial vigente en los países de América Latina, el extranjero de producir efectivamente el producto cuya patente ha registrado. Tal sanción, más que un apercibimiento, se transforma en un imperativo de establecimiento de industrias, con lo cual se fomenta la penetración extranjera, a través de las filiales de empresas transnacionales, en sectores económicos que fácilmente pueden ser cubiertos por empresarios nacionales. Es decir, con el esquema discutible de fomentar el desarrollo industrial se estimula la inversión extranjera, desplazando de paso, la posibilidad que sean nacionales los que ocupen esos lugares, haciendo más nítido el círculo vicioso de la dependencia y atraso tecnológico en terrenos de tecnología mediana y no sofisticada.

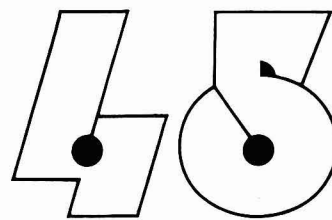
La autora, señala además, la forma como

se ha intentado afrontar el imperativo de obligatoriedad de producir el producto cuya marca se registra. Para ello se ha recurrido a obligar al extranjero a conceder Licencias de producción a los nacionales de los países periféricos. Si bien tal instrumento parece ser adecuado, no es menos cierto que la forma como se contrata la licencia, lleva en sí un carácter bastante discriminatorio y restringido. Ello dice relación con los ya conocidos contratos sobre transferencia de tecnología a través de los cuales se imponen limitaciones a las exportaciones a determinados mercados y países y se imponen cláusulas de "Amarre" en materia de abastecimiento y asesoría técnica, fuera de las reservas y secretos del "Know How".

Capítulo especial de la obra que comentamos ocupa lo referente a los carteles internacionales de patentes que operan a base de monopolios de informaciones y procesos técnicos entre empresas de distintos países, pero que cubren una área industrial específica. Estos acuerdos muy significativos y de aplicación muy extendida, escapan de todo control jurídico y las leyes nacionales sobre patentes nada pueden hacer frente a ellos. Este vacío es una expresión más de la crisis del derecho tradicional ante nuevos fenómenos que escapan a la rigidez y generalidad de tanto abstracta que rodea nuestros sistemas legales y porqué no decirlo, a la mentalidad de los juristas y abogados.

Culmina Edith Penrose señalando que pese a estas claras muestras de discriminación y desigualdad, la Convención de París y sus posteriores reformas, constituye el único instrumento vigente que de alguna manera regula las relaciones más que entre países, entre propietarios de marcas y patentes, poniendo como es lógico, antes que nada su propio e individual interés. También señala que los países en vías de desarrollo han planteado, sin éxito profundas modificaciones con el objeto de modificar las reglas de París a fin de disminuir el derecho del propietario de la patente registrada y fomentar con ello la investigación, invención y desarrollo de procesos tecnológicos en las regiones dependientes.

La obra, propia del Derecho Económico Internacional es un compendio crítico que aborda uno de los temas investigados en nuestros países y su lectura despierta en el jurista o economista de hoy, inquietudes y reflexiones muy útiles en el campo de elaborar marcos teóricos y científicos propios, en la ardua tarea por romper la dependencia y el atraso.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA NOVEDADES Y REIMPRESIONES



García Riera, Emilio:
EL CINE Y SU PUBLICO
64 pp. \$ 15.00

Weber, Alfred:
HISTORIA DE LA CULTURA
358 pp. \$ 80.00

Freinet, C.:
LA EDUCACION POR EL TRABAJO
301 pp. \$ 60.00

Zamora, Francisco:
TRATADO DE TEORIA ECONOMICA
698 pp. \$ 200.00

Chinoy, Ely:
LA SOCIEDAD (UNA INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA)
420 pp. \$ 80.00

Spitz, René:
EL PRIMER AÑO DE VIDA DEL NIÑO
294 pp. \$ 40.00

Anderson Imbert, E.:
HISTORIA DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA
I. La colonia. Cien años de República. 517 pp. \$ 45.00
II. Epoca contemporánea. 509 pp. \$ 45.00

Varios autores (entrevistas obtenidas por Rosa Castro):
LA EXPLOSION HUMANA
64 pp. \$ 15.00

N. Abbagnano y A. Visalberghi:
HISTORIA DE LA PEDAGOGIA
709 pp. \$ 150.00

Suzuki, D. T. y From, Erich:
BUDISMO ZEN Y PSICOANALISIS
152 pp. \$ 30.00

Timasheff, Nicholas S.:
LA TEORIA SOCIOLOGICA
400 pp. \$ 80.00

Weber, Max:
ECONOMIA Y SOCIEDAD
dos volúmenes \$ 150.00

Collingwood, R. G.:
IDEA DE LA HISTORIA
323 pp. \$ 60.00

**PIDALOS EN LAS LIBRERIAS DEL FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Y EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS Y TIENDAS DE AUTOSERVICIO
LLAMENOS AL TEL. 524-49-24**

EL ASCENSO DEL HOMBRE

de J. BRONOWSKI

El origen del hombre y su evolución
biológica, mental y cultural

(EN 13 CAPITULOS)



Una superproducción de la BBC-TV
de Londres, filmada en 27 países

(Colaboración de la National Geographic;
universidades de Cambridge, Oxford, Edimburgo, Harvard y Oklahoma;
museos Británico de Londres, Clívico de Bologna,
Arqueológico de Santander, Des Beaux-Arts de Dijon, Arqueológico de
Atenas, Louvre de París, Antropológicos de México, Lima, Cuzco
y la Smithsonian Institution de Washington)

**TODOS LOS MIERCOLES
A LAS 9:00
DE LA NOCHE**

13
CANAL
TELEVISION



**EDICIONES ERA
NOVEDAD**



EDICIONES ERA/AVENA 102/MEXICO 13, D.F. ☎ 582-03-44



**JOAQUIN MORTIZ
libros recientes**



**María Luisa Mendoza
DE AUSENCIA**

**Gustavo Sainz
LA PRINCESA DEL PALACIO DE HIERRO**

**Juan Gil-Albert
VALENTIN**

**José Agustín
CIRCULO VICIOSO**

**Ivan Illich
ALTERNATIVAS**

**Daniel Cosío Villegas
EL SISTEMA POLITICO MEXICANO
(sexta edición)**

**EL ESTILO PERSONAL DE GOBERNAR
(cuarta edición)**

En todas las librerías y en
Tabasco 106, México 7, D.F.
Teléfonos 533-12-50 y 533-12-51



NOVEDADES

BRUCAN, S.
La disolución del poder
364 pp. \$ 75.00

CHOMSKY, N.
Vietnam y España:
Los intelectuales liberales ante la revolución
160 pp. \$ 30.00

COLLAZOS, O.
Biografía del desarraigo
144 pp. \$ 28.00

ROFMAN, A. B.
Dependencia, estructura de poder y formación
regional en América Latina
264 pp. \$ 47.00

HINES, A. G.
Revalorización de la economía Keynesiana
96 pp. \$ 26.00

KOFMAN, S.
El nacimiento del arte:
Una interpretación de la estética freudiana
208 pp. \$ 36.00

BARTHES, R.
El placer del texto
88 pp. \$ 22.00

ROA BASTOS, A.
Yo el Supremo
468 pp. \$ 80.00

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN:
SIGLO XXI EDITORES, S. A. - AV. CERRO DEL AGUA 248
MEXICO 20, D. F. - TELEFONO 550-25-71

plural
Crítica / Arte / Literatura

Plural No. 38, noviembre de 1974

Günter Grass: *Siete tesis para un socialismo democrático*

Ricardo Gullón: *Espacios novelescos*

Juan Gustavo Cobo Borda: *Poemas*

Carlos Isla: *Poemas*

S. Chandrasekhar: *El dilema demográfico de China*

Ernesto Mejía Sánchez: *Un coup de lettres*

Carlos Salinas: *Tríptico de la dependencia*

Manuel Camacho: *El estado mexicano del futuro*

René Villarreal: *La experiencia mexicana*

Michael Schmidt: *Poemas*

Suplemento artístico:

Saúl Yurkievich: *La reflexión cromática de Luis Tomassello*

Suplemento literario

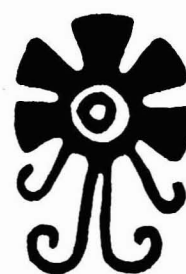
Guillermo Sucre: *La poética de Georges Braque*

Director: Octavio Paz

Jefe de Redacción: Kazuya Sakai
Reforma 12-505, México 1, D. F.

COMEDIA

JORGE LUIS BORGES



LA CAUSA REMOTA

En 1517 el P. Bartolomé de las Casas tuvo mucha lástima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas, y propuso al emperador Carlos V la importación de negros, que se extenuaran en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas. A esa curiosa variación de un filántropo debemos infinitos hechos: los *blues* de Handy, el éxito logrado en París por el pintor doctor oriental D. Pedro Figari, la buena prosa cimarrona del también oriental D. Vicente Rossi, el tamaño mitológico de Abraham Lincoln, los quinientos mil muertos de la Guerra de Secesión, los tres mil trescientos millones gastados en pensiones militares, la estatua del imaginario Falucho, la admisión del verbo *linchar* en la décimotercera edición del Diccionario de la Academia, el impetuoso film *Aleluya*, la fornida carga a la bayoneta llevada por Soler al frente de sus *Pardos y Morenos* en el Cerrito, la gracia de la señorita de Tal, el moreno que asesinó Martín Fierro, la deplorable rumba *El Manisero*, el napoleonismo arrestado y encalabozado de Toussaint Louverture, la cruz y la serpiente en Haití, la sangre de las cabras degolladas por el machete del *papaloi*, la habanera madre del tango, el candombe.

Además: la culpable y magnífica existencia del atroz redentor Lazarus Morell.



